DNT
XIX
314

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

LA CIGARRA

(RELACION CONTEMPORÁNEA)

TERCERA EDICION

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan 24

LA CIGARRA

Es propiedad de sus Editores.

Establecimiento tipográfico de FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier, Tetuan 24.

19 cm/.
R.71.735

JOSÉ ORTEGA MUNILLA

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

LA CIGARRA

(RELACION CONTEMPORÁNEA)

TERCERA EDICION

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan 24.

COSAS QUE NO LE IMPORTAN Á NADIE

I

Como al echar al mundo *La Cigarra* yo me figuraba que iba á pasar completamente inadvertida, no es extraño que, viendo como ha llegado á reimprimirse algunas veces, me sienta hoy ante el respetable público lleno del más alto deseo de darle las gracias, poniéndome á sus piés y pidiendo á estos caballeros un poco de atencion y de calma.

Un cigarro pronto se fuma. En tanto que el tabaco se convierte en humo, dejadme á mí convertir en humo toda la vanidad que vuestro inesperado acogimiento ha amontonado en mi alma. Echemos fuera este incómodo huésped y yo os prometo no darle más albergue, ántes bien, cuando venga á rondar mi casa decirle con todo el mal génio de que soy capaz: «Largo de ahí, ¡bergante!»

Una novela es una extraña obra. La vida pasando entre los rodillos de una máquina de imprimir se convierte en una novela. Lectura predilecta de las grandes imaginaciones la novela ha poblado de mil personajes fantásticos el mundo ideal. Haced la prueba, yo os lo ruego: llevad á una biblioteca llena de novelas á un muchacho de mente vivaz. Encerradle dentro, dejadle allí un año á solas, aburrirse delante de las filas de libros primero, hojearlos despues, apoderarse de su sentido más tarde. Vereis cómo prende en su alma la llama de lo maravilloso. Su espíritu se llenará de visiones fantásticas unas y reales otras; éstas vestidas con el hierro de la edad antigua, aquéllas embutidas en el pergenio ménos brillante de la moderna indumentaria. Se transportará á mil distintos lugares; desde el taller donde forja hierro Gouget, hasta la roca donde lucha con las tempestades Guilliat; penetrará en el interior amoroso de esos nidos modestos que hablan el pintoresco vocabulario de Fernan-Caballero, y en esa casa agitada por los disturbios religiosos, donde plugo á Perez Galdós encerrar á Pepe Rey. Desde los bosques de Kentuki, poblados de raza prepotente de cazadores, hasta los subterráneos de París; desde las inmensidades solitarias del mar, hasta las turbulentas calles de Nueva-York. Razas, idiomas, costumbres, creencias, mitos, anta-

gonismos, amores, lo criminal y lo divino, lo extraordinario y lo vulgar, tendrán por teatro el espíritu de ese lector que ha de sentirse enlazado por los nudos de cada uno de esos dramas, acariciado por los besos de esas heroinas, y magullado por los golpes de todas esas batallas.

Pues bien: este prodigio es dado á la humanidad reproducirle incesantemente. Unas cuantas cuartillas empapadas en el sudor y la sangre de las luchas de la vida, una docena de nombres propios, un escenario.... y del conjunto resultará esa falsificacion de la vida que se llama *novela*.

II

Andan los señores muy preocupados, con ardua discusion, acerca de si la novela debe ser ó no debe ser realista; esto es, si debe ser ó no debe ser verdad. Es preciso que el hombre tenga, despues de sus ratos sublimes de divinidad, sus ratos de decadencia y ceguedad, para que esta discusion subsista despues de presentada. Preclaros académicos, ilustrísimos vates, críticos, que son archivos de conciencia y erudicion viven preocupados y están dudosos. Es lo mismo que si cuando Cervántes quiso escribir el *Quijote* se le hubiese presentado en su casa de

Esquivias un génio ó un ángel y le hubiera dicho: «En la region etérea, donde resido, se sabe que tienes entre manos una novela, y yo vengo á decirte: puedes elegir entre pintar la vida de los hombres ó pintar los delirios de un loco. Puedes hacer una novela de personajes amasados con nubes y humo; que hablen un idioma poético y delicado, que se sacrifiquen los unos por los otros, que se adoren siempre, que no cometan desafuero, impiedad, atentado ni felonía. Puedes colocarlos en un país donde no haya tormentas, sino azul perpétuo en las alturas, color de rosa en las pupilas, amor en los espíritus y perpétuas corrientes de alegría, sólo interrumpidas por dolores sentimentales, lágrimas dulcísimas de pasion y arrepentimiento; y donde hasta los bandidos tengan un alma tierna como una niña de ocho años.... ¿Este no te gusta? ¿Este mundo de talco y caramelo te parece más propio para ideado por un confitero que para un novelista?... Pues entónces puedes pintar la vida real. Pinta el alma llena de errores y crímenes, la sublimidad por una parte y por otra la realidad de esta áspera existencia llena de dolores.

Cervántes optó por el libro de la verdad, dejando la pluma de lo ridículamente ideal á los redactores del *Journal des demoiselles*.

Modestamente pensando, debo creer que no es descubrimiento mio el de que la novela realista

es tan antigua como la novela. Longo en Grecia os pinta al menudo una escena de amor del color más encendido. En el Satiricon no solamente se describen muchas escenas de estas, sino que el autor se complace en detallar enormes y bestiales pecados. Yendo á grandes saltos, de siglo en siglo, vemos en Cervántes *La Tia Fingida* zurciendo la túnica de la virginidad á la buena de Esperanza y deja á los perros Cipion y Berganza analizar al microscopio el vientre de una bruja. Quevedo revuelve en sus obras, con los diamantes de un ingenio colosal, el cieno más asqueroso. En estos dos escritores hay un realismo que no puede aventajarse, porque se diria que tienen el empeño de hacer que las cosas que tratan tengan en sus páginas el mismo aspecto y mismo olor que en la vida. El ámbar perfuma allí y la bazofia podrida apesta. Los neo-idealistas quieren que el ámbar perfume y la bazofia podrida perfume tambien.

Es pues preciso pintar la vida, única fuente de inspiracion en la novela. Ándense ustedes por las alturas de una idealidad cursi y de sainete y no acertarán con el *quid divinum* del arte. Desciendan ustedes á la verdad de los detalles, llénense las manos del polvo de las cosas humildes y cuanto más analicen lo pequeño, lo individual, lo insignificante, más alta será aquella luminosa

imágen que en el fondo de su sér se levanta. Ahonden ustedes en la ceniza, en las cosas muertas, en la tierra negra, en la podredumbre de los vicios, y despues de que sus ojos estén fatigados de contemplar lo espantoso y lo feo, sentirán un ansia sublime de volar.

En cambio, cuando se aleja al lector de la realidad y se le lleva al limbo de las artes azules, lleno de ninfas con trages de seda y diosecillos, que pagan contribucion, más detestable y empalagosa, le parece aquella existencia en que todo es falso: el protagonista, el escenario y el lenguaje.

Bueno que en las discusiones de las Academias y del Ateneo—que es una Academia del porvenir tan llena de prejuicios como la de la calle de Valverde—se haga guerra sobre si debe ó no debe considerarse lícita la novela materialista.

Quédese para esas superiores inteligencias el fijar ese curioso encasillado con que separan á unos autores de otros, encerrándolos entre inflexibles corondeles de imprenta. Creo humildemente que cada hombre viene á este mundo con su modo de ser; pero que no puede prescindir de la atmósfera que le rodea. Ahora mismo siento á mi alrededor sonar las ondas de un *mal-stromn* que viene muy de léjos. Si arrastra ciudades, barcas, árboles, puentes.... ¿qué mucho que tambien arrebate á este

débil falucho de cañas y papel en que navego? Soy de mi tiempo y sus vientos me arrebatan. Voy, pues, con ellos.

III

¡Ah!... ¡Dejadme respirar! ¡Un momento más! ¡Otro minuto de respiro!... Acabo de llevar á efecto el más tremendo de mis sacrificios: hablar de mí mismo. Bien es verdad, que al frente de estas líneas he clavado un cartel que dice: «Esto no importa á nadie,» como el que se coloca en las empalizadas de las obras diciendo: «Cuidado con el cascote.»

Ya acabé con mi persona. Voy á endulzar este amargo rato hablando de mis maestros.

Muerto está el primero de ellos: Cárlos Dickens. Sus obras me han enseñado á leer y á sentir. Soy su hechura: sin él no hubiera nunca osado franquear esa línea que separa el aficionado á leer del aficionado á escribir. Pero sus páginas son tentadoras. Aquella sencillez arrastra y seduce. Lea usted las memorias de *David Copperfield* y usted se creerá un gran escritor. ¿Cómo?—os preguntais.—¿Este tan sencillo modo de decir las cosas constituye una literatura? ¿Estos personajes que piden limosna, limpian las botas, remiendan velas

de barcos viejos y llevan recados á través de las brumas mojadas de Lóndres, constituyen una novela? ¿Esta cariñosa musa que no se adorna con tules ni trages de oropel, ni vive en ese altivo sotabanco del monte Helicon, sino que trae en su inocente cuerpo el percal de los mendigos y os alarga la mano pidiéndoos un penike, es la que ha inspirado al inmortal hijo del Támesis?... Sí.... sí.... sí.... Entónces os creeis capaz de llegar á esa altura.... tan baja. Cojeis la pluma.... y nada conseguís. Vuestras páginas son un engendro en que se juntan las vulgaridades á las tonterías. Dickens está á vuestro lado, y sin embargo, ¡cuánta distancia os separa de él! Héme aquí víctima de ese espejismo que produce el génio sin par de Dickens, relumbrando en las nubes de las calles de Lóndres. ¡Oh padre de la novela contemporánea! Hago á David Copperfield, á Oliverio Twis y al gran Chutlevitg intermediarios, y te pido, con recomendacion suya, que me perdones el gran delito que, siendo ellos cómplices, he cometido con tan ilustre y protectora sombra.

Despues de este maestro, debo á otros el agradecimiento de sus consejos. Hablo de D. Benito Perez Galdós, prez de la literatura española, ejemplo de caballeros y espejo de la amistad. Tan cariñoso como ilustre, debo á él desde que publiqué la primera edicion de *La Cigarra* un acogimiento

paternal. He seguido sus indicaciones; he copiado sus modelos; he sido su imitador constante, cifrando todo mi orgullo en que la crítica lo haga notar y el público lo advierta. Tambien él, como Dickens, se queda en las alturas, miéntras yo, nacido para adorar desde léjos las cosas sublimes, yazgo en la tierra.

Esta página de agradecimiento no sería completa expresion de mis deseos, si no dijera cuánto bien me ha hecho el ingeniosísimo escritor Rodriguez Correa, con el prólogo que despues de éste leereis. Él me abrió las puertas del público, presentándome á las gentes con un cariño que á deuda perpétua me obliga.

¿Y el público que me ha acogido con un celo que debiera haber empleado en rechazarme? ¿Y la prensa, de quien soy hijo, que me ha hecho fácil el que es angosto y apretado paso para los demás?

No sé cómo agradeceria Adan á Dios el gran favor de haberle creado, puesto que lo de la manzana está probado que fué obra de Eva. Pero en tanto que lo descubro, os prometo agradecer tanto vuestras mercedes, como el corazon más grande del mundo ha agradecido al más noble de los protectores, el más grande de los beneficios.

Las Latas (El Escorial) Marzo 82.

J. Ortega Munilla.

PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION

I.

De todas las cualidades que mis buenos amigos me conceden, y de las que en el fondo de mi conciencia, entre esos actos de amor propio que el hombre ménos inmodesto tiene á solas, yo me atribuyo, una no mas me atrevo á confesar ante el público.

Esta cualidad, que no fundo en mi inteligencia, sino en mi instinto, no es muy grande que digamos; pero sí es muy segura, y tiene algo de parecido con la tan misteriosa de los perros de caza, consistente en la *muestra*.

La creencia firme que tengo en esta propiedad va envuelta entre mis propios recuerdos, formando el verdadero proceso de mis convicciones.

Niño, muy niño aún, y ensimismado en todas las ignorancias, sin saber por qué deleitábame la

vista de ciertos cuadros, halagaban mi oido determinadas cadencias, y mi ánimo se embebia en la lectura de contados libros.

Ni cuadros, ni música, ni escritos eran para mí más que sensaciones externas, producto de impresiones fortuitas, en que una tendencia, por decirlo así, innata en mi persona, formaba la fuerza de arrastre de mi voluntad y de mi espíritu.

Más tarde, cuando llegó á mi inteligencia la noticia de ciertas cosas y pude clasificar las obras de arte que de una manera contingente habian herido mis gustos y pude unir á cada obra el nombre de su creador, averigüé que jamás me gustó pintor que no hubiera sido célebre, músico que no fuera admirado, ni escritor cuyo nombre no repitiera la eterna trompeta de la fama.

La edad, el estudio y el trabajo quizá hayan perturbado algo esta seguridad de mi instinto, que inmodestamente proclamo, pero me confirmo en tal aseveracion, al recordar los nombres de oscuros compañeros mios que durante toda su vida, ó una larga parte de ella, pasaron desconocidos entre la multitud contemporánea, y á quienes, sin embargo, yo dedicaba admiracion secreta, admiracion que, junto á sus tumbas, ó al par que vivian, ha pasado hoy á ser contagiosa á los demás.

Grilo no habia hecho más que una poesía cuando le dí á conocer en *El Contemporáneo*. El, con su génio, ha justificado despues si fuí ó no un inteligente *pachon* de sus prodigiosas facultades poéticas.

Jamás dejé de admirar á Becquer en su vida. La muerte apagó con un soplo la llama potente de aquel génio, cuyos débiles relámpagos hánle otorgado en poco tiempo puesto en la posteridad, y estruendosos aplausos entre los que no supieron que habia vivido sino cuando ya estaba muerto.

Cuatro versos que oí á Monroy, en un café, hiciéronme su expositor instantáneo en un folletin de periódico, y su admirador siempre.

Estos continuados triunfos de los demás, han hecho agigantarse en mi alma un amor propio terrible.

Si la inteligencia tuviera parte en él, no la modestia, sino mi reconocida ignorancia, haríame callarlo, como vanidad ridícula de mi ofuscada soberbia.

Pero ¿qué clase de mérito tiene un arpa, que olvidada en oscuro rincon, al vibrar léjos las cuerdas de otro instrumento igual, movidas por inteligente mano, siente agitarse y sonar las suyas, para repetir, de cuando en cuando, y sin llegar á formar melodía aparente, alguna que otra nota de las que constituyen la no interrumpida armonía del arpa distante?

***

II.

Miéntras duraron las discusiones del Parlamento, apenas visité la redaccion de Los Debates. Durante mi ausencia reformóse aquella redaccion varias veces.

Confieso que nunca dejo de mirar con irresistible curiosidad y espontánea ternura á todo jóven que pretende entrar en la redaccion de un periódico. Pero si el jóven, al solicitar su plaza, declara ántes que no entiende aún nada de política y quiere dedicarse á tareas literarias, entónces, cariño y ternura se mezclan con una compasion gratuita ó con una desconfianza cerval.

¡He visto tantos grandes escritores perderse entre artículos de fondo, y he contemplado tantos pretendidos génios detenerse impotentes al querer escribir una gacetilla!

Sin embargo, siempre concluyo por declararme partidario á ciegas del novel escritor, hasta que su marcada pereza, insuficiencia probada ó falta de idoneidad absoluta vienen á convencerme de que mi protegido no sirve para el caso.

Entónces una lástima terrible se apodera de mí. Si de los que realmente valen son pocos los que llegan á la meta de la fama, ¡infeliz de aquel

que, obstinado en ser escritor, se empeña en serlo, sin condiciones para ello! ¡Eterno Sísifo de sus impotencias, creerá ver toda su vida, en la envidia de los demás, las consecuencias de sus vanos y estériles deseos!

Pero, en cambio, cuando con mirada tímida, con balbuciente lábio, con sonrisa callada ó con tristeza incógnita, producto quizá de la nostalgía de la gloria, veo un jóven, recien salido de la Universidad, ocupar humilde el sitio mismo que yo ocupé hace veinte años en una redaccion de periódico, y cuando, despues de varios dias de inútiles tentativas, cuyos tropiezos han sido más bien las interiores modestias del escritor, que su torpeza, creo entrever de pronto en una gacetilla, en un suelto, en un artículo, un fulgor de *eso* que no enseñan los retóricos, que no se aprende en ningun libro, y que sólo brota al lanzar sus eléctricas chispas la pila misteriosa formada por el espíritu y la materia, *par* divino, de que es pálida copia el *par* de zinc y cobre que extremeció las manos de Volta, entónces acuden en tropel á mi ánimo aquellos dias de mi triste pubertad, en que sólo y abandonado llegué á Madrid, inquieto como los pájaros, confiado como los niños, poeta como los cándidos, soñador como los locos, y con tales recuerdos, vuelven á aparecer los dias oscuros en que, cual la roca á Moisés,

esperaba yo que alguien, tocándome con la varita mágica de los adivinos, hiciera salir de mi alma, que no se atrevia á volar, asustada, el tesoro de mis fantasías, el venero de mis aptitudes, la fuente de mis espontaneidades, cualidades todas que, contenidas por la imposibilidad de la imitacion, por el temor á una reprimenda ó por el estigma de mi inutilidad sorprendida, sólo se atrevian á tomar cuerpo en los versos á mis novias, en las cartas á mis amigos, ó en alguna apreciacion rápida y espontánea, tan pronto hecha como olvidada, de miedo á que fuera un disparate.

Yo no encontré mentor, yo no encontré guia, y el público, sólo el público, fué el que comenzó á decirme «atrévete;» y desde entónces, aunque mal, me he venido atreviendo.

Recordando todo eso, sintiendo todo eso, más que á poeta, más que á literato, más que á periodista, me he dedicado siempre á la busca de gentes que *sirvan*, tornándome en un Mecenas de ocasion, ya que, ni por capitales, ni por autoridad, puedo serlo real y efectivo, como el protector de Horacio.

Obedeciendo á esta manía, hoy te presento, querido lector, asido cariñosamente de la mano, al jóven más modesto, más tímido, pero mas bueno é inteligente, de todos con cuantos he tropezado en ese fondo de las redacciones, oscuro como tinta

de imprenta ó cielo en noche sin luna, pero, como éste, tachonado, para quien sabe observarle, de estrellas luminosas, de meteoros brillantes y de radiantes soles, plantel de futuras glorias, al mismo tiempo que lugar de perdicion para muchos que hubieran escrito sus nombres en el templo de los inmortales, si, convirtiendo poco á poco el arte en oficio, y en mecanismo la inspiracion, no hubiesen tenido que ir á parar á los hospitales ó á los destinos, infiernos y *oasis* de muchos de mis contemporáneos.

III.

Al presentarte, querido público, al jóven autor de esta narracion (que no vas á dejar de la mano en cuanto leas la primera línea) al escribir un prólogo *espontáneo* para La Cigarra y hablarte de su autor D. José Ortega Munilla, no obedezco á los impulsos de una fácil entrega, á guisa de mujer liviana.

La conquista se me ha hecho en toda regla, y por sus pasos contados.

Primero supe que habia en la redaccion de Los Debates un *Orteguita*.

Este *ita* me suena en todos los nombres á quie-

nes se añade, como *tocayo* en tiempo pasado, como algo que á mí me ha pertenecido.

¡He sido yo tanto tiempo Correita!

No hay para qué decir que el nombre pronunciado de esta manera sonó en mi oido como el primer piropo de un mozo guapo en el oido de una mujer sensible, pero virtuosa.

Un dia se estrenó un drama en un teatro, no sé si de Echegaray ó de otro.

Leí Los Debates, y me encontré con una de esas críticas que á mí me gustan.

—¡Hola! ¿Y cómo gustan á Vd. las críticas, señor prologuista?—exclamará el lector.

Procuraré decirlo en dos palabras.

Si yo fuera turco y quisiera comprar una esclava, escogeria para tomar informes á los sultanes y no á los eunucos.

Bueno; pues aplicado esto á la literatura y á las demás artes, á mí me gustan las críticas, entre cuyos severos renglones vaya envuelto ese espíritu fecundo, esa galanura de forma, ese atrevimiento de las ideas, ese entusiasmo ó esa indignacion, que al mismo tiempo que enseñe, distraiga; que al copiar, embellezca; que al censurar, no lastime; que al herir, cure; que al pedir, dé; que al alabar no exagere; que al escudriñar, no maltrate; y que al exprimir el jugo de la obra sometida á su exámen, no la deje seca y filamentosa,

como caña recien salida del *trapiche*, sino rodeada por el barniz de la forma que la ha cobijado, engalanada con el aliento creador del que la abrigó en su entendimiento, pura, tal cual era, buena ó mala, como ramo de florera inteligente, cuyas rosas van atadas, sin ajar las hojas suaves y sin que las espinas goteen sangre.

Pues bien: un dia encontré una crítica así en Los Debates, y como el eco de voz de persona simpática hace volver inmediatamente el rostro al sitio de que partió el sonido, yo volví con amor mi entendimiento hácia el autor de aquellas líneas.

—¿Quién ha escrito la crítica de ayer?—pregunté al primer redactor que hallé aquel dia.

—Orteguita,—se me dijo.

Esta segunda vez oí el nombre del autor, no como oye el piropo de pretendiente una mujer difícil, sino como si, al tomar ésta informes de su galanteador, le anunciasen que era de buena casa y que tenia dote.

La tercera vez... ¡Oh! La tercera vez fué frágil mi virtud.

Caí sobre el tercero ó cuarto (no me acuerdo) folletin de Los Debates, sitio por donde comencé á leer La Cigarra, como debió caer Francesca de Rímini en los brazos de su amante; caí de golpe, y la cosa no era para ménos.

¿Sabes dónde fué, querido lector?

En el sitio aquel de la narracion, donde *Solita* (¡qué nombre!) se queda sola, solita, en el cuarto del padre Hernando, y con sus piececitos llagados, con sus miembros entumecidos y con sus ojos en la oscuridad abiertos, oye sonar la péndola del reloj, cree sentir pasar rozando por su frente el lábio tibio de su madre muerta, y al llegar aquí, una lágrima (¡á los cuarenta años!) se deslizó por mis megillas, por mis megillas, quemadas con toda clase de luces, desde la del sol, hasta la de gas y del velon, luces consumidas en leer novelas, desde las alboradas del género en Grecia y Roma, hasta la de Dickens, Karr y Valera; y al sentir aquella lágrima, juréme ser amigo de Orteguita, dar un estrecho apreton de manos al Sr. Ortega, y hacer un prólogo para La Cigarra, *relacion contemporánea*, original del Sr. D. José Ortega Munilla.

Voy, pues, en breves líneas á cumplir mi palabra.

IV.

No sé si la literatura que alimenta el teatro es más ó ménos importante que la novela.

Lo que sí afirmo, á presencia de la historia,

es que la novela coincide más con la civilizacion de un país que el teatro.

Este aparece, á raíz de toda nacionalidad, desde la farsa grotesca y bucólica, hasta la comedia, pasando por la tragedia y el drama.

La novela, por el contrario, viene á ser como el premio de la civilizacion alcanzada, y respondiendo más á la realidad y al análisis, es, con respecto al teatro, lo que el cristianismo al gentilismo, lo que la verdad á las conveniencias y á las ficciones.

Busca el teatro, para dirigirse al alma, el camino de las pasiones personificadas y de los relatos que entran por el oido.

La novela necesita en el hombre una educacion anterior, y sólo puede popularizarse por la aficion á la lectura. Necesita, además, una libertad de accion, una ubicuidad posible y una extension bastante para que en sus páginas puedan moverse el ingenio, la fecundidad, el análisis, la observacion y todas esas cualidades tan difíciles de amontonar y reunir en un espectáculo de convencion.

Así es que apénas se conocen novelas en Grecia y Roma, siendo verdaderos poemas en prosa los libros de Caballería.

La novela, la verdadera novela, no se desarrolla ni en España, ni en Italia, ni en Francia,

****

ni en Inglaterra, ni en Alemania, hasta tanto que aquellos países no alcanzan un grado de civilizacion y cultura, de vigor y de confianza en sí mismos, que al dirigir la reflexion y el análisis, producen el deseo de la copia abrillantada por las perfecciones del idealismo ó admirablemente conservada por la verdad en los tipos, en los hechos, en las pasiones, ó en la caricatura.

Comenzando en el cuento y terminando en el poema, es á las imaginaciones lo que la historia á los hechos, siendo por lo mismo tan difícil como ser historiador, ser novelista.

No basta que el estilo sea galano, correcto y fácil: es preciso que sea natural, y esto de sorprender la naturaleza para convertirla en arte, sin que deje de ser verdad, explica quizás más que nada, la escasez de buenos novelistas en nuestra pátria.

En España ha habido siglos de gloria, años de fortuna, dias de milagro; pero casi nunca, ni en la política ni en las artes, ni en las ciencias ni en las formas, ha sido lícita, conveniente ó provechosa la verdad.

La Inquisicion por un lado, y el absolutismo por otro, han pesado siempre sobre las conciencias y los derechos, llegando la literatura hasta el gongorismo, por el camino de formas ampulosas, necesaria vestimenta de hombres que lleva-

ban su principal enemigo en su propio pensamiento.

La novela, pues, fuera de alguna de Cervántes, vive relegada á la misma fuente de inspiracion en que Velazquez fué á buscar sus *borrachos*, el mismo Cervantes sus *Rinconete* y *Cortadillo*, y Le Sage, algo mas atrevido, por no ser español, su *Gil Blas de Santillana*.

Solamente en la sociedad, donde no se corria peligro de hallar un problema filosófico, canónico ó político, érales lícito copiar *del natural* á nuestros novelistas. El vocabulario, pues, de la novela española miróse rico en el lenguaje de la hampa y de los figones, de las galeras y de las almadrabas, huyendo de los salones y de la luz, de lo elevado, y por ende peligroso, hasta dar en un estilo rastrero, aunque rico, inculto, aunque abundante, y grosero, aunque fácil é inimitable.

No habia remedio. O escribir ampuloso é hinchado, si se pretendia ser culto, ó tocar hasta en la desvergüenza, si se habia de ser natural.

Claro es que nos referimos á las obras de imaginacion en prosa, y de ningun modo á los otros géneros de literatura, principalmente á los místicos é históricos, en que Fray Luis de Granada y Melo, Fray Luis de Leon y Mariana, con otros muchos, alcanzaron la meta á que quizás ninguno ha llegado despues de ellos.

Hasta en las relaciones sociales fué perdiendo el castellano la naturalidad en la diccion, si habia de expresar conceptos difíciles ó atrevidos, y así como en la moderna filosofía acaso faltan á los españoles algunas palabras que den exacta idea de sus raciocinios, así en la vida galante, y dentro de las costumbres cultas, córrese hoy el peligro, ó de ser arcaico y quintaesenciado por lo lírico, ó de ser demasiado pedestre y ramplon, si se aborda con naturalidad un diálogo peligroso.

No podia ménos de hacerse sentir esa falta en la novela, principalmente en los diálogos, que pocos, muy pocos autores modernos manejan con naturalidad, cayendo en lo *cursi,* por no ser ramplones, ó en lo arcaico y remilgado, en lo antinatural y en lo inverosímil, por huir de lo grosero.

Manejar, pues, el diálogo, es la principal condicion del novelista, despues de haber combinado con imaginacion, originalidad, tersura y felicidad en el desenlace, un buen argumento.

Ahora bien; esta condicion inapreciable surge natural y espontánea del libro del señor Ortega.

No son ménos notables las descripciones de sus tipos, de sus fantasías ó de los lugares y ocasiones en que los personajes actúan.

Dickens, ese rey de los detalles, de la verdad y del sentimiento, debe haber sido el modelo del

señor Ortega, y ya se deja conocer lo aventajado del discípulo en la descripcion que hace de Madrid en esas horas del crepúsculo vespertino, tan animadas y bulliciosas, y que son el desenlace del dia y la última protesta de las vertiginosas multitudes contra el silencio y las sombras de la noche.

En cuanto al argumento, es una de las pruebas mayores de lo simpático y ameno, de lo tierno y encantador del estilo narrativo del Sr. Ortega.

La idea es vulgar: una niña abandonada por su madre, y cuya muerte forma el castigo de ésta.

Esto es todo; pero esto es nada.

Por consiguiente, hemos llegado al punto en que se hace preciso leer la obra para enterarse del contenido.

¿Cuánto va, querido público, á que despues de leer La Cigarra, y de parecerte pocos mis elogios, exclamas como yo:

El dia en que este principiante ponga su estilo, su ternura, su gracia, su naturalidad y su sinceridad de escritor fluido y ameno, á servicio de una idea madre, desarrollada en un argumento importante, será uno de nuestros primeros novelistas.

Pues ¿sabes, querido público, lo primero que el señor Ortega ha de encontrar ántes que esa idea madre y ese argumento *capital?*

Pues te lo diré muy claro.

Eso que, no sé por qué, en sociedad se llaman

medios, en culinaria, *principios,* y en economía, *metálico.*

Agota, pues, esta edicion, y para que la primera novela del Sr. Ortega sea perfecta, te prometo que no habrá prólogo de tu antiguo amigo y servidor,

R. Rodriguez Correa.

Febrero 28, 1879.

ÍNDICE

Capítulos		Páginas
	Cosas que no le importan á nadie.	v
	Prólogo de la 2.ª idicion	xv
I	¿Dónde irá?	1
II	Náufraga	9
III	La carta	21
IV	Recojida	31
V	El sueño de una noche de invierno.	35
VI	Pedagogía	45
VII	En que se habla de los patos del Retiro, y lo demás que verá el curioso lector	55
VIII	Se presumía.	71
IX	Añorbe (don Acisclo)	105
X	¡Conspiracion!	115
XI	En que la conspiracion estalla. .	137
XII	Minora Canámur	171
XIII	«Como el lirio entre las espinas, así es mi compañera entre las doncellas.»	181
XIV	¡Hasta luego!	191

LA CIGARRA

I.

¿Dónde irá?

Por el sitio en donde estuvo la puerta de Bilbao, y ya cerca de la calle de Fuencarral, á la hora de las seis de la tarde, venía una de las tristes de Enero, poco ántes de que oscureciese, una niña, todo lo aprisa que la debilidad y cansancio de sus piececillos consentían. Llevaba una falda de percal oscuro, que le cubría hasta más abajo del tobillo, jubon de la misma tela y pañuelo de seda, muy viejo y mal puesto en la cabeza, que era pequeña y graciosa. Zapatos no los tenía: y, con la planta desnuda, caminaba, mojándose en los muchos charcos que la lluvia forma en tan descuidados lugares: abrigábase las manos metiéndoselas debajo de los brazos, y cruzando éstos con

fuerza para que el frío soplo del viento, y las punzantes agujas de una llovizna copiosa no se las helaran. A la espalda traía, pendiente de una cinta, una viejísima guitarra, con solas dos cuerdas y tres clavijas: bien es verdad, que, en cambio, dos agujeros, tamaños como puños, compensaban en la caja el defecto del mástil, de donde se habían caído la mitad de los trastes.

Andaba la niña velozmente, como quien va á algun sitio determinado y le urge llegar pronto: y, en sus desiguales pasos, se echaba de ver que aquellos enanos piés estaban fatigados y doloridos del mucho caminar. Así era, en efecto: y si hubiéramos podido leer los pensamientos de la niña, habríamos oido murmurar al ánimo contristado que los formulaba:

—¡Ay, qué pena!... ¡cuánto andar!... Me han dicho que por aquí se entra en Madrid... ¡Por aquí derecho, derecho!... ¡Estoy rendida...! Yo, que creí que llegar á Madrid era cosa de un momento... ¡Un momento, y llevo quince dias andando!... ¿Y para qué? ¿Lo sé yo misma? Si fuera en busca de una persona que me quisiera, tendría que estar dando vueltas y vueltas, hasta que me muriese, como esas golondrinas á quienes los chicos rompen el nido... Tendría que irme volando por los cielos, que es donde está mi pobrecita madre...

El pensamiento de la mendiga cesó de hablar, porque una tristeza inmensa afluyó en poderosa ola de llanto á su corazon; y alzando el pálido rostro, para mirar el brumoso horizonte, á un tiempo se le humedecieron lágrimas y gotas de agua helada. La niña se detuvo un momento y pasó por su cara el dorso de la mano derecha, para secar la humedad del lloro y de la lluvia. Despues siguió andando, y su pensamiento volvió á hablar.

—Vamos, vamos... Ya veo á Madrid... ¿Pero dónde está el mar?... ¿Será aquello que hácia la derecha se confunde con la tierra?... Nó; si aquello son nubes... ¡Qué cielo más negro!... ¡Qué triste debe ser Madrid... con este cielo, más oscuro que una cueva!... ¿Pero dónde está el mar?... ¡Si parece que no he visto el mar en un año!... Hoy hace uno, dos, tres, ocho... y dos diez, diez y uno once... trece... quince, quince dias—pensó la niña, contando por los dedos de su casi trasparente manecita—quince dias hace que salí de Santa Marta, y desde entónces no he visto el mar... ¡Cuánto lloré al despedirme de sus olas!... ¡Virgen del cielo! si me decían que no me marchase de junto á ellas; que me quedára allí... Pero yo no quise quedarme... porque habia prometido á mi madrecita venir á Madrid... ¡Vírgen del cielo, qué frio tan grande!...

Nuevamente se paró la niña; pero ahora fué movida de curiosidad para ver un carruaje que, con las dos linternillas encendidas, cruzaba el camino al galope de sus dos caballos. Las ruedas del vehículo, al entrar y salir en los charcos, sacaban por la tangente chispas de barro, algunas de las cuales mancharon la falda de la mendiga, que continuó su caminata. Pronto se aparecieron á sus ojos exploradores los primeros edificios de la calle de Fuencarral, cuyas tiendas encendían entónces los mecheros de gas de sus escaparates. Los faroles del público alumbrado lucían ya tambien, y su resplandor, al refractarse en las mojadas aceras, dábalas reflejos acerados y blancos. Gruesas gotas caian sin cesar sobre los cristales de las tiendas y de los balcones, deslizándose luégo por ellos como lágrimas. Las luces de las casas dibujaban en aquel aire caliginoso, y, por decirlo así, palpable, manchas rojas de triste fulgor sangriento.

A pesar de que la noche era horrible, no faltaban transeuntes que, armados de sus paraguas casi todos, desafiasen impávidos la inclemencia celeste. Iban á buen paso, como quien se dirige á su negocio ó al ageno (que para el caso es lo mismo), y se deslizaban sobre las relucientes losas, á manera de sombras. Numerosos carruajes corrían en todas direcciones, causando con su celeridad y su traqueo estre-

pitoso, admiracion profunda á la muchacha. Pero aquella admiracion no fué muy duradera, y á ella sustituyó en el alma de la niña un dolor, un desconsuelo amarguísimo: la idéa del abandono absoluto en que se encontraba.

—¡Cuánta gente!—pensó, descolgándose de la espalda la guitarrilla, y cogiéndola entre los brazos como á un niño.—Yo no conozco á nadie absolutamente; nadie me habla ni se fija en mí... ¡Vírgen del cielo, qué pena!... ¿Qué va á ser de tí, Solita,—exclamó hablando consigo misma,—en medio de esta barahunda?... Pero ¿y el mar?... ¿dónde estará el mar de Madrid, Santísimo Dios?... Mi madrecita me dijo que rezára á la Vírgen siempre que estuviese triste y me dieran ganas de llorar... pero ¡he llorado tanto, y he empleado tantas veces ese remedio sin que me alivie el dolor del corazon: que mi pena es incurable!...

Despues, fijando los ojos, arrasados de lágimas, en la guitarra, exclamó:

—¡Pobrecilla! Tú eres mi acompañante, mi amigo, mi madre y mi padre, y mi mundo todo. Sin tí no hubiera llegado á este Madrid... ¡Buena estás, guitarrilla!... En Betanzos se te rompió la prima: en Leon, á un mismo tiempo, saltaron la segunda y tercera... No te quedan sino los bordones, que dan un són triste como el de las campanas cuando tocan á muerto!

Y Solita (pues así se llamaba) pasó los dedos de su mano derecha por las cuerdas del instrumento, que produjeron sordo ruido, con que parecian querer asociarse á las manifestaciones de su simpática amita. Esta se arrimó á una pared, que acertó á ser la frontera de un café muy concurrido, y rasgueó con temblorosos dedos aquellos bordones, y hasta quiso cantar; pero su garganta apénas articuló un lamento, y sus manos cayeron á lo largo del cuerpo, pegando á la guitarra un mediano golpe contra las piedras.

—¡Virgen Santísima, si me muero de frio!—balbuceó.

Sus dedos rígidos y casi insensibles no podian moverse con aquella agilidad necesaria á los tocadores de guitarra, y su espíritu, apesadumbrado, tambien rechazaba un ejercicio con el que la alegría está casada desde que el mundo es mundo y la música música.

Volvió á ponerse en movimiento, y anduvo una hora, sin cansarse, ó sin dar muestras de que se cansaba; cruzó plazas, burló carruajes, saliendo de entre las patas de los caballos por milagro patente; atravesó un redondel muy grande que, segun hemos logrado averiguar tras prolijas disquisiciones, es la puerta del Sol: otra plaza más pequeña, en medio de la cual un

enorme caballero arrostraba el agua sobre blanco pedestal de piedra; y se perdió luégo en las vueltas y recodos de mil calles angostas. Solita no sabía á dónde iba, pero se diría que llevaba rumbo fijo, al mirar cuán veloz era su paso y aquella decision en tirar por la calle de la derecha, en vez de perderse por la de la izquierda, lo mismo que si conociera todos los andurriales de la córte. Como una lancha abandonada va á merced de la resaca, que la arroja á la playa, á manera de trofeo cruento de su victoria sobre la humanidad, Solita, reliquia tal vez del naufragio de alguna familia desventurada, iba á Dios sabe qué playa, á impulso de la corriente con que la sociedad arroja de su seno á los séres inútiles.

Al detenerse Solita, se encontró en el tenebroso extremo de una calle sin salida, que podría compararse á la manga de una chaqueta, cosida por el puño, segun era estrechísima y oscura. En la parte correspondiente al puño de esta manga, veíase negra verja, cuyos espesos hierros destacábanse sobre la eminente tapia que protegían.

Cuando Solita acababa de sentarse en el dintel de una casa contigua, la verja chirrió, gruñendo como una vieja á la persona confiada á su guarda que salía en tan endiablada noche. El ruido de la verja llamó la atencion de Solita, que dirigiendo una ojeada al lugar

de donde procedía el desapacible chirrido, vió unas escaleras que desde el piso llano de la calle conducian al peristilo de un templo. Por aquellos escalones descendian unos piés negros, detrás de los piés una ropa ámplia, negra asimismo, despues el cuerpo cuya era la ropa, y una cabeza, por fin: todo formando un hombre en quien, desde una legua, se reconocía la profesion sacerdotal.

El sacerdote se acercó á Solita, y miéntras guardaba dentro de la sotana un manojo de llaves, que lo mismo podrían ser las del cielo que las de la cárcel, preguntó:

—¿Qué haces aquí, niña?

—Yo... repuso Soledad.

Pero lo que Soledad repuso, merece capítulo nuevo.

II.

Náufraga.

—Yo—dijo Solita—no hago nada... ¿No se puede estar aquí?

—Sí, se puede, muchacha,—contestó el cura con acento de bondad y voz un tantico cascada.

Pero aquí hace demasiado frio, y en esta noche tan cruda corres peligro de helarte.

—¡Helarme, señor! ¿Y qué es helarse? Yo no me helaré nunca, despues del frio que he pasado en el camino.

—¡Oiga!—exclamó festivamente el buen señor.—¿Conque tú has hecho un viaje?

—¡Y qué viaje, Santísimo Cristo! ¡de más leguas!...

—¿Sola?

—Así me llamo.

—¿Te llamas Sola?

—Y he venido sola, y estoy sola en el mundo,—murmuró la muchachita, entrecortando sus palabras, para dejar salir, en forma de suspiros, la tempestad de penas que anublaba su alma.—De manera que en mí todo son soledades.

—Estás descalza,—dijo el cura, despues de haber dirigido una mirada inspectora á Soledad,—¡y casi desnuda! ¿Has comido hoy?

—Sí, señor. Comí esta mañana, en un pueblo que está cerca de Madrid, y que llaman el Pardo... Una ciega, que se había caído en un barranco que hay junto al ferro-carril, daba muchas voces... yo pasaba cerca, las oí, la saqué al camino, y la buena mujer me dió unas sopas, que me sentaron divinamente... Allá se quedó ella, y yo seguí andando, andando.

—¿De dónde vienes tú?

—De allá léjos, léjos... ¿Sabe Vd. dónde está la Coruña? Pues por allí cae mi pueblo.

—¿Cuál es el nombre de ese pueblo que cae junto á la Coruña?

—Santa Marta.

—¿Santa Marta de Ortigueira?

—Ese mismo—exclamó alegremente la niña, levantándose.—¿Le conoce Vd.?

—No, hija mia; pero conozco el nombre. Allí hay buenas ostras.

—Yo creí que había Vd. estado en Santa Marta—repuso Soledad, volviendo rápidamente á su tristeza despues de aquel relámpago de gozo.

—¿Pero á qué viene esta señora Soledad á la Córte?—preguntó el clérigo, usando ese tono de cariñosa broma que suele emplearse con los niños.

—Yo no lo sé.

—¡Cordero celestial! Pues entónces lo sabré yo. ¿Dónde está tu madre?

—Allí—contestó Soledad, al tiempo que señalaba con el dedo índice y con la mirada el cielo, más negro entónces que la tinta.

—¿Y tu padre?

—Aquí—repuso ella, bajando la mano, y señalando la tierra con energía, como si hubiese tratado de agujerearla, para mostrar los infiernos.—Murieron los dos.

—¿Era malo tu padre, segun eso?

—Muy malo.

—¿Y tu madre?

—¡Vírgen del cielo! Una santa.

—¡Pobre señora!...

—¡Pobre de mí!...

—Tienes razon, muchacha. Ella acabó de sufrir y tú empiezas ahora.

—¿Empiezo ahora? ¡Si llevo ya muchos años!

—¡Cordero celestial!—afirmó el cura, que repetía aquellas dos palabras, con la frecuencia con que otros hombres dicen vocablos groseros é imprecaciones bárbaras.—No podrán ser muchos. ¿Cuántos tienes?

—Va para quince.

—¿Y cuántos llevas sufriendo las penas de este pícaro mundo?

—Lo ménos cinco.

—A ver, cuéntame eso, Soledad de las soledades.

—...Que se murió mi padre.

—Chica, empiezas por el fin. ¿De que murió tu padre? ¡Acaso de miseria!... Pero, no; ahora recuerdo que por esa tierra hubo, hace años, fiebre amarilla. Murió de fiebre amarilla, ¿verdad?

—No. Murió de un balazo.

—¡Enfermedad fulminante!...

—Él era carlista. Entónces vivíamos en Lumbier.

—¿Qué has dicho? ¿Vivíais en Lumbier? ¿Estás segura?

—¡Cristo bendito! ¿No he de estarlo?

El clérigo, que había sostenido hasta entónces el coloquio con cierta indiferencia, manifestó en las facciones de su seco semblante asombro extraordinario; y sus ojos, pequeños, pero muy vivos é inquietos, agitáronse vertiginosamente dentro de las líneas de cer-

das que le guarnecian las pálpebras, arrugadas como pasas de Corinto. Pero tambien fué esto un relámpago de curiosidad, parecido al que alumbró momentos ántes el alma de Solita. Aquellas aviejadas facciones recobraron presto su serenidad, y las manos del clérigo volvieron á jugar con el fiador del manteo.

—Entónces vivíamos en Lumbier, y mi madrecita pasaba las del Purgatorio, porque mi padre se emborrachaba cada lúnes y cada mártes... Una noche, despues de pegarla con un palo, y de llenarla de insultos horribles, se fué, y no le vimos más... hasta que, otra noche, despues de un dia muy triste, en que se pelearon los del gobierno con los nuestros...

—¿Con los vuestros? ¿Y quiénes eran los vuestros?

—¡Madre del cielo! ¡los carlistas!... Aquel dia sonaron muchísimos tiros... ¡tantos! ¡tantos! que si cada uno de ellos hubiese matado un pájaro, no habría hoy pájaros en España.

—¡Hija, tú serás de Lumbier, pero pareces andaluza!

—¡Madre divina! Que me caiga muerta si no es verdad lo que digo... Mire Vd., así como pasan los pájaros delante de los ojos una mañana de primavera, así pasaban aquel dia los tiros por delante de los oidos... Mi madre lloró mucho, porque sabía que mi padre estaba peleándose con los soldados, y creía que

cada tiro que sonaba le habría matado á él... ¡Vírgen del cielo! Si esto hubiera sido cierto, habrían dado á mi padre miles de miles de muertes.

—¡Qué cosas dices, muchacha!

—Aquella noche, la que vino despues del dia de la peléa, entraron en Lumbier los heridos, los muertos, los pedazos de otros muertos que destrozaron las granadas... Mi padre llegó...

—¿Llegó por fin?

—Sí. Llegó por fin en un carro... y sin cabeza.

—¡Cordero celestial, qué llegada!

—Mi madre que le ve, se desmaya y cae al suelo... Yo no pude levantarla, y como nadie me hacía caso, porque ganaron los soldados, y todos los vecinos salían huyendo, ántes de quedar en su poder, pasamos la noche en la plaza, yo viendo cortar piernas y brazos á los heridos, que estaban tirados sobre la tierra, y mi madre sin conocimiento. A la mañana entraron los soldados... No eran tan perversos como nos decían... ¡Cá, no señor! Me ayudaron á trasportar á casa á mi madrecita y todo... Pero... ¡Vírgen Divina! cuando quiso la pobre levantarse, no pudo... Se había baldado... baldada para siempre se quedó la infeliz... Despues salimos á pedir limosna... porque padre se llevó todo el dinero que ganaba mi madre lavando, y nos moríamos de hambre. Mi madre tocaba la guita-

rra... esta guitarra que Vd. ve... y yo cantaba... Y como dábamos muchas vueltas al pueblo, mi madre tocando y yo cantando, un sargento de caballería, que estaba en la guarnicion, decía siempre que pasábamos por frente al campamento: «Ahí viene la Cigarra;» y me quedé con ese nombre.

—¡La Cigarra!

—Sí; la Cigarra... Porque yo canto muy bien.

Soledad pronunció estas palabras con tal expresion de humildad, que nadie la habría contestado: «No eres muy modesta, hija.»

La Cigarra dijo luégo:

—A los ocho dias, mi madre escribió una carta á un primo que tenía en Santa Marta, explicándole su horfandad y pidiéndole amparo. El primo... es decir, mi tío, contestó que era pobre y viejo, pero que estaba soltero y sin arrimo cariñoso de nadie, que fuéramos... y viviríamos juntos. A otro dia salimos de Lumbier... Mi madre apénas podía andar... y yo no era bastante fuerte para llevarla en brazos. Apoyada en mí, caminaba poco á poco... El dia que más, hacíamos una jornada de dos leguas... Pero al fin llegamos... ¡Cristo bendito! ¿para qué? Para asistir al entierro de mi tío, que murió la noche ántes... ¿Ha visto Vd. qué mala suerte?... No hubo más remedio que seguir cantando y tocando; y tanto canté, que todos se olvidaron de mi

nombre de pila, y me llamaban *la Cigarra*. «Cigarra, canta el romance de la Vírgen de los Iluminados,» me decían aquí; «Cigarrilla, canta la jácara de los moros,» me mandaban allá; los enamorados me pedían que entonase unas coplas muy lindas, que empiezan:

«Hermosita, hermosita,
la de las manos de plata,
más te quiere tu marido
que al rey de las Alpujarras.»

Y así nos ganábamos la vida... ¡Qué vida, Santa Vírgen! Cantar á todas horas, de día y de noche.

—Eres un cordero celestial, Cigarrita...—dijo el cura, enternecido con la dulce charla de la cantora.—Pero aún no me has satisfecho la pregunta principal, que es á qué vienes á Madrid.

—¡Si no lo sé!—repuso la niña con firmeza.—Vengo, porque mi madre, que ha muerto hace diez y seis días, me lo mandó... Estaba agonizando, y me tomó las manos con las suyas, que eran como un pedazo de hielo, para decirme: «¡Qué desdichada eres, hija mía! Hasta ahora, sólo has tenido días de lágrimas. No has visto el sol sin nubes, ni las mariposas del campo; las tormentas no han cesado de cruzar sobre tu pobre cabecita, y debes estar aturdida de oir

tanto trueno.» Yo no entendía aquellas palabras, y como mi madre, al decirlas, me miraba con unos ojos tristes, muy tristes, y quietos, cual si fueran de vidrio, me eché á temblar y grité: «¡Madre! No me hables así; mírame de otro modo. Esos ojos que pones me asustan.» Pero no dejaba de dirigirme aquella mirada de persona muerta, ó de pájaro disecado, que me entraba en el corazon como si fuese un alambre hecho ascua... Por fin me dijo que ella se estaba muriendo... «¿Qué morir?—exclamé yo.—Lo mismo pensabas el dia en que mataron á mi padre.» Me respondió: «Es verdad; entónces me morí á medias, pues quedé baldada. Ahora me muero completamente; y es preciso que ántes de que esta boca se cierre, Solita de los ángeles, te encargue una cosa. ¿Prometes tú hacerla?»—Juré que sí, creyendo que me mandaría ir á rezar á la iglesia, delante de la Señora de los Remedios, ó salir al campo á cojer violetas, para ponerlas debajo de una estampa de la Santa Soledad que tenía frente á mi cama. Mas no fué eso lo que me mandó, sino otra cosa mas difícil. Me mandó que, en cuanto ella muriese, me fuera de Santa Marta, y me viniese... nada ménos que á Madrid... ¡Ya ve Vd., que venir una pobre de pedir limosna á Madrid!... ¡A Madrid, donde no habrá más que gente rica, y condes y reyes!... Y además, me mandó que entregase,

no sé á quien, una carta que ella había escrito la tarde misma.

—¿Sabía escribir tu madre?

—¡Anda! Mejor que el maestro de Santa Marta. ¡Si estuvo en Madrid sirviendo muchos años!

El sacerdote tornó á dar muestras de interés, y aún podemos decir que de febril impaciencia, impropia de su edad caduca. Especialmente desde que Soledad pronunció las últimas palabras, y mentó lo de la carta, aquel rostro rugoso y encanecido, que podría compararse á un monton de nieve, experimentó movimiento de ansiedad.

—Sigue, niña, tu historia, que es interesante,— exclamó.

—Pues mi madre me dijo:—«Te vas á Madrid, con tu guitarra, mi bendicion y esta carta... Allí, cuando veas á un señor, ó á un soldado, le preguntas que si sabe dónde vive la persona de quien habla el sobreescrito, y le ruegas que te guíe á donde sea. ¿Me prometes hacerlo como te digo?»...—Respondíle que sí; ¡ay! ¡y se murió la pobre!... Cuando la enterraron, cogí mi guitarra, y salí de Santa Marta... y hoy he llegado á Madrid... ¡Si me parece imposible! ¡Hay más leguas de por medio!

—¿Y la carta? ¡la carta!—preguntó el cura con agitacion, dándose golpecitos con la palma de

una mano en el dorso de la otra, en señal de impaciencia.

—Aquí debe venir,—repuso la Cigarra buscando en el bolsillo del vestido.—Sí... aquí... Esta es.

Soledad sacó un pliego, torpemente doblado, y se lo entregó al cura, quien le acercó á sus ojos para leer el sobreescrito; pero la oscuridad era mucha, grande la debilidad de su cansada vista, y no pudo distinguir las letras, áun cuando parecían tamañas como palotes de Torío.

—Niña—repuso el clérigo—¿vas á pasar la noche aquí? No... no... entra en el pórtico de la iglesia, y allí, entre unos tapices viejos, que están amontonados á la derecha, harás una cama estupenda de cómoda... Luégo te echarán por aquella ventana una cesta con algo de comer... Duerme bien, y mañana Dios dirá... Yo leeré esta carta, y pondré en camino á la Soledad de las soledades, para que llegue á puerto de salvacion...

Miéntras así hablaba, habíase ido acercando, seguido de la Cigarra, á la verja. Abrióla de nuevo, y penetró en el interior del peristilo, perdiéndose con la cantora bajo las sombras gigantescas de la columnata.

III.

La carta.

Aquella iglesia era la de las monjas Teresitas que, si no existen en Madrid, podrían existir, y esto basta y áun sobra; y aquel sacerdote era el capellan de las mencionadas monjas, que vivía en cierta habitacion, aneja al convento, y colocada entre él y un palacio, ó casa grande y antigua, de que eran dueños los herederos de don Anastasio Añorbe, á quienes conocerémos oportunamente, si hubiere lugar para ello.

El clérigo dejó á Solita sentada un gran fardo que formaban diez ó doce tapices puestos junto á la sacristía, y subió cierta escalerilla de piedra que del disimulado hueco de una puerta inmediata arrancaba.

Tendría el buen señor más de setenta años, y su cana cabeza pelada al rape, su cuerpo encorvado, sus manos flacas y grandes, su macilento paso, hablaban

al ménos observador de los achaques de una edad caduca y de una salud débil. Mucho lo era la del capellan de las Teresas, que padecía dolores y pertinaces ataques de reuma, los cuales le postraban en el lecho durante meses y meses. Pero si el cuerpo del anciano sufría con estas enfermedades, no así su alma, que se dulcificaba con el continuo padecer, bien al contrario de otras, que se ágrian y envilecen con la desgracia. Llamábase el clérigo D. Pedro Hernando de Cifuentes, mas nadie le conocía sino por el padre Hernando, y áun algunas personas, que le trataban con absoluta confianza, y las monjas mismas, solían nombrarle, en lo íntimo de su amistad, el padre Hernandito, á causa, tal vez, de lo menguado de su estatura.

Dígase de una vez para siempre: el padre Hernandito carecía de aquellos superiores destellos de la inteligencia que otros sacerdotes dejan conocer desde la cátedra sagrada ó desde el libro. Allá, en sus juventudes, sintió amagos de vocacion eclesiástica, y trocando el arado, que sus mayores manejaban como los propios dedos, por la gramática latina, aprendió á declinar y conjugar medianamente en el seminario de Orihuela, masculló su poco de Moral y un Cuestionario Teológico, y á los veintiocho años cantó misa, con gran júbilo de sus parientes, que vieron en D. Pedro encumbrado su humilde linaje á la altura del sagrado

ministerio. A los treinta años fué nombrado capellan del convento de las Teresas, y allí vivía con una hermana viuda, enmedio de una paz que tenía algo de la paz del sepulcro.

La hermana del padre Hernando se llamaba doña Mónica, y en su matrimonio con un mayorazgo de Ecija jugador y borracho, que recorriendo las ferias de Andalucía malvertió sus escasos bienes, tanto había sufrido, que estimaba aquel descanso de su agitado vivir como tregua dada por el Señor á su ánima, porque se tranquilizára ántes de entrar en el reino inmortal, y la diputaba inestimable gracia. Dos hijos tuvo, y ámbos fallecieron de pocos años, no habiendo participado la buena señora de los dulces cuidados de la maternidad, sino para ver cuán amarga es la muerte de aquello á que se dió vida.

Despues de subir el padre Hernando los cincuenta escalones que conducían á la vivienda, tiró del viejo cordon de una campanilla, que amagó cuatro ó cinco veces sonar, como una boca que se prepara al estornudo, y al fin alborotó el pasillo. Unos pasos menudos se oyeron al punto, y la puerta se abrió, penetrando el clérigo en una estancia que, para conocimiento del lector, dirémos era el despacho.

—¿Cómo vuelves tan pronto?—preguntó doña Mónica, que había sido quien abrió la puerta.

—Hace mucho frio, y este pícaro reuma... Además, me he encontrado una niña abandonada que se moría de hambre, y la he mandado pasar al patio de la sacristía para que se acueste sobre los tapices... Mira, Mónica, coje la cestita en que el demandadero te pone el recado de las mañanas, mete en ella algo de comer y échaselo por la ventana á esa niña.

Doña Mónica, que jamás contrariaba las órdenes de su hermano, ni trataba de juzgarlas, se apresuró á obedecer.

Don Pedro, en tanto, se había despojado del molesto hábito, quedando en trage de seglar. Traía remangados hasta la media pierna los pantalones, y una chaqueta muy raída hacia las veces de levita en su delgado cuerpecillo. Sentóse en ancho sillon de cuero, adornado con clavos romanos, apoyó los brazos en una mesa que delante había, sobre la cual una lámpara de aceite de oliva derramaba su lumbre, y miró la carta. Pero áun así, no logró leer aquellos garrapatos. Dejémosle buscar en el bolsillo de su chaqueta el estuche metálico de los anteojos; dejémosle sacar éstos, y miéntras se los coloca sobre la nariz, apresurémonos á describir el cuarto.

No cubrian esteras el pavimento, ni papeles la blanca pared. Adornábase ésta con media docena de cuadros, entre los que descollaban, por su grandor,

un retrato de San Pedro, otro de la Vírgen en su advocacion del Pilar, un plano de Jerúsalen y el árbol genealógico de San José Patriarca. Tambien se hacía notar, por el lujo de su churrigueresco marco dorado, cierta cajita de reliquias óseas, donde había un metatarso de San Fructuoso y un diente de San Narciso, obispo de Gerona, con quien la piedad había hecho lo que no fueron osados á hacer sus enemigos los franceses.

Encima de la mesa hallábase un armariejo colgante, y en él, al descubierto, dos filas de libros, casi todos con forros de pergamino: la *Biblia vulgata*, un tomo descabalado de sermones, otro del padre Lárraga, el *Año Cristiano*, algo tambien de Fray Luis de Granada y un paquete de bulas. Por la mesa andaban confundidas las hojas de un *Itinerario del Cielo*, las de un *Viaje á Tierra Santa*, el Brebiario, y la *Guia eclesiástica oficial*. Unas cuantas sillas viejas de Vitoria completaban el mueblaje del aposento, que era reducido.—Otro objeto podía verse y oirse (ámbas cosas) desde cualquier punto de aquel gabinetito: un reloj monumental, que tenía la forma de castillo moruno, por cuya puente levadiza asomaba á las horas y medias horas un guerrerico de plomo, para declarar con algo entre alaridos, voces ó trompetazos, á qué parte de la esfera habían llegado las agujas en su eterno viaje.

El interesante habitador del castillo parecía la visible fantasma del tiempo, encargada de avisarnos su lapso.

Cuando se sentó el padre Hernando, oyóse ruido de cadenitas en el castillo, desencajóse la puente, salió el moro, y moviendo la corneta que traía pegada á los labios, tocó una, dos, tres... nueve veces. Eran las nueve de la noche.—Aunque esto no se juzgue necesario, sino afan prolijo de detalles, diré que tal reloj, demasiado rico para tan pobre casa, procedía de un legado hecho á D. Pedro por el señor de Añorbe, de quien fué director espiritual.

El padre Hernando había encontrado ya en el fondo de su bolsillo los anteojos. Abrió la boca de pez del estuche de hoja de lata, extrajo los sencillos aparatos de óptica, calóselos con impaciencia, y leyó el sobre. Decía: «*Señora doña Ana Añorbe.*» El padre Hernando experimentó un temblor extraordinario; miró de derecha á izquierda con angustia, volvió á leer el papel, despues de pasar sobre las letras los dedos de su siniestra mano, y... no había duda. Estaba bien claro; allí decía: «*Doña Ana Añorbe.*» Aquellos dedos arrugados y temblorosos rompieron el sobre sin vacilar, y arrugándole hasta convertirle en una bola, arrojáronla al suelo, donde un gatito negro, que había acudido á saludar á su amo arqueando el espinazo, se puso á jugar con ella.

—¡Qué casualidad, Señor bendito!—exclamó el padre.—Leamos, leamos... Por más que ya sé, poco más ó ménos, lo que podrá decir este papel... ¡Este caso de conciencia no se halla incluido en lo *Summa* de Moral y Teología que yo estudié!... ¡Cordero celestial! ¡Como si no tuviera bastante el Señor para probarme con el pícaro reuma, me manda un conflicto tremendo!... ¡Ay, Dios mio! ¡Dios mio!

El clérigo leyó el papel, interrumpiendo de rato en rato su lectura, cuando alguna palabra difícil de descifrar le obligaba á hacer detenido análisis de los torpes trazos de la pluma.

Si, como afirmó la Cigarra, su madre escribía mejor que el maestro de Santa Marta, no era ningun génio caligráfico el tal.

La carta decía, poco más ó ménos, así, en estilo incoherente y oscuro:

«Mi querida señora: Cuando reciba usted ésta, si la »recibe, ya habré muerto. La niña queda abandonada »y sin amparo de nadie. A mi marido le mataron en »Lumbier, y entónces escribí á usted avisándoselo, y »pidiéndole apoyo para la niña; pero usted no me »contestó, sin duda por no llegar á sus manos la »carta. No he revelado á la niña el secreto, pues pro»metí morir con él dentro de mí, y así lo hago. »Muchas veces he pensado ir á Madrid con la niña y

»buscar á usted. Siempre lo dejaba para mañana, y al fin »he llegado á un dia que no tiene mañana sobre el »mundo para mí; en cambio para la niña le tiene, y es »tan triste, si usted no se halla en su camino para so»correrla, que más le valdría morirse conmigo y ayu»darme á subir al cielo, como me ayudó á andar por la »tierra. Querida señora: le pido á usted, desde el borde »de la vida, que recoja á Solita. Ella es muy buena, »muy dócil, muy agradecida. ¡Dios sabe si podrá llegar »á Madrid la desdichada!—*Francisca Pedrezuela.*»

Cuando el cura acabó de leer esta carta, ofrecía su rostro muchos rasgos dignos de estudio para el fisiólogo. Los ojos, espantados, miraban el papel, como si se hubiera convertido en horrible áspid venenoso; la entreabierta boca denotaba el asombro; la inmovilidad escultórica del gesto daba indicio de la irresolucion de un espíritu sorprendido por un suceso imprevisto, de importancia grande. Tan ensimismado se encontraba don Pedro, que ni oía el ruido de la péndola, ni las carreras del gato jugando con el sobre de la carta, ni los pasos de doña Mónica, que se acercó á su hermano y le puso una de sus manos, cubiertas de mitones en la espalda.

—Ya dí á esa niña la cena,—dijo la señora.

Aquellas palabras sacaron al padre Hernandito de su absorcion.

—¿Esa niña?—repuso dando una vuelta en el asiento del sillon, que crugió como si fuese á romperse.

Despues miró fijamente la cara de doña Mónica y exclamó:

—Esa niña, ¿eh?... Pues anda y dila que suba... No podemos dejarla dormir en el pórtico.

—Pero...—se atrevió á decir la viuda, extrañando tanto la resolucion de su hermano, que al respeto y obediencia ciega que le tenía se sobrepuso la curiosidad femenina.—¿Dónde va á dormir?

—Aquí, aquí mismo. En la única habitacion disponible... La tuya es harto estrecha para dos camas... Aquí le dispondrás un colchon sobre el suelo, dos sábanas y una manta... nada más.

—Pero...

—Mujer... Hágame el favor de llamarla... Que suba y... luégo te explicaré...

Parecía que el asombro y estupefaccion de don Pedro se habían trasmitido á doña Mónica, quien, con la cara dilatada por la curiosidad, salió del despacho para cumplir el precepto del cura.

Este se quedó diciendo:

—¿Qué resolveré, Dios mio, qué resolveré?

IV.

Recogida.

Doña Mónica abrió la ventana por donde echara la cesta con vituallas para la frugal cena de Solita. La luz de la habitacion, saliendo por la ventana, proyectó en la frontera pared un paralelógramo amarillento.

—¡Niña!—gritó doña Mónica asomando su cabeza para escudriñar las sombras del patio.

—¡Qué!—respondió la Cigarra, saliendo de entre las columnas.

—Sube... por esa escalera que hay á la derecha.

La Cigarra subió inmediatamente, aunque con algun miedo. Aquella oscuridad impenetrable, el eco medroso con que los altos muros de piedra reproducían el ruido de sus pasos, tenían tan asustada á la cantora, que apénas había probado los alimentos que le diera la anciana.

—Dice el señor cura—afirmó ésta al cerrar la puerta, despues de haber entrado Solita—que hace demasiado frío para que duermas en el patio.

—¡Ay, señora! ¡Qué bueno debe ser el señor cura! En todo el viaje hallé quien me socorriese de este modo.

—Entra, no te quedes ahí,—añadió la viuda, mirando el semblante agraciado de la Cigarra con expresion de lástima.

El gatito negro había salido á conocer al recien llegado, y se paseaba delante de la niña haciendo eses con la cola. El gracioso animalejo, despues de dar un brinco, corrió hácia el despacho de nuevo. La huérfana y doña Mónica le siguieron hasta la habitacion donde el clérigo aguardaba á la niña con ansiedad grande, pintada en su semblante por indudables rasgos.

—He pensado que el frío de la noche es harto crudo para una criaturita de tu edad... Aquí dormirás magnificamente... Mónica, hazle la cama bajo el reloj.

Aquél era el sitio donde el gato Benjamin solía acostarse, sobre un cubre-piés viejo y apolillado; y como si el bicho hubiese comprendido que se trataba de despojarle inicuamente de sus derechos, lanzó un maullido y fijó sus pupilas redondas y fulgurantes en

BIBLIOTECA Granada ANDALUCIA

la huérfana. Tambien tenían fijos sus ojos en ella el padre Hernando y su hermana; y ciertamente que aquellos tres pares de ojos podían ocuparse con agrado en mirar tan hermosa obra de naturaleza.

El rostro de Soledad era ovalado, con la barba menuda y afiladita, partida por gracioso hoyuelo, en que se reunía toda la sombra compatible con el resplandor de aquellos negros ojos, que arrojaban viva lumbre, cual diamante tallado en mil facetas. Sus megillas pálidas, marmóreas, suaves, recordaban el color de las rosas de invierno, únicas dignas de acercarse á su nariz recta y pequeñuela, sobre la que dos cejas, como dibujadas con tinta de china, destacaban sus delicados arcos en una frente ancha y noble. Si la estética escultura hubiese cogido por su cuenta á Solita, habría hallado en ella defectos plásticos; acaso el de que su cuello era demasiado débil para tan hermosa cabeza, que, por lo mismo, se inclinaba á derecha é izquierda habitualmente, como flor abrumada de su propio peso; acaso la de que su cuerpo carecía del desarrollo que los Phidias han querido atribuir á Hebe, la vírgen ateniense; acaso la de que sus manos eran demasiado largas y algo flacas. Lo que aseguramos es que un pintor cristiano habría tomado á Soledad por modelo de esos ángeles de ignorado sexo, que entran en el cielo luminoso conduciendo en los bra-

zos un alma justa.—Otras dos cosas muy lindas poseía la cantora, además de su alma: la flexible cintura, comparable á un álamo jóven, y el negro cabello que, en dos robustas trenzas, caíale por la espalda, como dos frágiles columnas salomónicas derrumbadas. Hemos mentado su alma: era una paloma dormida entre jazmines.

Soledad miraba á los ancianos con gratitud. Sus pupilas no eran de estas medio entornadas que indican malicia é inteligencia suspicaz. Al contrario, abríanse cuanto les era permitido por los párpados, y miraban con toda su fuerza entre curiosas y asombradas.

Despues de un rato de silencio, en que pudieron oirse el vaiven del reloj y los pasos del gato, que se había subido á la mesa, y allí ponía sus profanas plantas en el *Itinerario del Cielo*, dijo doña Mónica:

—¡Pobre! ¡Qué hermosa es!

Don Pedro pensó al mismo tiempo:

—¡No hay duda! ¡Cuánta semejanza!

El gato, por no ser ménos, sin duda, cuentan que asintió al juicio de la viuda, *diciendo:*

—¡Miau!

Y el guerrero de plomo del reloj, ignórase si movido de curiosidad, ó porque hubiesen llegado las agujas á las nueve y media, surgió de su cárcel tocando la corneta.

V.

El sueño de una noche de invierno.

El cura salió de su despacho despues de decir á la huérfana:

—Acuéstate á seguida. Vendrás cansada, sin duda.

Y cerró la puerta, en cuya parte superior había dos vidrios pequeños, cubiertos de una especie de párpados de muselina. Esta puerta separaba el despacho de la sala, que era la más honrada pieza de aquella vivienda, y enfrente de su cuadro descubríanse dos alcobas, que ocupaban respectivamente don Pedro y doña Mónica. Ambas carecían de puertas, y en su marco blanqueado flotaban colgaduras de tela catalana, muy llena de ramos, que se recogían sobre dos ganchos de hierro, con adornos de metal de azófar, dejando al descubierto un triángulo, á través del cual veíanse las camas de hierro, tan humildes como

camas de hospital, y no ménos limpias que camas de convento. Bajo las colchas, que no llegaban al suelo, descubríanse dos filas de zapatos alineados, desde el par nuevo y sin estrenar, hasta el par agujereado y en situacion propincua de ir á la espuerta de los desperdicios. Don Pedro se puso á dar vueltas por la sala, miéntras se acostaba su hermana.

Soledad venía, segun el cura pensó, rendida por la fatiga de la marcha. Desde que murió su madre no había dormido una noche tranquilamente, con aquel reparador y dulce sueño del niño que descansa sobre el seno que le ha engendrado. La infeliz se desnudó precipitadamente. Asistamos, vueltos de espalda, al despojo de sus ruines harapos, que iban cayendo uno á uno sobre el colchon, y dejaban al descubierto los brazos de Soledad, su seno naciente, sus piernas, aún temblonas por el frio... su cuerpo todo, en fin. La niña se arrodilló, hizo la señal de la cruz y metióse suavemente en el lecho, sin mover apénas las sábanas, como una golondrina en su nido, como una abeja en el cáliz de la azucena. Cerró los ojos.

No había ninguna luz en el despacho, y la de la sala, donde el padre Hernandito se paseaba sin cesar, colábase por los dos vidrios de la puerta, diseñando sobre la pared dos figuras geométricas, que recordaban los cuadros blancos de un tablero de damas. En-

medio de uno de ellos, iba y venía la péndola del reloj, que impresionaba el oido como impresiona el tacto los latidos del pulso, si aplicamos nuestra mano á la de un calenturiento. Si la sístole y diástole de nuestros corazones se oyeran, sonarían así.

Para el que está acostumbrado á ello, el ruido de una péndola es dulce llamativo del dormir; pero para el que no lo está, aquel latido igual, incansable, manteniendo en perpétua actividad los nervios del oido, es incompatible con ese descanso absoluto del sentir, que constituye el sueño. Soledad, despues de cerrar los ojos, volvió á abrirlos para mirar la péndola, y entónces salteó su mente de nuevo la infantil curiosidad que de ella se había momentáneamente apoderado, cuando escuchó los trompetazos del guerrero moruno.

—¡Qué reloj tan lindo! Parece imposible que un hombre sea capaz de fabricar tal maravilla. Esto es como obra de Dios, y se mueve y respira cual una criatura.

Tornó á cerrar los ojos, pero el ruido de la péndola se los hizo abrir de nuevo, y el sueño, que ya batia sus alas sobre la frente de Soledad, huyó á larga distancia.

—Esta noche hace diez y seis que no veo á mi madrecita... «Reza, me decia ella; reza y te consola-

rás...» Pues ni rezando me consuelo... «Llámame con el pensamiento y vendré...» Y la estoy llamando á toda hora y no viene... ¡Madre, madre!

En aquel momento el sacerdote se detuvo ante la puerta del despacho, é inclinando su cuerpo hácia la cerradura, escuchó un momento, y tornó á su paseo.

—Ya se ha dormido... claro está... ¡Apénas ha andado leguas la niña!... ¡Cordero celestial! Si parece imposible que un cuerpecillo tan delicado haya resistido... ¡Mónica, Mónica!... ¡Sí! á otra puerta; tambien se ha dormido... ¡Feliz tú, que puedes dormir! Yo no duermo hace tres noches, por el pícaro reuma, que se ceba en mi pierna derecha como la horrible boca de una fiera... Hoy, que me encontraba más aliviado, viene este suceso... ¡Dios mio! ¡Pero si se diría que es un sueño, una pesadilla, un capítulo de novela!... Nada más cierto, sin embargo... Y vuelvo á preguntarme: ¿cómo resuelvo el conflicto?... Cuantas veces me haga esta pregunta, otras tantas quedará sin respuesta.

El buen anciano se llevó las manos á la cabeza: despues, bajándolas á la altura del pecho, cruzólas con fuerza, y las palmas produjeron al unirse un leve ruido.

—¿Llamabas?—preguntó desde una de las alcobas la voz de Mónica, aún no dormida, pero ya en el

umbral de ese palacio fantástico y sombrío en que la humanidad pasa sus noches. La palmada de don Pedro hízola volver repentinamente á la vigilia.

—Sí—repuso el clérigo.—Te llamé hace poco, pero ya estabas con los santos.

—¡Cá! hombre... Si no me deja dormir la curiosidad.

—Pues para eso te llamé ántes... Tú quieres saber quién es esa niña... Pues bien... no puedo decírtelo.

—¡Buen modo de sacarme de mi anhelo!

—No me creo autorizado para...

—Pues, ¿dudas de mi discrecion y de mi silencio?... Cada momento que trascurre, cada palabra que sale de tus lábios, aumentan mi curiosidad... Nó, ya no es curiosidad, sino una ansia... Yo pensé que tú no tenías secretos.

—Y no los tengo, porque este secreto es ageno. Lo que hago es guardarle... ¡Desventurada niña!.. ¡Es preciso una solucion enérgica!

El clérigo arrastró una silla hasta la entrada de la alcoba, y se dejó caer con abatido ademán sobre ella; apoyó los codos en las rodillas, la cabeza en las manos, y permaneció un rato silencioso. Despues, cambiando de improviso de postura, miró á su hermana, que sacaba su moreno y arrugado rostro entre las sábanas, y empezó á hablar.

Al otro lado de la puerta no se dormía aún. Soledad había oido el rumor de la plática de los hermanos y el soliloquio del sacerdote, y sin lograr que ninguna idéa llegase entera á sus oidos, por las palabras sueltas é incoherentes que cogió al vuelo—permitidme la frase,—comprendió que se trataba de ella. Prestó atento oido, y escuchó entónces que don Pedro decía: «¡Es preciso una solucion enérgica!» Estas palabras alarmaron á la niña; tuvo miedo y ocultó su rostro entre las mantas, metiéndose bajo ellas completamente.

¡Hablaban de ella! ¡Era preciso adoptar una solucion! Dios eterno, ¿qué solucion sería?... Entónces se arrepintió de haber subido á casa del cura, y avínole á la memoria que, entre las advertencias que su madre le diera poco ántes de morir, fué una la de que se guardára en la córte de entrar en ciertos lugares, donde la tratarían al principio con amor, para obtener de ella luego vergonzosas concesiones ó para martirizarla cruelmente... En su imaginacion vivísima y clara, creyó al punto que había caído en alguna red de que jamás se vería libre. Sus ojos cerrados y cubiertos por la ropa del lecho, contemplaron en un punto manos feroces armadas de puñales, que brillaban cual relámpagos; rostros barbudos, en los que se movían pupilas sangrientas, al modo que se

mueven las llamas en el hogar; puños cerrados, que amenazaban aplastar su preciosa cabecita; uñas cairreladas y agudas, que iban á clavarse en su garganta... Todo, en un momento, apareció ante su fantasía con los colores de la realidad, apénas alboreó en su alma el temor de ser víctima de su candidez é inocencia.

Aun cuando las mantas cubrían su cabeza, llegaban hasta ella el ruido de la péndola y el de la conversacion de los ancianos, el lejano gotear de la lluvia sobre los muros exteriores de la vivienda, el traqueteo de algun carruaje que atravesaba la calle vecina como el rumor de un trueno que suena en las lejanías del firmamento... Un instante hubo en que sintió además otra cosa distinta. Algo había pasado sobre su cuerpo, su pabellon auricular percibió un leve crugido... Todos sus terríficos sueños iban á realizarse, y cada minuto contado por el reloj temía ella que fuese el último de su vida; pero pasó un minuto, dos, tres, y nada sucedía. Por fin se decidió á sacar la cabeza de entre la ropa y mirar fuera de la cama. Miró, miró con toda su alma, y vió cerca de sí el gatito negro, que seguía jugando con el papel que arrojára al suelo don Pedro momentos ántes.

Tranquilizóse Solita con este reconocimiento del cuarto, y sacó una mano del lecho para acariciar el

lomo de Benjamin, que, bajo la dulce presion de los dedos, despidió chispas luminosas y finas, cual hebras de oro. Solita cogió el papel, y maquinalmente lo desenvolvió. Cuando le hubo extendido, examinó su arrugada superficie y... el corazon le dió un brinco dentro del pecho. Había reconocido en aquel pedazo de papel el sobre de su carta. ¿Cómo se había atrevido el cura á abrirla? ¿Era esa la manera de dirigir á la niña á la persona que, segun su madre, debía protegerla? Nuevo temblor acometió á la Cigarra. Este descubrimiento acabó de convencerla de que había caído en manos crueles que, léjos de ayudarla á encontrar puerto de amparo, contribuirían al tremendo naufragio de su felicidad. El llanto se agolpó á sus pupilas, y salió de ellas en abundancia. Era un dolor, una pena inmensa, lo que agobiaba á Solita. Aquel desahogo calmó un tanto la agitacion de su pecho, y por fin, rendida al cansancio físico, durmióse, y el sueño se apoderó de su cuerpo como lo hubiese hecho la calentura. Pero áun enmedio del letargo, la imaginacion excitada de Soledad trabajaba sin descanso, forjaba medrosas quimeras en el yunque de lo inverosímil; y bajo el martillo del terror, los sucesos de su vida se retorcían y desfiguraban, tomando apariencias espantables, al modo que el metal enrojecido en la forja del herrero. Frecuentemente agitábase su

cuerpo con extremecimientos nerviosos, y su boca se abría, como para demandar auxilio: era que en su fantasmagórico soñar alguno de aquellos trasgos, algun fantasma negro acometíale furioso. Luégo volvía á la calma.

VI.

Pedagogia.

—¡Vaya, Luci!... Sepamos en consecuencia si esto es difícil... No, no lo es, Luci, sino que tu tenacidad inverosímil... repite desde el principio: «*The Britons had strange and terrible religion.*» Niña, sepamos en consecuencia si te propones desobedecerme. ¡Qué instinto más terrible!

Quien así hablaba, era una señora como de cuarenta años de edad, amojamada y seca, cuyo rostro, de color vinoso en los salientes pómulos, causaba más antipática repulsion que cariñoso interés, aunque pertenecía á un sér destinado á lidiar con la hermosa bandada de pájaros infantiles, cuyos aleteos de ángel alegran al mundo.

Mis Wilfer era *institutriz*, y de las más exclarecidas que atravesaron el canal de la Mancha, con el

evangélico propósito de ilustrar al bello sexo del continente europeo, imbuyéndole su ciencia histórica, geográfica y social, y su profunda erudicion en bordados y en las artes dificilímas de la tapicería. ¡Oh! Miss Alicia Wilfer era una notabilidad en su género. Aquellas manos huesudas y largas, que podrían compararse con arañas, sabían tejer primorosas telas y encaje, y entre sus dedos juanetudos y ásperos, el hilo y la aguja fabricaban pomposas cifras, rosales heráldicos, caprichos vistosísimos é inimitables de oro y terciopelo. Aquella mirada descolorida, semejante al reflejo de una luz en el vidrio ahumado, sabía entrar en el alma de las niñas y buscar allí filones del metal precioso que llaman inteligencia. Aquella persona, en fin, era una gran adobadora de espíritus indoctos, una tintorera prodigiosa de entendimientos blancos, esto es, ignorantes, una encuadernadora de mujercitas que entraban en su poder en rústica y salían de allí en la más bella pasta inglesa. Perseguía la holgazana inclinacion de los ánimos infantiles con la misma actividad celosa que las manchas y el polvo. Su pañuelo era un látigo, eternamente esgrimido sobre todo mueble donde se pudiera detener la más leve partícula inmunda; su dedo índice, minutero que marcaba, con oscilaciones coléricas, el grado de irritacion de su ánimo, jamás exento de santo furor contra la

pereza; su cabeza, verdadero monumento de arquitectura romana, el cuartel real de aquel ejército de operaciones contra la suciedad moral y física.. ¡Admirable Alicia!

Su padre fué Mayor en la expedicion de la India, y murió como un héroe, atravesando un pantano, absorbido por el barro, tragado por un abismo de fangosa inmundicia. Sus descendientes quedaron en la miseria. Por desgracia, no todos ellos eran asaz bravos para combatir y vencer á tan espantable enemiga; y la sublime Alicia, única á quien el Señor quiso dar resignacion tan hermosa y tanta valentía, esgrimió en vano su dedo índice, hasta dislocársele, delante de sus dos hermanos Charley y Reginald, que recorrieron toda la escala de la abyeccion humana y todas las cárceles del Reino-Unido. Así solia exclamar mis Alicia:

—¡El barro en que murió mi padre ha salpicado á toda su familia!

Pero Alicia logró limpiar con su honrada conducta aquel borron, y despues de atravesar el Canal de la Mancha, apareció en Bilbao, limpia, pulcra, virtuosa y respetable, con un *en-tout-cas* en la derecha, una novela de miss Braddon en la izquierda, y un monumental sombrero de paja negra en la cabeza. Era ésta grande y adornada de mezquina cabellera

roja, que formaba ondas muy pegaditas con bandolina sobre las sienes, de las cuales descendían las mejillas linfáticas, manchadas de parduzca lluvia de pecas, las cuales, reuniéndose,y como condensándose bajo los ojos, pintaban allí dos redondas manchas violáceas. Sus dientes sanos y anchos mostrábanse de contínuo, no á través del dulce pliegue de la sonrisa, sino por el fruncimiento labial, característico en mucho de los hijos de Inglaterra, que vienen á estudiar nuestras costumbres, explotar nuestras minas, construir nuestros ferro-carriles ó levantar nuestros sustanciosos empréstitos nacionales.

Tal era la señora que, sentada con majestuoso continente en un sillon, sostenía sobre las rodillas un libro, y le leía despacio en voz alta, miéntras que una niña, como de ocho años, arrodillada ante la preceptora, procuraba deletrear las líneas de historia británica, apremiada por aquel dedo índice implacable, cuyos méritos están ya referidos en pocas palabras.

—Sepamos, en consecuencia, si te resistes á aprender esto. Sepámoslo en consecuencia—repitió miss Alicia, empleando aquella fórmula de interrogacion, que ella juzgaba elocuentísima.

—Señora ¡si ya no me acuerdo qué cosa es *Britons!* —repuso la niña con grande apuro y turbacion.

—¡Habráse visto! Sepamos en consecuencia, si

careces de memoria..., ó sea *Mnemon*, como decían los griegos... Sepámoslo, en consecuencia, señorita.

La señorita no acertó á contestar, porque realmente no era fácil decidir cuestion tan árdua de psicología. Bajó la cabeza, fijó sus tristes ojuelos pardos en las manecitas, y apretóse éstas, cual si estrujándolas fuese á salir de ellas la respuesta que no sugería el atolondrado magin.

—¡Qué instinto más terrible!—añadió Alicia con acento de arraigada conviccion.—Todo lo ignoras. Es inútil enseñarte las cosas. Eres como el pájaro de Jhon Bull, que, cantando, se olvidó de que tenía pico. ¡Válganme las tres potencias! Pues hoy no sales de paseo, si no das de corrido tu leccion de historia. Hemos de llegar á *Julius Cæsar*, ¿lo entiendes? á *Julius Cæsar*. Sin eso no habrá, por hoy, carruaje, ni paseo, ni casa de fieras, ni jardin.

Y al decir esto, el dedo índice de miss Alicia subía y bajaba, acompañando de un movimiento cada frase. Creeríase que intentaba clavetearlas en la cabeza de Luci con aquel martillete de carne y hueso.

Afortunadamente para la discípula, poco despues de pronunciar miss Alicia las palabras anteriores, abrióse la puerta del salon en que esta escena sucedía, y apareció en él una dama jóven y agradable, en cuyo semblante presentaban contraste raro la suave

tersura y fresca lozanía de las mejillas, con el encanecimiento prematuro del pelo; pero no imagine el lector que este encanecimiento era absoluto, completo, sino parcial al modo de nevada de cabellos blancos, ó como si unos dedos de mágica peinadora hubiesen tejido en aquellas trenzas fibras de plata ó nieve hilada.

—¡Ah, señora!—exclamó la miss.—Esta niña es enemiga de los libros. Ya empiezan á agotarse mis recursos para hacerla entrar por la vereda de la aplicacion. ¡Sepamos en consecuencia si he de desistir de mi empeño de enseñarte la historia!

—¡Pobre hija mia!—repuso la señora, poniendo su mano pequeñita y delicada en la cabeza de Luci.—Ella hará lo posible por aprender, ¿no es verdad?

Y como la asustada Luci siguiese callando, repitió la señora:

—¡Vamos! responde. ¿Prometes obedecer á miss Alicia? ¿Prometes estudiar la historia? ¿Prometes no ser tan distraida?

—Sí,—dijo la niña, con el mismo acento que si hubiese pronunciado la palabra *no*.

—Pues cuento con esa promesa, señorita,—añadió miss Wilfer, dando á sus frases entonacion de hueca énfasis.—¡Ah! verémos si se logra vencer ese

instinto terrible que te aleja de todo lo que es estudio sério y útil.

Encomendad á una cotorra la educacion de una mariposa; encargadle que la enseñe á cantar; otorgadle derechos disciplinarios sobre el irisado lepidóptero, y presenciaréis algo parecido á lo que todas las tardes, de una á tres, acontecia en el salon de los señores de Añorbe, donde ahora nos encontramos. Veréis al presuntuoso pajarraco, erguido delante de su educanda, cómo agita las alas, y grazna, y se incomoda; veréis á la mariposa intentar alejarse en un vuelo de la accion pedagógica de su maestro; veréis el pico negro de éste imponerle temor con amenazas de castigo; veréis, al fin, rendirse á la mariposa, dejando caer las antenas de oro, abatiendo las alas, quedando allí mismo trocada en algo que no se mueve, ni vive casi. No era más absurdo pedir á Luci el amor al estudio de una vieja, á quien la cargazon de los años quitó esas alas de mariposa, que pedir á una de éstas voz de urraca parlera. ¡Desgraciados niños son los que no tienen esas alas en la dichosa infancia! ¡y más desgraciados aún los que, teniéndolas, no pueden batirlas en el aire tibio y perfumado de los jardines primaverales! Decirle á Alicia que enseñase á Lucila todo su saber, que la puliese, que la sacase del cuerpo las sombras de la ignorancia, era como decir á una

lima: «Talla ese diamante.» ¡Qué sabe el hierro de la delicadeza del cristal, ni qué entiende el bronco espino de rosales y violetas!

Algo de esto pensaba la señora de Añorbe, miéntras, procurando cohonestar el prestigio de la autoridad pedagógica de miss Wilfer, y su cariño de madre, acariciaba con sus manos el hermoso cabello de Lucila, y fijaba sus ojos en la *Institutriz*, como expresando con su mirada esta idéa:

—«¡No sea Vd. pesada! ¿Qué falta le hace á Lucila saber quién era ese *Ostorius Scápula*, de que está usted hablando siempre?»

Pero los labios expresaron otra idéa distinta de la que vibraba en su cerebro, pues dijeron:

—¿Falta mucho para que termine la leccion?

—¡Que si falta!—repuso Alicia.—¡Ya lo creo! ¡No hemos llegado aún á los reyes fabulosos y me propongo no dejar el libro hasta que demos con *Julius Cæsar!*

—Son las dos,—afirmó la señora de Añorbe—y yo me marcho. Hoy no iré á paseo. Usted, Alicia, puede salir, si gusta, acompañando á Luci. Están enganchando... Ya suenan las campanitas de las monjas... ¡Adios, hija mia; me voy! ¡Que estudies eso de los reyes fabulosos, por Dios!

Salió la dama, no sin que miss Alicia se alzára de

su asiento para hacer una reverencia diplomática, y quedaron solas de nuevo la cotorra y la mariposa. Esta ya no se defendía. A puros picotazos la llevaba la cotorra de rey en rey por toda la dinastía druídica, convertida para la pobre en lacrimoso *Via-Crucis*. Nombres, fechas, palabrotas de cronología, vocablos altisonantes iban saliendo de lábios de Alicia y vibraban en los oidos de la discípula, para volver despues al estante metódicamente ordenado de la memoria de la *Institutriz*.

Así manda la moda que se enseñe á las niñas.

Pero no te apures, Lucila, no te apures, un esfuerzo más y llegamos; otro vuelo, infeliz mariposa, y podrás descansar de tu afanoso descoyuntamiento intelectual. Ahí viene ya *Julius Cæsar*, con su hueste guerrera, á poner fin á tu ejercicio. Ya se acerca; ya llega; ya está ahí.

—¡Quédese en esta parte nuestra leccion!—murmuró miss Wilfer, cerrando con parsimoniosa cachaza el libro.—Pero, señorita, estoy sumamente disgustada de su escasa aficion á la historia. ¿Qué es la humanidad sin historia? ¡Y no le gusta á Vd. la historia! ¡La historia, de que dijo Manzoni que *si puo veramente definire una guerra illustre contro il tempo*, la *magistra vitæ* de Ciceron!... ¡Ah! yo confio, en que ese terrible instinto se vencerá, señorita; sí, se vencerá... Sepamos, en consecuencia, si ya han enganchado.

Tiró la sábia de un cordon de campanilla y acudió un criado, de rostro ancho y moreno como hogaza castellana, de cuerpo bajo y achaparrado, de enorme cabezota, donde las orejas colgantes y separadas del cráneo recordaban las alas del murciélago, y los desproporcionados brazos, las extremidades del gorila.

—¿Qué quiere la señora?—preguntó con sumisa voz, que parecía pedir permiso para sonar.

—Cuando hayan enganchado, avise usted,—respondió la *Institutriz*.

Oyóse entónces en el patio enlosado á donde caían los balcones de aquel salon, ruido de pisadas de caballo, imprecaciones, no muy cultas, con que el mozo de cuadra quería reducir á obediencia á la gigantesca yegua de pacientísimo génio, arrastre de zuecos calzados por piés que habían andado sobre la gloriosa tumba de Pelayo, y poco más tarde el rodar de un carruaje que salía del patio y entraba en el portal. Toda la casa se extremecía al pataleo de la yegua, y los cristales vibraban en sus marcos como en un terremoto.

Alicia buscó su sombrero negro de paja, buscó su *en-tout-cas*, buscó su novela, y bajó la escalera precedida de la niña.

VII.

En que se habla de los patos, del Retiro, y lo demás que verá el curioso lector.

Púsose en marcha la berlina, al trote largo de la vigorosa y noble bestia, cuyo freno regía la más grandísima figura humana que puede concebirse. Era Anton, el cochero, cuya cabeza de gigante, cuyas manos de gigante, cuyo sombrero de gigante, y cuyo cuerpo abultadísimo de rinoceronte, formaban un conjunto disforme y majestuoso. Puños como los de Anton no ha producido la montaña santanderina en lo que va de siglo. Aquellos titanes de la fábula habían puesto su planta cerca del pueblo que engendró al auriga, trasmitiendo á la cuna de éste toda la robustez de su raza. Con las riendas entre los recios y enguantados dedos, que tenían el tamaño de morcillas, guiaba la yegua normanda por este irregular y mareante dédalo de ca-

lles, que se tuercen y revuelven en el plano de Madrid como los nervios en el cuerpo humano; y al cabo de un cuarto de hora llegó el carruaje á la calle de Alcalá, en que á la sazon hormigueaba muchedumbre diversa y abigarradísima.

Los albañiles que en cuadrillas, y vestidos de blanco, al uso de Pierrots, volvían de los andamios, codeábanse democráticamente con otras no ménos numerosas cuadrillas, adornadas de lujosos gabanes, dentro de los que iban acaso altos funcionarios, diputados á Córtes, aspirantes á ministros; vulgares domésticas de záfios modales confundíanse con las señoras de la clase media, á quienes intentaban plagiar en el chocarrero vestir, lográndolo, como logra imitar el *cromo* á la *acuarela;* niños de buenas familias tornaban del colegio con sus carriks elegantes, y sus libros pendientes de la correa; mujercitas airosas y lindas, que aún no habían dejado de recibir el aguinaldo de los Reyes, andaban tambien allí con su pisar gentil de antílope; hembras de osados ojos, manto español prendido con gracioso arte y pié curiosamente calzado cruzaban en todas direcciones, mezclándose con aquella poblacion paseante, como las amapolas con el trigo en las verdes praderas; chicuelos desarrapados, de los cuales dijo amargamente *Fígaro* que se supone que tuvieron padres, porque no se conciben hijos sin padres pré-

vios, pululaban en escuadrones bullangueros y procaces, cual en los tejados los gorriones.

Era aquello un mar de negro oleaje, en cuyas lontananzas sobrenadaban pañuelos, sujetando con la plegazon de la seda rostros chispeantes, herederos de la sal de aquellas duquesas que jugaron á las cuatro esquinas con Pepe-Hillo y Martincho en el soto del Corregidor y en Migas-Calientes; sombreros de copa, en diferentes grados de brillo y juventud; muchos roses marciales; bastantes sombreros de teja; pedacitos de caras que parecían pedacitos de cielo, con sus estrellas de ojos y sus nubes de albayalde; manos como azucenas que sujetaban el rebocillo del velo ó prendían un alfiler entre el negro cabello, porque las españolas—como ha dicho un viajero francés—van haciendo su *toïlette* por la calle; hongos en abundancia; algun sombrero de alas incomensurables, bajo cuya pañosa sombra centelleaban ojos andaluces y tronaba el dialecto del Perchel: todo esto confundido, revuelto, barajado, batido en la gran mescolanza nacional de nuestro heroico pueblo madrileño.

Quién pensaría, contemplando este numeroso desfile de gente, que va á conmemorar algun suceso histórico, ó que el tiempo, convidando al paseo con su hermosura, ha sacado de sus talleres, de sus oficinas y de sus colegios, á esta muchedumbre alegre; quién

pensára que es día de señalada fiesta, de esos en que las campanas dan vueltas en su torniquete y el templo huele á inciensos orientales. Pero todo esto no pasará de conjetura sin fundamento. Este pueblo conmemora una fiesta grande, eterna, que se reproduce con cada amanecer y renace con cada crepúsculo: la fiesta de su nacimiento, la fiesta de su existencia, que, cual la de los fuegos de artificio, toda ella es luz, ruido y alegría, hasta que se acaba el último grano de pólvora y arde el último polvo de azufre.

Por lo que al dia hace, no puede ser peor. Llevamos tres semanas de lluvia tan copiosa, que el Manzanares ha podido apagar la sed veraniega, honrando al puente de Toledo con su medio cuartillo de agua; y las calles inundadas, cubiertas de cierto barniz verdoso, que pega como liga, reflejan la escasa y fementida luz solar á la manera de espejos negros. Y, sin embargo, la gente sale de su casa, va de paseo, se difunde por calles, plazas y cafés, con la satisfecha felicidad del que ha clavado la rueda de la fortuna, y hasta llega al Retiro, burlándose de las tormentosas oscuridades del firmamento y de lo húmedo del piso. Mas los osados que suben la cuesta del camino de Alcalá y penetran en las calles de árboles del Buen Retiro, son poquísimos. Unicamente los carruajes entran en gran número en el ancho paseo que un

ayuntamiento republicano hizo para la aristocracia. Tampoco faltan allí los ginetes, más ó ménos gallardos, que puestos sobre flacos rocines ingleses ó jacas andaluzas finas y delicadas, trotan cerca de los coches; y de trecho en trecho vese el uniforme de algun guardia de órden público, ó algun plebeyo transeunte de á pié, que cometió la locura de aventurarse por aquellos fangosos senderos.

El chapoteo de los caballos y el girar de las ruedas eran los solos rumores que se oían en el silencioso y triste Retiro. En fila, como si á un entierro sirviesen de cortejo, iban los landós, clarens y berlinas, de que el lujo ha hecho su trono, y detrás de los limpios cristales veíanse hechiceros perfiles, destacándose sobre el raso de vivo color de los almohadones; costosos trages, talles sutilísimos, manos divinas, por guantes muy angostos aprisionadas, que iban y venían, como devanando en carrete invisible el hilo de la conversacion; venerables cabezas de Medusas aristocráticas; rostros de varones más ó ménos sérios y más ó ménos afeminados; bigotes cuyas guías engomadas acreditaban, por parte de sus dueños, un cuidado prolijo y un cosmético prolijo tambien; alguna fisonomía de mujer, provocativa, pintorreada como indio azteca, con el pelo erizado de plumas, guarnecido de adornos, lazos y guirindolas de vária especie;

todo lo bonito y lo feo que forma eso que suelen llamar en su acaramelada prosa los revisteros de salones «*buena sociedad.*»

Siguiendo esta fila de carruajes, en que pasean sus interesantes personas las gentes *comme-il-faut* (esta frase pertenece al repertorio del caramelo literario referido) iba la modesta berlina de Añorbe, la cual, así que llegó al camino trasversal de la vulgarmente nombrada Casa de Fieras, detúvose para que descendiesen, como lo hicieron, miss Alicia y Lucila.

Honrábase aquélla con falda de lana cenicienta, al modo de sayal franciscano, gaban de terciopelo negro y guantes amarillos de fuertes costuras y sardinetas. El largo *en-tout-cas* hería el suelo, apoyándose en él, y los desgarbados pliegues del vestido descomponíanse con el andar vigoroso y hombruno de la inglesa.

Lucila, cuya menuda personita inspiraba afecto desde luégo, traía hasta media pierna un faldellin tableado de paño azul, con gruesos botones de nácar, y que dejaba al descubierto las medias de estambre blanco y negro y las bronceadas botas de erguído tacon y estrechísima caña. Hallábase Lucila en esa edad en que tanto se asemeja la mujer á ciertos pajaritos de nerviosos movimientos, expresivos ojuelos y sonoro

cántico. Si, como ha dicho Michelet, la mujer es el domingo del hombre, Lucila representaba un amanecer rosado y alegre de ese gran dia, que es la fiesta de la humanidad.

Anduvieron la *Institutriz* y su discípula por el interior del Parque Zoológico, pasando revista á aquellos pobres prisioneros que la ciencia y la curiosidad condenaron á cadena perpétua, y que detrás de los barrotes de hierro se dejan examinar por un público de niños, criadas y alumnos de Martí; vieron aquel leon, que por hallarse en los puros huesos, magro y bisunto, parece el histórico leon de España; la familia del *simia*, ascendientes del hombre, segun el ilustre hijo de Shrewsbury, cuyos juegos procaces y desvergonzados hacen poco honor á nuestros supuestos abuelos; vieron las llamas peruanas, que se defienden como la envidia, escupiendo; y el águila y el pervóctero y los demás veteranos que han presenciado el desfile por delante de sus ojos de tres generaciones de madrileños. Pero como el dia era desapacible y crudo, las dos paseantes no se detuvieron allí mucho tiempo, y descendieron hácia el estanque, que empezaba á helarse, y cuya superficie de cristal raspado reflejaba la luz solar con metálico brillo. Los patos y cisnes andaban muy disgustados sobre aquel pavimento de cristales, y buscaban un agujero para

zambullirse. Estos descendientes de Colon, para quienes nadar es vivir, agitaban sus torpes alas y echaban de sus pulmones el grito de guerra, convocándose hácia los embarcaderos, como una mesnada maltrecha y desordenada de combatientes. Todo esto lo contemplaron la niña y la inglesa, y volviendo al carruaje, tornaron á casa.

Estas eran las horas de recreo que se permitian á Lucila; éste su regocijo de todas las tardes.

—¿Regresa mañana tu papá?—preguntó miss Alicia, cuando estuvieron dentro del carruaje.

—Creo que sí,—respondió la niña.—Hoy ha puesto un telégrama desde Sierra-Fria, donde está cazando con el conde del Bajo-Imperio, y anuncia que regresará mañana.

—¡Ah, la caza!—Añadió Alicia.—¡Sepamos en consecuencia si la caza es placer, si es distraccion digna de un ánimo culto y bien educado! Sepámoslo en consecuencia. Yo creo que para divertirse cazando hay que tener un instinto terrible.

—¡Pobres pajaritos! tan lindos como son, con aquella garganta en que deben tener una flauta segun suena... y matarlos de un tiro á todos ellos, á todos...

—No, niña; no lo digo por eso. Tú siempre ves el lado falso de las cosas. ¿Qué importa que se mate á los pájaros? Los libros sagrados lo declaran: «Hom-

bre, tuya es el ave, tuya es la fiera, tuya es el agua de los rios y la madera de los bosques.» No es por esto por lo que yo rechazo el placer de la caza, sino porque es sumamente incómodo, muy fatigoso y pesado: las manos encallecen de ludir con la escopeta; los músculos todos adquieren demasiado vigor, y el ser humano pierde esa sensible delicadeza que le honra y le distingue. ¿Qué hay de comun entre esto y lo que tú decías? Sepámoslo en consecuencia.

Luci no era muy fuerte en esto de discutir, y calló. Mirando por la ventanilla, distinguió un insolente gorrion que picoteaba en el camino, y con su mirada garza, pareció manifestar así su pensamiento:

—«Miss Alicia sacará á relucir toda su ciencia; pero á mí no me convence de que tú eres feo ni de que es permitido asesinarte.»

Acercábase la noche, y la niebla, que durante toda la tarde cernió sobre Madrid sus sombras descendía al nivel de la tierra y arrastrábase perezosamente por las calles, como reptil de húmedo y blanco cuerpo. Perdían las cosas sus contornos precisos en medio de aquel vaho, cual si se disolvieran, y el ruido de los carruajes, el movimiento de la poblacion, sonaban dentro de aquella atmósfera, á la manera del trueno dentro de la nube.

Las luces de gas, encendidas ántes de tiempo,

pestañeaban, pugnando por lucir, como ave nocturna lanzada de su escondrijo en pleno dia, y oscilando en el brumoso aire, podria compararse con plumas de oro agitadas por el viento. A cierta distancia, los carruajes se perdían de vista entre la niebla, y las personas eran como otras sombras mayores en la sombra general. Algun edificio de alta arquitectura sacaba sus hombros, á manera de gigante, sobre el nivel de la niebla, y asomaba encima de la oscuridad los ojos de buey de sus guardillas, para inspeccionar el horizonte.

¡Negra noche se avecinaba! ¡A casa, á casa—piensa la gente, apretando el paso.—¡A los teatros, á los cafés!—exclaman otros; y los grupos se dispersan, y los paseantes vuelven á las calles céntricas, y desde ellas se van esparciendo por sus barrios, con el rojo embozo de la capa á la altura de las cejas, ó con el cuello del gaban subido hasta las orejas amoratadas. Enciéndense las lámparas de cafés, coliseos y tertulias, y Madrid toma su aspecto de noche, su caprichoso vestido negro con lentejuelas, y agita el tirso del placer, donde la industria sustituyó las hojas de parra ó agabanzo por alegres cascabeles.

Andando, andando,—como dicen los cuentos—iba la berlina de Añorbe en direccion á la calle de la Gracia-Pía, donde se hallaba la mansion de doña

Ana, y en tanto miss Alicia se expresaba en estos términos:

—Esta noche ya sabes, Luci, que vamos al teatro... Tu mamá se ha empeñado... y áun cuando no mereces otra cosa que castigos, por tu terrible instinto, por tu falta de amor á la historia... ¡La historia! que, como dijo Manzoni... etcétera... Aun cuando no mereces más que castigos, repito, esta noche vamos al teatro; al teatro Real. No puedo convencerme de que sea digno de las gentes sérias eso de pasar toda la noche escuchando hacer gorgoritos á un cantante... Además de que las artistas y bailarinas son poco... modestas con su mérito físico y van más despojadas de ropa de lo que debieran... Sepamos, en consecuencia, si se puede considerar como ocupacion séria de las gentes el teatro... ¡La lectura, la lectura! eso sí que constituye el pasto del espíritu... ¡El pasto, entiéndelo bien!... ¡El pasto! ¿lo oyes?

—Sí, señora; el pasto—añadió Lucila obligada por tan pertinaz insistencia en repetir una idéa que nada tenía de particular.

—Tu buena madre, que es una excelente señora, aunque un poco débil... ¡sí, un poco débil!... se resiste á mis consejos en este punto. Yo la digo: «Lea usted, lea Vd. mucho;» pero ella, ¡buena española al fin y al cabo! no lee más libro que el *Eucologio Ro-*

mano y la *Novena de las llagas;* el *Trisagio para las tormentas* y el *Flox Sanctorum.* Bien me parece que se lea algo en estas obras sagradas, pero sin olvidar las otras que cultivan el espíritu... ¡que cultivan el espíritu! ¿lo entiendes?... ¡que cultivan el espíritu!

—Sí, señora; que cultivan el espíritu.

—¡Que cultivan el espíritu! eso es... Por ejemplo, estas novelas inglesas... Ahora bien; es preciso saber escogerlas, porque si se toma una de esas soporíferas de Cárlos Dickens, en que no se pintan más que cocineras, porteros, vendedores de periódicos y arrapiezos abandonados... ¡Uf! el instinto delicado mio rechaza estas escenas, esas gentes y esos dramas burdos de escalera abajo... En cambio, mis novelas favoritas, éstas, éstas (y enseñaba el libro encuadernado en tela que no se separaba nunca de la sombrilla ni de miss Alicia) encierran la ciencia del gran mundo, de la *alta vida...*, *high-life...* ¿entiendes?... *high-life.*

—Sí, señora; *high-life*,—repuso Lucila, pronunciando torpemente estos vocablos extranjeros.

—¡Ah lengüecilla de trapo! ¡Qué rebelde es tu órgano bucal al gran idioma de Pope y de Tennysson!... Jamás aciertas á decir bien una sola palabra... Sepamos en consecuencia si te resistes á aprender el inglés... Ciertamente que no merecías aprenderlo.

El coloquio de miss Alicia y Lucila era siempre

por el órden del fragmento copiado: un monólogo en que la erudita hija del Mayor Wilfer mezclaba sabrosamente los asuntos domésticos y familiares con las disertaciones sociales y literarias, dando siempre muestras de su pervertido gusto y de una afectacion sin igual. El espíritu de miss Alicia estaba eternamente estirado, derecho, inmóvil, condenado á perpétua línea recta, como esos lacayos de casa grande, que llevan cruelmente entablerado el cuello entre una mampostería sólida de lienzo y almidones. El pasto intelectual que Alicia daba á su inteligencia habíale llenado el alma de aire.

Entró el carruaje en el portal de Añorbe, á cuya puerta un obeso anciano, vestido de libréa, saludó con la gorra de hule fuera de la cabeza á la señorita y á su *aya* (así la llamaba la gente que miss Alicia comprendía en el reino social de escalera abajo), y ámbas subieron ésta y entraron en la casa. Una sirvienta, de buen talle y lindo palmito, entregó á miss Alicia una bujía encendida, y con ella en la mano atravesó varias habitaciones la inglesa seguida de Lucila. Eran salones lujosos, ricos, más recargados de adorno que elegantes. Observábase en los muebles por lo comun ese aspecto macizo, sólido de las salas de nuestros abuelos. Había grandes espejos de luna clarísima afeada por el amontonamiento de doradas

flores y frutas en el ancho marco; alfombras en que los piés se hundían entre esa felpa que podríamos llamar la yerba de los salones; butacas, sillas, veladores de caoba, de seda, de palo santo: cuadros en que se notaba la respetable patina de la antigüedad, y que eran ya de asunto sagrado—la degollacion de San Juan, la toma de Jericó, la cabeza de Holofernes—ya de inspiracion profanísima—un grupo de Napeas jugando al corro con alegre compañía de Faunos, unos y otras en cueros, como su madre olímpica los parió; Dáfnis y Cloe; Flora y Céfiro abrazándose;—arañas hechas de trozos de ese cristal tan claro que parece agua sólida; cortinajes pesados en las puertas, y colgaduras de encaje catalan en el vano de los balcones; relojes de distintas formas y sistemas sobre las mesas,—y todas estas preciosidades se hallaban tan bien conservadas, tan limpias, tan relucientes, que la luz de miss Alicia, al reflejarse en ellas, producía esos resplandores fugitivos, que son como las sonrisas de la materia, y que iban pasando de un espejo á una consola, de un velador chino á un grupo de porcelana de memorable vejez, del brazo barnizado de un sillon á la casi antidiluviana cornucopia, y así sucesivamente por aquella galería de muebles que fueron de moda cuando Fernando VII *el Deseado* entró en Madrid de vuelta de Bayona.

Llegó miss Wilfer á la estancia de doña Ana, y tenía puesta ya la mano sobre la bola dorada del picaporte, había comenzado á levantarle, cuando algo extraño, anómalo, inaudito, llegó á su oído. Detúvose bruscamente, miró á Lucila, como preguntándola con los pálidos ojos si podia explicarse aquéllo, y como la mirada de la niña no diese solucion al enigma, la sorpresa, el asombro, el pasmo, la estupefaccion crecieron, crecieron en el espíritu de Alicia.

Había escuchado en la estancia de doña Ana el llanto de una mujer, suspiros entrecortados, la acongojada respiracion de álguien que llora.

¿Quién lloraba allí? ¿Por qué lloraba?

Hora es ésta de emplear nosotros la frase sacramental de miss Alicia: «Sepámoslo en consecuencia.»

VIII.

Se presumía.

Estaba sentada en una butaca de terciopelo frente al sacerdote, quien con las manos hacía girar la borla del fiador de su manteo, á manera de huso de hilandera, y fijando los ojos en la alfombra, parecía gravemente ocupado en examinar la vegetacion pintada de rosas y parras que en aquélla habia hecho nacer la mano del arte.

—¡Don Pedro, don Pedro, por Dios!—exclamó la dama, juntando sus manos con doloroso arrebato.—Déjeme Vd. respirar... Calle Vd. un momento. No me diga toda esa horrible historia así de repente... Mire usted que eso es poco caritativo... Es como echarme encima una montaña, un mundo, y aplastarme con él.

—¡Ay, hija mia! Bien comprendo que tu alma debe padecer terriblemente. Pero no cabe otro recurso

que decirte la verdad. Acábense las medias palabrillas, los misterios, el secretéo. ¡Ojalá no le hubiéramos empleado nunca! Esta situacion difícil, complicada, y ¿por qué no decirlo? insoluble, viene á ser un resultado de la pasada conducta de disimulo.

—¿Y Vd. la ha visto?—preguntó despues de un rato de silencio la dama, cambiando de tono y poniendo en sus ojos todo el brillo de su alma.—¿Dónde está? Sáqueme Vd. de dudas. Explíquemelo todo, todo, todo. Quiero saberlo.

—Lo sabrás, hija mia, lo sabrás,—repuso el padre con cariñoso acento de aquiescencia.—Pero reposa tu ánimo un momento. Estás perturbada, calenturienta, fuera de tí. No discurres con tino, no recuerdas tus mismas palabras de hace un minuto, y parece que has perdido la discrecion y la memoria. Acabas de suplicarme que no te refiriese así... de sopeton... lo que sucede, y ahora me constriñes á que use el lenguaje de la franqueza más clara y disipe tus dudas... A eso vamos; pero, hija mia, ten en cuenta, que si tu situacion es grave, no lo es ménos la mia; que si á tí te ligan los vínculos del honor, á mí me sujetan los de un juramento hecho á mi mejor amigo cuando moría. Ese juramento fué el único consuelo de su atribulada vejez, y quebrantarle es defraudar la santa confianza que le inspiraba en vida. Yo mismo me encuentro

lleno de dudas, y ni sé cómo relatarte lo que nos acaece á tí y á mí.

—¡Pobre padre mio!... Tiene Vd. razon... Soy una miserable, una mujer vil, indigna del respeto público. Durante quince años he dejado dormir los sentimientos que ahora despiertan con salvaje ímpetu de fieras. Todo lo que anda por aquí, dentro de mi pecho, y me incendia la sangre y me ahoga, es así como un amor muy grande ¡muy grande! á ese desdichado sér, víctima nuestra... sí, víctima nuestra... Y siendo amor, más bien parece ódio, segun lo que me hace sufrir.

Y al pronunciar estas palabras, la mirada de la señora trocóse de triste y amistosa en torva, oscura, furibunda. Fijáronse sus ojos en el clérigo, y éste, que experimentó alguna sensacion extraña al sentirse mirado de aquel modo, apretó más entre sus dedos la borla del fiador, como si fuese un amuleto contra las desesperaciones.

—No te dejes arrastrar por tan arrebatados furores. Eso no es cristiano, ni puede entrar en tu alma sino como el relámpago en la atmósfera del mundo: en momentos de tempestad. Son sugestiones diabólicas, hija mia. El demonio no anda ahora por el mundo con su rabo negro, sus orejas de jumento y sus uñas de gato, no: anda en sutil espíritu, que se

introduce al menor descuido dentro de las almas, inyectándolas... esta es la palabra... inyectándolas el licor de las tentaciones pecaminosas... Refrena tu cólera, ten humildad y resignacion. No olvides que mucha culpa tuya hay en el asunto... no olvides que el Señor, en su sabiduría admirable, puede haber dispuesto, ¿qué puede? ha dispuesto, sin duda alguna, que tu penitencia sea ésta. Recíbela como cosa del Cielo. Dí con la boca de tu alma, que es la oracion: «Señor, si es posible, que pase de mí este cáliz;» pero si el cáliz continúa delante de tus labios, bebe sus heces, apura su amargor. Esa es, entónces, tu penitencia.

—Es verdad, es verdad, padre mio, don Pedro de mi alma. Háble me Vd. así, con esa voz suave, con ese lenguaje de santo; eso me consuela. Aconséjeme usted. Yo he dicho ya esas palabras con mi mente, y el cáliz no se aparta: está aquí, aquí. (La dama se apretaba con ámbas manos la contorneada y palpitante curva de su seno, dentro de la cual latía con fuerza y apresuramiento la onda de la vida.) Yo quiero beberle; pero no sé cómo se hace eso.

—Afortunadamente, para el cristiano hay siempre modo de realizar el martirio. Dios en su admirable sabiduría quiso conceder al hombre, en medio de su limitacion de poder, algo en que fuese dueño

absoluto de sí mismo. Ese algo es el sacrificio. Cuando ya se ha hecho el sacrificio del cuerpo, y las penitencias, los ayunos, la maceracion y el empleo de las crueles correas han ajado la robustez de los miembros; cuando brota de ellos sangre; cuando huméa sobre la piel el rojo humor de las venas, entónces aún queda algo de que hacer oblacion: queda el alma, que se toma entre las manos como una hostia y se levanta hácia el Cielo, diciendo: «Señor, aquí está mi alma; va limpia de culpa: la he lavado yo, con mis manos pecadoras; acéptala, y dála espacio que ocupar en tus esferas.» Y al alma le nacen alas de arcángel y se va á la morada de la felicidad suprema.

Así hablaba el buen señor, amontonando flores retóricas de sermon y palabras de los libros devotos, con el deseo de presentar á su hija de confesonario como simpático un sacrificio que ya verémos cuál sea.

Oíale doña Ana; y muda, quieta, desfallecida, con el hermoso rostro entre las manos, y un tanto descompuesto el pelo, parecía la estatua del dolor humano en traje moderno, mas con toda la esbelta gentileza de líneas que en el mármol pentélico enjendró el humano cincel. La negra falda de seda, y un pañuelo, negro tambien, que la cubría los hombros, vestían aquella estatua del color más apropiado para su representacion escultórica.

—No te aflijas; no llores,—dijo el cura, tras breve pausa de silencio.

—No puedo ménos de llorar; me ahogo, me ahogo. Las lágrimas llenan mi alma, hinchan mi corazon, y acuden á mis ojos en dos hondos rios de amargo cauce. No puedo ménos de dejarlas correr. Salgan todas ellas, y así se calmará este hervor de mi alma, este desasosiego infernal que me causa atroces tormentos, como si mil uñas de zarzas me rasgasen la piel, é implantándose dentro de mi persona, crecieran allí y prosperáran.

Un buen tronco de leña lucía en la chimenéa, ardiendo con chisporroteo ruidoso. A veces estallaban entre la ceniza chasquidos secos, y lenguas de oro y grana subían ansiosas á lamer la resina que el chamuscado pino vertía gota á gota sobre el ascua; luégo nuevamente reinaba el silencio en la habitacion, y de rato en rato escuchábanse en lo alto de la chimenéa rumores temerosos, algo como voces lejanas, zumbidos colosales, disputas del aire, resonancia tal vez de los lamentos que sin duda proferían los que se helaban á la intemperie. La cambiante llama, en cuyo oscilar tembloroso había mucho del aletéo de un pájaro de luz, diseñaba sobre la pared de papel rosáceo las sombras movibles de don Pedro y de la de Añorbe, haciéndolas avanzar y retroceder con muecas irrisorias

y gestos, ora cómicos, ora horriblemente trágicos. Cuando don Pedro levantó sus manos á la altura de su frente, y se estrechó ésta con desesperado ademan, su sombra parecía la de una vieja ánfora romana. Al fin se desprendieron los brazos de la ánfora de su cabeza, y se convirtió en vaso etrusco: lo cual significa que don Pedro dejó de mesarse los cabellos y puso sus manos en contacto con el fiador del mantéo, donde pasaban su vida.

Dijo el vaso etrusco:

—¡Cordero celestial! No me apures, muchacha. Vine preparado para aconsejarte, procuré imponerme la serenidad de espíritu necesaria, y tú me has trastornado con tu gimotéo y tu llanto. Afrontemos el hecho con franqueza, pero sin exageraciones. El hecho es que tu hija...

—Sí, dígalo Vd.: que mi hija ha parecido; que soy una madre indigna del perdon de Dios y desnaturalizada; que he engañado vilmente al pobre Acisclo, á un hombre tan bueno, tan honrado, tan caballeroso... Este es el hecho, ó, para hablar con más propiedad, estos son los hechos.

—Ana, ¡por los santos clavos! ¿Quieres acabar con tus exageraciones? ¿Acaso yo no me siento lastimosamente herido por el suceso? ¡Es un digno castigo que Dios nos manda! A tí por tu gran caida... sí...,

¡que fué muy grande!... á mí por mis consejos, que á lo que ahora entiendo, los inspiró el mismo diablo... ¡Bien sabe el Señor que no quise hacer daño á esa pobre criatura! Bien sabe que fué tu tranquilidad y la de tu padre lo que yo procuré; pero áun así no será menor mi culpa.

—Mas ¿qué hago yo aquí con mis lamentos y mis explicaciones? Aún no he intentado siquiera remediar el daño que causé, y ya trato de justificar mi vileza. ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde y cómo la encontró usted?

Así dijo la dama, alzándose del sillon en que estaba sentada, como movida de súbito resorte, y poniendo su extraviado mirar en el anciano, el cual afirmó:

—Siéntate, déjame hablar; ten calma; (cada una de estas frases las subrayaba, digámoslo así, con acento persuasivo y accion de manos equivalente.) Comenzaré por contarte cosas añejas, que tú ignoras, por explicarte algo que no sabes... ¡Cordero celestial! ¡no te llenes de zozobra hasta ese punto! ¡Si parece que arde en tu rostro todo el fuego de la chimenéa! ¡Qué ojos tan terribles me echas! ¡Qué aspecto de loca tienes ahora!... Ana, Ana, por Dios y los santos clavos, serénate. Mira, bebe un poco de agua... Toma, aquí hay un vaso.

Alzóse el clérigo, y de una pequeña mesita de rico sándalo maqueado tomó una copa y vertió en ella el contenido de una botella de cristal. Despues hizo beber á la señora de Añorbe.

—Ahora vamos por partes... No quiero recordar aquellos deplorables devanéos tuyos con Pepe Armental... Amores como esos no se han visto... ¡Cordero celestial! Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero sí te aseguro que nunca pude concebir en sér humano capricho más terco é invencible que el tuyo por aquel... desgraciado. Tu padre cometió una sola necedad en su vida: oponerse á tus deseos en este particular, como se oponen á la dicha de su hija los padres de las tragedias. El resultado era presumible. Tú eras la misma mansedumbre, y te trocaste en la fiereza misma; tú eras la discrecion andando, y te convertiste en la imágen de la demencia. ¡Infeliz padre! ¡Válgame el Señor!... Vino á agravar el caso la conducta poco prudente de tus tios los marqueses del Sacro-Pozo. Aquellos pobres viejos que, dicho sea con el respeto debido á su linaje, no tenían pizca de seso, se embobaban oyendo referir las gracias y aventuras de Pepe Armental, y con sus elogios y auspicios creció en tí eso que llaman los poetas llama de amor. ¡Llama diabólica! ¡Llama del infierno! ¡Rescoldo que pone Satanás en los pechos humanos para hacerlos suyos!...

La señora de Añorbe lloraba con su hermosa cara oculta en un pañuelo.

—¡Yo, que fuí entónces la única persona que asistí á tu padre en su soledad; yo, que le consolé con los usos de la piedad cristiana, conservo bien triste memoria de aquellos dias!... Tú, separada de esta casa, y con los marqueses que autorizaban tus amores con Armental... Tu padre, ahogándose de rabia, de despecho... de santa indignacion, al mirar burlada su autoridad por unos parientes mentecatos y una hija alucinada... ¡Cordero celestial! créeme que esto es como un sueño. Si álguien me hubiera dicho á mí: «¿Ves á Anita, a la celestial y virtuosa Anita, á esa niña con carilla de ángel, y alma de ángel tambien, que sólo piensa en su canario, en sus rosales y en sus devociones? Pues va á encontrar un hombre, un cualquiera, un jovenzuelo sin mérito y sin decoro, y se va á enamorar de él hasta el punto de desobedecer al honrado caballero que la ha engendrado, hasta el punto de...» ¡Cá! ¿Cómo era posible que yo lo hubiese imaginado verosímil, si no lo era? ¡Fascinadilla andabas, muchacha! ¡Cordero celestial! ¡Qué cosas permite el Altísimo!

Seguía llorando Ana. Suspiros y congojosos alientos entrecortaban su llanto, y su seno se agitaba, hinchándose y deprimiéndose con angustia. Las manos

de la atribulada señora, puestas delante de su rostro, á manera de máscara del dolor, dejaban caer por entre los dedos lágrimas que resbalaban sobre la seda del vestido, á modo de partículas diamantinas.

—Don Pedro,—dijo deteniéndose á cada palabra para exhalar un sollozo,—es Vd. muy cruel. Me pinta usted esos tristes recuerdos con una minuciosidad que asesina. ¿Es necesario, acaso, referirme lo que yo no podré olvidar nunca?

—Sí que lo es. Si no lo fuera, ¿lo haría yo? ¿Puedes llamarme cruel, cuando conoces el grande afecto que te profeso?... Mas es necesario traer á colacion estos acerbos dejos de la memoria, para tomar pié de ellos y continuar contándote lo que desconoces, sí... Pasaré en volandas por tu desgracia, por tu vergüenza al regresar á estos santos dinteles, de donde habías salido pura é inmaculada, como la doncella de Judea, y á donde venías abrumada bajo la pesadumbre de una falta, y sintiendo los primeros dolores de la maternidad... ¡En esta misma habitacion pasastes dos meses de cruel sufrimiento... sola, aislada, sin otros cuidados que los de la pobre Francisca, sin otra visita que la mía, cuando por encargo de tu padre procuraba infundirte el consuelo divino de la penitencia!... Parecía que la vida estaba acabada para tí, que las fibras de tu alma iban á estar vibrando con

extremecimientos de dolor hasta que muriesen, como un enfermo incurable que cesa de vivir y llorar, todo á un tiempo. Trascurrieron los dias, y lo que sólo era motivo de pena comenzó á ser motivo de vergüenza... Llegó el instante en que habías de rendir á la naturaleza aquel tributo de lágrimas que Eva legó á sus descendientes... Tu padre, cuyo carácter inexorable y rígido fué siempre poco propenso al perdon, á las contemplaciones, á transigir con el mal—¡oh sublime varon, qué bien entendía los deberes cristianos!—íbase poniendo terrible, ceñudo; y su trato, que ántes fué, si no dulce, cortés al ménos, volvióse duro y áspero como el de la lima. No era posible hablarle sin sentirse herido por alguna palabra de esas agudas que podían considerarse como armas arrojadizas, pues atraviesan las almas cual flechas de hierro... Yo mismo, á pesar de nuestra antigua amistad, no me libraba de su enojo, y siempre que le aconsejaba la calma, la resignacion y el olvido de tus culpas, su carácter indómito y duro estallaba en ruidosa tempestad de frases de venganza y odio para tus tíos los de Sacro-Pozo, para tí misma... pobre Anita, sí... Yo miraba acercarse el momento en que debías dar á luz... ¡Horroroso dia! Soñaba con él, como con el dia del patíbulo sueña el reo; parecíame que sus veinticuatro horas eran al modo de veinticuatro tentáculos de

monstruoso pulpo, con los cuales iba á ahogarnos á todos. Sentía sus pasos en la tierra, como dice un Santo Padre que sentía en el desierto los pasos del *Simoun:* «Su caballo bramaba, y pateando en la arena, á cada paso suyo caía al suelo una esperanza mía de ser dichoso...» Una noche me decidí á hablar de este asunto á tu padre. Estaba solo, segun costumbre, en su despacho y leyendo, por mejor decir, meditando, con la cabeza suspendida entre ambas manos, sobre el abismo de los pensamientos lúgubres, los cuales se reproducen y nacen unos de otros, como la lombriz, bullendo en rebaño inquieto y azorante ante la pupila observadora de la conciencia.

—«Anastasio,—le dije, vengo á hablarte de algo que nos importa mucho, muchísimo.»

—«Supongo de qué se trata... Esa desdichada Ana se encuentra en un estado vergonzoso. Pronto dará á luz, pronto se oirá en esta casa llanto de un niño. ¡Ah! ¡Entónces voy á saber cómo lloran los diablos! Porque ese maldecido sér está engendrado por Satanás... No, no; de otro modo, ¿cómo hubiera podido pecar esta criatura, á quien yo inspiré todas las virtudes de su madre, todo el decoro de la doncella cristiana?»

«Traté de calmarle; pero me sucedió lo que á esos tunantes *comuneros* de París que, para apagar los in-

cendios, echaban, sobre las casas que ardían, petróleo y gasolina. Eso tuve yo el poco acierto de hacer, y, provocando los furores de aquel leon, oí maldecirte, oí recriminaciones atroces á tus tíos, á Pepe Armental, á él mismo, por... ¿lo digo? sí, pues que quiero que lo sepas todo, absolutamente todo... á él mismo se maldijo por haberte dado la existencia.»

Doña Ana dejó escapar de sus labios un lamento, y un extremecimiento nervioso agitó su sér.

—¡Ana, Ana, vamos! Mejor será que suspenda mis confidencias para mañana. Has agotado tus fuerzas en esta batalla con los recuerdos... Me marcho... Pero quiero dejarte tranquila... ¡Cordero celestial! que no se descubra este misterioso arcano; que nadie imagine siquiera lo que acontece... que no demos lugar á que álguien abrigue sospechas, ¡por Dios!

La dama no respondió á estas palabras. Seguía llorando, con un llanto silencioso, mas lleno de suspiros hondos, ahogados, que conmovían el alma, haciendo acudir á los ojos las lágrimas, por esa ley de simpatía que establece yo no sé qué parentesco entre las desgracias grandes y los pechos generosos. Puso don Pedro su venerable mano en la frente de Ana, y quiso obligarla á que la alzase. No pudo. ¡Cuánto pesa un dolor verdadero!

—Hija mia—añadió el cura con el aire del mé-

dico que, despues de haber hecho la amputacion, trata de contener la hemorragia aplicando algodones.—A tí te han perdido siempre las exageraciones. ¡No vaya á suceder ahora lo mismo! Repito mi axioma favorito: «¡Calma primero, calma despues y siempre calma!...» Debo recordarte, para tranquilizar algun tanto ese espíritu, que tú has purgado aquella falta en gran manera con una vida larga de infortunios llevados con paciencia, con una vida de torcedores internos, de esos que se traen en el corazon como una espada, sin que el mundo se entere de ello; que con la abdicacion completa de tu voluntad hecha á tu padre, en obsequio de tu padre, por bien del ilustre apellido de tu padre, te has impuesto la penitencia más eficaz y saludable para tus intereses celestiales... Sólo te falta otro pequeño sacrificio; el último... Yo te explicaré cuál es... Ese cáliz de amargura de que ántes hablamos, no contiene ya sino los posos del brevaje que has saboreado durante diez y seis años... Apúralos, y ya hemos acabado... Esto es como tomar una medicina poco gustosa.

Tampoco contestó la señora de Añorbe á estas palabras. Pero al cabo de un rato, alzó su semblante, abrió sus ojos, donde ya no habia lágrimas, sino el enrojecimiento de la córnea que sigue á aquéllas, y dijo así:

—No sé por qué me asusta ese nuevo sacrificio que Vd. me propone, padre Hernandito. ¿Qué más quiere Vd. de mí? Mandóme Vd. un dia que arrojára léjos de mí el albedrío, la voluntad, como se arroja un trage inútil, y le eché á vuestras plantas para seguir caminando por la pendiente. Vd. me ayudaba á subir, y me exhortaba á que adelantase por aquella senda, y con sus propias manos me clavaba en las sienes las coronas de espinas, cada vez más duras y penetrantes. Creí haber llegado á la cumbre; Vd. así me lo aseguró; pero yo experimentaba momentos de duda. «¿Habré llegado á esa cima donde el pecado se redime?—pensé muchas veces.—No es posible. Aún falta algo por hacer.» ¡Bien me decía mi alma! Aún quedaba algo: aún quedaba por remediar la desventura de esa niña, á quien el egoismo de mi padre...

—¡Ana!—balbuceó el cura con asombro.

—¡Sí!—repuso Ana pronunciando estas frases con duro acento—á quien el egoismo de mi padre ha hecho infortunada, miserable, pobre... Pero, dígame usted dónde está... Vd. me lo va á decir, sí, ¿no es cierto?... ¡Ni sé cómo te llamas, niña sin suerte, que eres hija mia hasta por la desgracia!... ¡Todo porque un apellido honrado no se manche! ¡Todo porque un nombre ilustre no se desdore!... Yo merecía la muerte, pues cometí una infamia sin igual, afrenté á mi padre

y desobedecí á Dios... pero ¡esa criatura!... Me la arrebatásteis de entre los brazos, cuando aún calentaba su corazoncito el ardor trasmitido por el mio á sus venas; cuando aún no se habían separado nuestras existencias... ¿Y luégo?... Luégo quise preguntar por ella, me armé del valor de la energía, del derecho que le asiste siempre á la madre, y mi padre se negó á responder. ¡Me negaba el derecho de interrogarle sobre la suerte de mi hija! ¡A mí, á una madre!... No tuve valor para resistir su cólera. Yo me reconocía culpable, y reconocerse culpable es declararse vencido. Callé, pues, callé para siempre; pero si mis labios no, mi alma murmuraba á solas esta pregunta: «¿Y mi hija? ¿Y mi hija?...»

El sacerdote miraba atentamente la llama de la chimenéa, y habiendo cogido uno de esos largos utensilios de hierro que por su propio nombre llamamos tenazas, púsose á urgar la ceniza, y á amontonar unos sobre otros los pedazos de leña, que ya estaban á punto de consumirse.

La señora siguió diciendo:

—Momentos ha habido en que he pensado que lo que Vd., mi padre y yo hemos hecho con el pobre Acisclo no merece otro nombre que el de una comedia repugnante.

Don Pedro dejó de arreglar el fuego, y soltando

las tenazas, puso ambas manos sobre las flacas rodillas, y miró á doña Ana.

—Sí; lo he pensado muchas veces—continuó ésta.—Vino de América, despues de haber pasado allí una existencia de trabajo honrado, penoso, duro; despues de haberse conquistado una fortuna en las azarosas luchas del comercio, y era merecedor de más noble acogida. Sin conocerme casi, pide mi mano, y entónces mi padre, en vez de consultar mi deseo, en vez de declarar á Acisclo mi pasada falta—¡oh vergüenza!—dispone nuestro matrimonio. Yo sentía en mi alma gritos y vociferaciones de la conciencia, que exclamaba: «¡Ana, que vais á cometer una infamia! ¡Que vais á engañar á un hombre en lo que tiene de más sagrado el matrimonio! ¡Que vais á dejar en el tálamo una víbora dormida hoy, pero que puede mañana despertar!...» Y sin embargo de que mi conciencia se indignaba contra esto, no tuve valor para arrostrar las consecuencias de la negativa, y mi padre...

—Tu padre deseaba reponer de aquella suerte el buen nombre suyo, asegurarte una existencia respetada de la sociedad; y como tu desgracia era ignorada de todos, como la misma noche del nacimiento de tu hija la única persona que conocía nuestro secreto salió de Madrid con la criatura envuelta en

unos pañales para lejano pueblo donde nadie la conocía...

—Sí, sí,—repuso la señora con desmayada voz, y tornando á llorar.—Todo eso me dijisteis. Pero ¿qué prueban esos detalles? Que mi honor estaba á cubierto de la crítica. Que una série de casos fortuitos dispusieron los hechos de modo que mi deshonra no pasára los límites de esta morada, y muriera aquí como la blasfemia del prisionero entre las cuatro paredes de la mazmorra. ¿Será por eso disculpable nuestra conducta con Acisclo?... Llegó, nos casamos... Atribuía el pobre Acisclo á mi enfermedad última aquella tristeza que rodeaba mi persona, y yo, que estuve tentada de revelarle nuestro crímen... porque fué un verdadero crímen, una estafa más grave y asquerosa que cuantas castigan las leyes... yo, que quise impedir aquel matrimonio, me sentí atada á la roca del silencio por el juramento que me obligaron ustedes á prestar.

—Repito, hija mia,—interrumpió el cura, cuya encanecida cabeza hubiese podido servir de modelo para pintar la indecision y el temor,—que el fin de tu padre era bueno, laudable, y mereció mi aprobacion... Dios manda perdonar... Él perdonó al fin... Mas ¿qué es el perdon en asuntos de honra sino una limpieza de la culpa que no lava la mancha, la cual

queda afuera, á la puerta de la casa, á la vista de todos? Esto quiso remediar tu padre, dándote marido caballeroso y honrado. Tu primo Acisclo llegaba de América con el propósito de unirse á tí. No te conocia y te amaba sin embargo, por no sé qué noticias que de tí había tenido en aquella feliz época de tu adolescencia, en que eras como un ángel, con trage largo, con pendientes y con rizos peinados á la moda... Tu padre me pidió consejo. Yo se lo dí. Yo le hablé con franqueza. Yo le presenté el pró y el contra de la cuestion. «Lo recto—le dije—es contestar á Acisclo: ese matrimonio es imposible, por esto y lo otro y lo de mas allá.» Tu padre me respondió que ántes consentiría en morir que en tales declaraciones. «¡Qué horror!—exclamó oyendo mis palabras.—¡Qué alegría proporcionarémos á los Añorbes de Carraicedo, que me han mirado siempre con los celos envidiosos que produce en todas las familias la rama principal, heredera de honores y riquezas, á la rama segundona, formada por los perailes, los estudiantillos, los hambrones, las primas incasables! ¡Qué gozo tendrán cuando se haga público este grave desliz de la hija de Añorbe de Lustrogrande! ¡Ah! nunca, nunca; no pensemos en eso. Hasta aquí envolvimos en el secreto el deshonor de Anita. Sigámoslo reservando.» Así dijo, y á otro dia me llamó para expresarme su resolucion

de este modo: «He pensado mucho en el negocio que nos preocupa á tí y á mí. Toda la noche la he pasado haciéndole girar ante mis ojos, para verle bien por todos sus lados, y he decidido que Ana se case con mi primo Acisclo. Acabo de escribirle participándole que acepto la peticion que me tiene hecha de la mano de Ana. Si la dejamos soltera, nos exponemos á que el dia ménos pensado, obrando á impulsos de una de esas ternuras del corazon tan frecuentes en ella, averigüe dónde está su hija y quiera recobrarla... ¡Esto sería terrible! Poniendo entre esa niña y Ana la barrera del matrimonio, Ana no se dejará arrebatar por tales ímpetus, y mi buen nombre está asegurado... mi buen nombre, ¡lo que más amo en la tierra! aquello que de padres á hijos se trasmite, mi generacion limpia y refulgente, con esas espadas herrumbrosas que en el salon de la biblioteca adornan las panoplias de la casa.» Tu padre tenía una religion sublime, á más de la del Crucificado: la religion del honor. Su buena fama era un ídolo, ante el cual cría él que todo debe sacrificarse: intereses materiales, afectos y dulzuras del alma... ¡Si todos pensasen como él, otro gallo nos cantára! ¡No sería tan odioso el aspecto de la sociedad, donde todo espíritu noble halla de contínuo cosas que le producen asco y rubor. Porque el mal del siglo no es el pesimismo, como he leído el otro dia en no sé

qué libraco que cayó en mis manos, sino el descaro. Ese, ese es el mal.

—¡Con tales teorías han causado Vds. la desventura de mi hija!

—¡Ah! tu hija... Acerca de tu hija, debo asegurarte hoy que no la abandonamos, ni la echamos en los brazos de ese azar con pechos de madre que se nombra torno de la Inclusa, como tu papá quiso en un principio... Francisca, la antigua criada de tu abuela, iba á casarse en Nidonegro con un arriero algo pariente suyo y... ¿lo creerás? ella, ella misma, expontáneamente, se ofreció á llevarse el fruto de tu pecado. Tu padre, agradeciéndole tal muestra de adhesion á esta familia, le entregó á la niña, á Soledad...

—¡Soledad se llama!—gritó la madre con el acento en que se piden pormenores de una buena noticia.

—Así la puse yo en la pila...

—¡Soledad de mi alma! ¿Dónde se encuentra? padre mio... Permítame Vd. verla y le obedeceré en todo, y seguiré representando esa gran farsa de que ha sido víctima Acisclo, y...

—¡Calma, calma, calma!... Te refería cómo Francisca se llevó á tu hija á Nidonegro. Allí le enviaba tu padre una pequeña pension trimestral, con la que hubiese podido vivir tu hija siempre, modestamente,

pero sin carecer de todo lo necesario... Pues bien: héte aquí que cuando estalló esa maldita guerra, y la tropa puso sitio á Nidonegro, el vecindario pacífico salió en bandadas huyendo de la quema... Entre aquel vecindario iba Francisca é iba Soledad... Ello fué que perdimos su pista... Escribió tu padre varias cartas á Nidonegro, y el gobernador de la provincia, á instancias nuestras, practicó pesquisas en la mitad de los pueblos de su jurisdiccion; y digo en la mitad, porque el resto de ellos estaba en armas contra el gobierno liberal, habiendo proclamado su dueño y señor á D. Cárlos VII. Nada de esto dió resultado. Francisca y Soledad se habían escabullido, como se pierden dos agujas en un monton de paja... En esto sobrevino la muerte de tu padre... La misma tarde en que entregó su alma al Criador aquel varon justo, aquel hombre íntegro, me mandó llamar por Garriguez. Yo vine corriendo... Teníale postrado un ataque de gota, no podía andar, y cuando lo intentaba, era apoyado en dos bastones y acompañando cada paso de lastimosas quejas. Su pierna derecha, claudicada, era un aparato inútil, cuyo muelle, oxidado, no le permitía ya trabajar. «¡Andamos levantados!—exclamé, fingiendo en mi voz y en mi rostro una alegría que ciertamente no experimentaba, pues veía acercarse el fin de mi bien amado amigo.—Sí,—me respondió;—yo

me moriré de pié, porque mi muerte va á ser así como un desplome; vendrá como viene el rayo, y estoy seguro de que no tendré tiempo de decir «¡Jesus!...» Ello ha de ser, conque no lo llorémos ántes de que llegue. El Señor me recibirá en sus brazos. La confesion me ha dado esa llave de oro con que se abre la divina esfera, y tus oraciones me ayudarán á empujar la *janua cæli*, si no se franquease para mí al primer llamamiento de mi alma... Quiero olvidarme de que aún vivo en la materia, y comenzar esa segunda vida espiritual que empieza con el alumbramiento á que llamamos muerte. Para ello me propongo olvidarme de que me hallo en el mundo, echar de mis hombros el peso abrumador de los negocios humanos. Hecho está mi testamento; sólo me resta por cumplir el último deber de caballero, de padre pundonoroso y delicado; sólo me resta asegurar el éxito de nuestros comunes desvelos, porque la horrenda desgracia de Anita, á quien perdono de nuevo, y á quien bendigo hoy con toda mi alma, siga ignorada...» Ya sabes lo demás,—añadió el cura, cambiando el tono de sus palabras cuando acabó de pronunciar las de don Anastasio.—Aquella noche, tu excelente padre te hizo jurar otra vez que no darías á conocer á nadie, absolutamente á nadie, tan deplorable suceso; que no harías por buscar á tu hija, y que habiendo muerto Pepe Armental, no sui-

cidado ó en duelo, como suele ocurrir en los dramas, sino de enfermedad, y en su lecho, era preciso que se considerase este episodio terrible y doloroso de tu existencia como terminado en definitiva.

—Todo eso le juré, todo se lo prometí,—añadió la de Añorbe.—El espectáculo de mi padre moribundo me llenó de angustia el corazon, y al oirle que este solo juramento le hacía morir tranquilo y dichoso, lo presté sin vacilar... Pero ¡Dios mio! ¿es posible que yo me vea obligada á cumplirle? ¿Es posible que yo tenga la fuerza de voluntad que es necesaria para ello?

—¡Cordero celestial!—replicó el clérigo, acariciándose las puntiagudas rodillas con las huesudas manos.—Eso no se pregunta. ¿Quién duda que los juramentos son inviolables? No abrigues ni por un momento esa duda proterva. ¡Fuera, fuera vacilaciones!

—¡Qué bien se dice eso cuando no se experimenta interés ninguno por el sér á quien el cumplimiento de lo prometido perjudica!... ¿Qué es preferible? ¿que yo me pierda en el otro mundo por salvar en éste á Soledad, á esa Soledad abandonada de Dios y de los hombres, ó que anteponga la ventura eterna mia á la ventura temporal de mi hija? ¿No supone un egoismo horroroso, que hiela el alma, lo primero?

—¡El mismo diablo te inspira! El juramento es sagrado é inviolable, y mucho más lo es éste, en que

se fundan todos los cálculos de un hombre tan sublime y recto como tu padre... Por otra parte, no debes olvidar que es compatible con el amparo que debes á tu hija... Y sólo porque tú debes y puedes amparar-la, te he revelado su casual encuentro conmigo... Si á mí, con mis cortos medios de fortuna, me hubiese sido hacedero lo que tú vas á llevar á cabo, siguiendo mis consejos, ¿te habría puesto en este caso duro y cruel? No. Lo he hecho, porque no había otro remedio que hacerlo.

—¡Oh! ¡pero lo que Vd. quiere, padre Hernandito, es atroz! Sería yo una vil mujer si me contentase con decir: «Hé aquí la limosna que destino á mi hija,» encargando á unas cuantas monedas del oficio santo de madre. ¡Esto sería indigno! ¡Esto sería una interpretacion farisaica de los preceptos divinos!

—Hija, hija,—repuso con alguna entereza el clérigo—no te metas en dibujos... ¿No te basta que yo, tu confesor, tu director espiritual, te asegure que así cumples tus deberes de un modo completo, guardando la debida consideracion á la memoria de tu padre?... Tu hija será puesta en un colegio más fuera de Madrid, en Cataluña ó en Francia.

—¡Pero eso es un sacrificio superior á toda madre! ¡Sin verla, sin conocer su rostro, sin mirar una vez sola su cuerpecito adorado!

—Pues ese es el sacrificio que te cumple realizar.

—Es demasiado fuerte para que pueda soportarle.

—Nada hay superior á la resignacion del cristiano.

—Sí hay: hay la naturaleza misma, que se revela indignada contra tamaña avilantez. Usted llama sacrificio santo á lo que yo califico de odioso crímen.

—Tu lenguaje es el del pecador contumaz y rebelde, que siempre halla á mano palabrejas impías con que justificar sus errores, y ensalzarlos... El bien no tiene más que un camino, y ése estrecho. Los anchos derroteros del mundo y del pecado son cómodos, agradables y expeditos: abundan en buenas fondas, y todos los que por ellos andan traen la alforja repleta, y preñada de corroborantes zumos la bota. En cambio, por el camino derecho sólo se ven pobres andrajosos, sin buen humor ni gana de jolgorio. Reconcentrada llevan en su alma la felicidad angélica que Dios les ha otorgado, y en su rostro no resplandece otro sentimiento que el de la paciencia... Sé de los primeros, si Dios no te toca en el corazon, y abre tus ojos á la luz verdadera.

—¡Pobre de mí!

—Y ten entendido—añadió el cura con cierto comprimido enojo que acostumbraba á agitar su alma cuando se hallaba de manos á boca con un

pecador poco obediente—que aún en el caso de que tú te opongas á ello, yo, yo te impondré ese sacrificio. Porque yo no he de decirte dónde se halla tu hija, y tú no has de verla; no, señor. Haré contigo lo que el pueblo deicida con Jesus... ¡A la cruz, á la cruz! Ahí están sus brazos, ahí está aguardando ese holocausto, con el que se regocijará tu padre desde el Cielo. Yo, que quieras que no quieras, te haré subir al Calvario... ¡Bueno fuera que mi mision, tan laboriosamente cumplida cerca de tí, se malográra por una terquedad pecaminosa de la señora doña Ana!

—Padre, no hable Vd. así. ¿Será Vd. capaz de hacerlo como lo dice?

—Sí; si lo seré. ¿Quieres que ponga mi conciencia al filo de una ligereza tuya? ¿Quieres que defraude las esperanzas de mi mejor amigo? No, y cien veces no. Le prometí poner cuanto en mi fuerza estuviera para que no vieses á tu hija, y lo cumpliré sin apartarme un punto de mis juramentos.

—¡Ay de mí!—balbuceó la señora.

—¡Ay de tí! ¿Por qué... ay de tí?

—¡Hombre!—repuso Ana con energía.—¡Y me lo pregunta Vd.! Sin duda se imagina el padre Hernandito que una madre no debe tener interés en encontrar á su hija. Usted cree que en mi deseo de verla, no hay más que un pueril capricho, como el que

siente un niño por que le entreguen el muñeco que vió en los escaparates de Scrhopp. ¿Vd. piensa ésto?

—Yo no pienso eso, porque no soy tan propenso á las exageraciones como tú. ¡Cordero celestial!... Pienso únicamente que es necesario sacrificar esos deseos, porque se alzan rebeldes para acabar con un compromiso de tu conciencia. Pienso tambien, que si Dios te coloca en el duro trance... ¡yo reconozco que es duro!... de optar entre tu hija y tu alma, has de preferir la segunda... Y pienso, para concluir, que áun en el caso de que decidieras romper tu juramento y arrojarte locamente en el abismo de la perdicion, no conseguirias nada, porque yo no he de enseñarte el camino por donde se va al sitio en que se halla Solita. Hé aquí todo. Esto es lo que pienso yo.

Hubo un rato de silencio, interrumpido sólo por el ruido del viento, que se habia desatado en furioso temporal, azotando los árboles de la calle contigua y arrebatándolos sus últimas hojas. Giraban las veletas de las chimeneas con metálico chirrido, y abajo el tronar del aire agitaba las puertas, empujándolas hácia dentro de las casas, como si alguien intentase penetrar en ellas. Estaba casi extinguido el fuego de la chimenea, y bien entrada ya la noche, las sombras habian envuelto las cosas todas en su negro manto. El resplandor ténue de los leños, que iban convirtiéndose

en ceniza, hacía brillar el mármol de la chimenea y la hebilla del zapato de don Pedro, dejando lo demás en la oscuridad profunda. Eran las ocho.

—Pedirémos luz,—dijo el padre Hernandito, el cual, buscando en vano luz en su cerebro para apelar á un último recurso de elocuencia que le permitiese convencer á doña Ana de la necesidad del sacrificio que la pedia, imaginó, sin duda, que lo más urgente era encender algo que le iluminase en aquellas sombras exteriores é interiores.

—¿Para qué?—repuso doña Ana.

—Para vernos las caras... Muchacha, tú no tienes en cuenta que es muy de noche, ni que llevamos aquí tres horas charlando.

—¡Pobre niña!—dijo Ana, sin oir las palabras del clérigo.

Alzóse éste, y sacando del bolsillo de su chaqueta una caja de fósforos, encendió una bugía, de dos que en un elegante candelero de plata había sobre el mármol de la chimenea.

—¡Hágase la luz!—dijo.—Ya nos podemos ver de nuevo, y verse es comprenderse. Hablar en lo oscuro es quitar al lenguaje la mitad de su sentido, porque las palabras no están completas si no las acompaña algun gesto de manos, algun visaje que explique y aclare su expresion.

La bugía, despues de lucir con brillo escaso, comenzó á exparcir sus esplendores sobre el mueblaje, que era lujoso y más conforme con los últimos adelantos de la tapicería y ebanistería que el del resto de la casa. En las paredes había acuarelas, representando escenas de toros, majos á caballo, ramos de flores y frutas; en el suelo, alfombra encarnada y negra, en la cual corrian unos búfalos azules, perseguidos por indios verdes, y en donde la estampacion había copiado la naturaleza, desfigurándola á virtud del asendereado precepto de Horacio. Las sillas eran de palo dorado y asiento negro, ostentando en el aéreo respaldo los cuernos de una cabra, que iban estirándose hasta formar una á modo de lira con cuerdas de flores. Los sillones, de varios colores y clases, reunidos en un ángulo del ámplio gabinete, parecian graves señores, convocados allí para discutir algun asunto complicado. Cuatro espejos cambiaban sus sonrisas y guiños cuando la luz se reflejaba en su bruñida superficie; y en lo más lejano y recóndito del cuarto veíase un piano con su tapa alzada, mostrando aquélla ebúrneos dientes de jigante, y aquéllos, nervios de Apolo que, temblando, cantan. Frente al piano, y como mirándole con cierto despego, hallábase una imágen del Nazareno en la Cruz: obra delicada de algun artista desconocido, revelaba, si no la inspiracion que hay en el sombriamente hermoso *Cristo* de Velazquez.

un talento místico, dispuesto á experimentar admiracion por aquel sangriento drama del Calvario.

Cuando don Pedro dejó la bugía sobre un velador, tropezó su vista con la sagrada efigie, y como si el reflejo de la luz en la bruñida tela le hubiese iluminado el alma, sonrió y dijo:

—Ese silencio tuyo me revela que al fin reconoces que es imprescindible seguir mis consejos. ¡Pobre Ana! Tú, que eres modelo de piedad, ejemplo de edificacion y mansedumbre, no puedes apartarte en una ocasion solemne de la senda que con sangre marcó en el mundo el Divino Maestro... ¡Qué dulce y hermoso nos le representa el pincel de los artistas, cuando, habiendo espirado ya, tenía el noble semblante pálido, como cielo sin sol, cerrado los párpados, mudo el lábio, aquel lábio á donde iban las abejas en busca de su miel! El negro cabello cáele por la espalda y hombros, como sudario de fúnebres cipreses, y los músculos distendidos, helado el corazon, quieta la máquina de su vivir, representa el bello cuadro del sacrificio heroico. ¿No es grande y subline poderle imitar? ¡Oh, séres desventurados los que no hallan jamas en su vida un momento como el en que ahora se halla tu alma! Sí; son desventurados, porque no han podido probar el temple de su alma, ni salir de la esfera de las gentes vulgares. ¡A tí, en cambio, qué magnífica

ocasion se te presenta de sacrificar un deseo, un instinto, un ímpetu de tu corazon!... Dime que pensabas esto ahora, dime qûe estas celestiales idéas cruzaban ahora por tu mente.

La señora de Añorbe miró el cuadro que con su retórica perífrasis le habia indicado el sacerdote, y cayó de rodillas delante de él. Extendió las manos, y apoderándose de las de don Pedro, murmuró entre sollozos y lágrimas:

—¡Lo que Vd. quiera, padre mio; lo que Vd. quiera! Soy una desdichada, una pecadora incorregible. Perdóneme usted.

Aquel rapto de arrepentimiento conmovió al clérigo, que obligó á la gentil devota á alzarse, añadiendo:

—¡Te perdono! Sí, te perdono. Eres un espíritu elegido, un alma justa.

Entónces sonó en la puerta del gabinete un leve golpecito, dado por unos nudillos.

—Adelante,—dijo el cura.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

IX.

Añorbe (don Acisclo).

Y entraron en la estancia miss Alicia, Lucila y un nuevo personaje, para nosotros desconocido, y á quien será necesario dedicar unas cuantas líneas de descripcion.

Era don Acisclo Añorbe.—Aún no se había despojado de los arreos marciales de la caza, y ostentaba el cinturon de los cartuchos sobre el burdo chaqueton de campo. Puesto en la cabeza el sombrero de fieltro gris, y sobre la espalda el gran zurron de cuero, teniendo todavía armados los duros borceguíes de las espuelas vaqueras, componía su persona un conjunto que se destacaba sobre la delicadeza y elegancia de los muebles de la sala, como un manchon irregular y oscuro sobre una tela de grana ó tisú. Para que mayor fuese el contraste, el aspecto de don Acisclo era, por

su récia complexion, por la anchura desmedida de los hombros y por el tamaño de los piés, el de un hombre rústico, hecho á las labores más penosas, asoleado y curtido por el aire. Su faz, arrebolada y rubia, no presentaba faccion notable ni digna de mencion especial. Eran sus ojos pequeños, de un azul pálido, descolorido como el de esas cuentas de vidrio de los collares; sus mejillas gruesas, gruesos sus labios y carnosa la nariz. Dos pequeños mechones de pelo rubio caian desde la cabeza, apareciendo sobre el lugar en que suelen hallarse las patillas; y este era el único adorno de su rostro. Pero no; que tambien acostumbraba adornarse en los dias muy claros de unos quevedos negros, los cuales, pendientes de un cordoncillo, andaban oscilantes sobre el pecho, como ojos suplétorios y postizos que aguardan impacientes el momento de entrar en servicio activo. No era ménos expresiva la mirada de don Acisclo, cuando aquellos dos óvalos de cuarzo negro ocultaban sus ojos, que cuando éstos se hallaban libres de toda careta; ántes al contrario, los anteojillos daban á la cara del cazador cierto aspecto misterioso que engañaban. Imaginábase el observador que detrás de aquellos cristalejos se movian dos ojos expresivos, elocuentes, negros acaso, y al descubrirlos, el desengaño más atroz sustituia á tal idea. Detrás de aquellos anteojos se ocultaba la nada,

una pupila fría, casi incolora, inexpresiva, como la de los ciegos por gota serena.

Mas, prescindiendo de detalles físicos, dirémos que don Acisclo Añorbe era un excelente señor. Su vida fué, desde el nacer, lucha feroz, reñida y victoriosa con la miseria. Engendróle la pobreza, y él se propuso salir del precario estado de su infancia, y lo consiguió. Aplicando la palanca de su voluntad en el punto de apoyo del trabajo, realizó cosas sorprendentes. Nadie le enseñó á leer. Él solito andaba por las calles de Santander aprendiendo la lectura: ¿dónde creeréis vosotros? En las muestras de las tiendas. Estas fueron su primer maestro.

Cierta noche, en que no había cenado, despues de recorrer la ciudad, y despues de leerse todas las muestras de las tiendas, paróse delante de una que hasta entónces no había visto. En vano intentó deletrear el historiado rótulo, pues la mano de un artista gongorino había amontonado allí tanto rasgo, tanta hojarasca, tanto adorno, que las líneas características de las letras desaparecían entre ellos. Cuando más enfrascado estaba en su análisis alfabético, salió del despacho un hombre, le preguntó quién era y qué hacía allí; y como Acisclo le refiriese la verdad, punto por punto, le propuso el otro entrar á su servicio como mancebo del establecimiento. Aceptó con gozo el arra-

piezo, y así comenzó su fortuna. Midió muchas varas de pana y madapolan, pesó muchas arrobas de hierro, acudió á muchos mercados con su vara de medir atravesada en la faja y su paquete de lienzos sobre la dura espalda, hasta que su principal le dijo que si quería ir á un mercado muy grande que hay al otro lado del mar. Respondió que sí, y ahí tienen Vds. á Acisclo, al muchacho huérfano, hambriento y medio desnudo que aprendió á leer en las muestras de las tiendas, navegando, navegando hácia Washington en un barco cargado de lana. ¿Cuántas veces fué? ¿Cuántas veces vino? No va tantas la lanzadera para tejer el hilo entre los mil carretes del telar, como Acisclo cruzó los mares, siempre en su barco viejo de madera, lleno hasta los topes de lana merina. Cada viaje era una vuelta alrededor del país de la fortuna. Acisclo iba á América con lana, y volvía, no trasquilado como reza el adagio, sino con oro.

Así es la leyenda del comerciante, y así fué la vida de Acisclo. Su nombre experimentó diversas modificaciones, y de Acisclo á secas, al volver de una de sus expediciones había ascendido á señor Acisclo.

—¿Qué es eso?—le preguntó su principal y protector.—¿Te haces dar tratamiento?

—¡Qué quiere Vd.!—repuso riendo el afortunado ganapan.—¡Oiga Vd., y diga luégo si merezco el título!

Y con su mano derecha golpeó el bolsillo de su pantalon, que dió un timbre de monedas de oro altamente aristocrático.

Muchos años ántes de que nosotros conociésemos á Acisclo, había muerto el comerciante de Santander, que le dejó toda su fortuna, y aumentada ésta con posteriores viajes á América, habia logrado el tratante en lana formar un capital de cuatro millones, con que halló colmada su ambicion, retirándose del comercio.

—En el mundo—solía él exclamar cuando álguien le increpaba por haberse retirado á la vida tranquila—hay plazas contadas en todas las profesiones: tantos carpinteros, tantos médicos, tantos traficantes en lana. Si un carpintero se enriquece, tiene el deber de cerrar su tienda ó dejársela á otro pobre. Si un médico ha logrado poner coche á costa de la salud del género humano, debe dejar en paz á la muerte, permitiendo así que otros vengan á reemplazarle. Por eso me he retirado yo.

Como se ve, don Acisclo, aunque rudo y poco educado para las suavidades del trato social, poseía un alma noble y honrada, en que el árbol de la generosidad habia echado raices y asomaba sus hermosas hojas de oro por las manos del comerciante, el cual invertia fuertes cantidades en remediar las desgracias del prójimo.—Tambien gastaba pródigamente sus

rentas en el lujo y comodidades de la aristocracia. Era gran cazador; y esta aficion suya, que llenaba la mitad de su existencia, habíale proporcionado relaciones de amistad con gentes muy nobles y muy linajudas. Mas el buen instinto de don Acisclo, y cierto conocimiento del mundo, adquirido en aquel ir y venir de su agitado oficio, habíanle enseñado á no envanecerse con la confianza de los ricos, y prefería á estas giras campestres y venatorias sus ratos de tertulia en el Círculo Mercantil, su reunion del café de Levante, donde se congregaban, despues de la hora de Bolsa, cinco ó seis amigos y compañeros de fatigas, y, sobre todo, el retiro de su casa.

—¡Imposible parece,—pensaba á veces don Acisclo,—que un hombre tan grosero y vulgar como yo haya encontrado mujer tan distinguida y tan bonita. No hablemos de mi hija, porque la misma naturaleza nos da ejemplos de padres bastos que engendran hijos finos; y ahí está, si no, el granado, que siendo todo espinas, produce aquella fruta que brilla como granates y sabe á mieles.

Otras veces decía:

—Indudablemente, Dios crea diversas clases de personas, clasificándolas, no con las distinciones de la sociedad, sino por el mérito intrínseco suyo. No puedo creer que mi mujer y yo seamos de la misma masa.

Lo que yo pienso, es que, para dar variedad al mundo, el Señor pone junto á los séres feos y ásperos otros séres bonitos y delicados, y de este modo, en una misma familia se encierran el cristal y el peñasco, el cardo y la violeta, el incienso y la ruda.

Con tan bello carácter, se explica que doña Ana sintiese profunda admiracion hácia su marido, á pesar de que se casó haciendo horrible violencia á su alma y venciendo la repugnancia que le inspiraba aquel pariente advenedizo, en quien ella juzgaba reunida toda la petulancia de un plebeyo endiosado y toda la grosería de un patán.

¡Cómo se equivocó! Don Acisclo era el hombre más caballeresco de España, tierra clásica de los caballeros, segun afirmamos nosotros modestamente; y en su cariño á la hija de don Anastasio habia algo de culto idolátrico, mudo, no expresado con palabras poéticas, ni conceptuosas metáforas de amor, ni con arrebatos tampoco, sino por una aquiescencia complaciente á sus opiniones y deseos, por un cortés propósito de agradar, que prestaba á veces al comerciante seducciones imprevistas en aquel hombre. Doña Ana habia ido entregándole fibra á fibra su corazon, hasta profesarle un afecto tierno y dulce, mezcla de respeto, amistad y gratitud, que era bastante para la dicha del buen Acisclo.

Así era por dentro y por fuera el señor que entró, seguido de Lucila y Alicia, en el gabinete de doña Ana, cuando ésta acababa de alzarse del suelo. El turbado rostro de la señora de Añorbe hubiera alarmado á cualquiera más perspicaz que don Acisclo, pero éste nada observó en su mujer que pudiera llamarle la atencion. En cambio, la miss, cuyo semblante expresaba el asombro y la curiosidad, no pudo contener dentro de sus labios estas palabras:

—¡Válgame las Tres Potencias! ¿Está Vd. mala, señora? ¿Qué le sucede á Vd.?

—¡Nada!—repuso el cura afectando tranquilidad.

Mas como el semblante de doña Ana adquiriera creciente palidez, que aumentaba la negrura de sus dulces ojos, añadió:

—Que se ha indispuesto... Pero eso no es nada... Acaso el frío de la noche... La iglesia es un páramo, y allí es fácil cojer un constipado.

—¿Te sientes mal?—preguntó con mucho afecto, acercándose á doña Ana, el señor de Añorbe.

—Sí—respondió ella, que quiso aprovechar aquel ardid del clérigo, encaminado á evitar más explicaciones que satisfaciesen la curiosidad de Alicia y el interés de Acisclo.—Voy á acostarme. El calor del lecho me hará recobrar las perdidas fuerzas.

—Esto pasará. No haya temor... ¡Un constipadillo! ¡Fruta del tiempo!—afirmó don Pedro.

Lucila se había sentado junto á su mamá, en un pequeño taburete de terciopelo, y cogiendo con sus manos las de la entristecida señora, púsose á mirarla atentamente, como preguntándola de aquel modo si era cierto que estaba mala. Al contemplar á su hija, una ola de llanto acudió á los ojos de doña Ana. Quiso dominarse, y conociendo que no podía, levantóse bruscamente del sillon y fué á su alcoba. Allí dejó correr aquel mar de pena, y lloró, lloró con la misma ánsia del nadador que respira el aire libre, despues de bucear durante cinco minutos.

—¡Oh, padre mio! ¡padre mio!—murmuró.—¡Bien cara pago mi falta!

Don Pedro se retiró á su casa, prometiendo venir á otro dia. Don Acisclo se dirigió á su despacho, y allí se enfrascó en la lectura de facturas, cuentas y cartas comerciales. Alicia y su educanda se fueron á seguir su interrumpida leccion de historia, y poco despues la voz ágria y discorde de la maestra sonaba como un graznido en el salon donde tuvimos el honor de que nos la presentasen.

X.

¡Conspiracion!

¿Quereis saber los dias que han trascurrido? Pues mirad ese almanaque americano, y sus hojas os sacarán de la duda. Cinco veces se ha levantado el sol entre las nubes del invierno, y cinco veces ha tornado á hundir su carátula de oro entre las brumas del madrileño crepúsculo. El reloj, que constituye en casa de don Pedro Hernando de Cifuentes el más lujoso mueble de cuantos adornan la humilde estancia, sigue contando el tiempo con ese latido uniforme de la péndola, que es como el gotear del tiempo en la fuente del olvido.

El guerrero moruno ha salido innúmeras veces á ejecutar su solo de cornetin, y las pesas han subido y bajado repetidamente, nuevos Sísifos de plomo que,

apénas acaban su abrumadora jornada, han de emprender otra, sin descansar un solo instante. Allí sigue el gato Benjamin, dormido en el borde de una silla, con sus ojos de rubí entornadillos, el negro bigotejo erizado y tieso, la cola cruzada sobre el lomo. Nada ha cambiado el aspecto exterior de las cosas. Veamos si sucede lo mismo á las personas.

Oyese ruido de tijeras. Sobre una mesa andan unos ágiles dedos, armados de aguja, hilvanando arriba y abajo una tela negra. Oyese una tos pertinaz, insistente, de esas que causan opresion en el pecho de quien las escucha. Oyense pasos de unos piés, que torpemente se arrastran por el suelo. ¿De quién son los dedos? ¿De quien es la tos? ¿De quién son los pasos?

La solucion de este logogrifo puede verse en las siguientes líneas.

Quien corta é hilvana es doña Mónica; quien tose, Soledad; quien anda el clérigo.

Comieron á las doce, y la buena Soledad fué honrada con un asiento en la mesa del capellan de las Teresitas. Alzados los manteles y barrido el suelo de la sala, el cura se entregó en cuerpo y alma á la lectura del *Breviario*, y Mónica á los difíciles problemas de la indumentaria. Trátase de confeccionar un vestido para Soledad, y en cuestion tan complicada el

mismo cura es llamado á intervenir con su sábio consejo. Solita es la única que no toma parte en estas deliberaciones, ántes bien, permanece indiferente en presencia de aquella actividad con que la excelente anciana recuerda sus habilidades juveniles de modista, cuando ella sola, ella sola, se hacía sus vestidos, sumamente vistosos, y engalanados con todos los prodigios que el génio de una mujer, deseosa del bien parecer, es susceptible de crear á favor de la aguja y las tijeras. La Cigarra no sabía qué cosa es ir maja.

—¡Vaya!—exclamó doña Mónica, recortando el merino negro, con arreglo á un patron hecho de periódicos.—¡Apénas va á estar bonita Soledad con su traje nuevo!

—¡Sí! ¡Bonita!—repuso ella con su voz de tórtola arrulladora.—¡Qué he de estar yo bonita!

—Aquí pondrémos un volante—dijo la anciana, sin fijar mientes en las palabras de la muchacha.—¿No te parece, Pedro, que debo poner aquí un volante?

—¡Mujer! Pon lo que quieras. ¿Qué entiendo yo de modas?

—¡Hombre! Eso es cuestion de tener ojos en la cara, ó no tenerlos.

—Pues tú que los tienes, haz el vestido como te acomode. Que sea sencillo, modesto, humilde,

como corresponde á una huérfana que va á retirarse del mundo, es lo único que debo aconsejarte.

—¡Un volante aquí! ¡Bueno!—añadió doña Mónica, metiéndose entre los lábios dos ó tres alfileres, para irlos luégo sacando conforme fuesen haciendo falta.—¡Ay! ¡Si se me olvidaba lo mejor!

—¡Lo mejor! ¿Y qué es lo mejor?—dijo el padre.

—Los zapatos...

—Es verdad, mujer... Tu cabeza es como la jaula del fraile Anton, que tenía presos los mosquitos y dejaba escapar los mirlos. Te preocupas tanto de la monadita de los volantes, y no te acuerdas de que Soledad anda descalza.

—¡Ea! Señor... No se fije Vd. en eso,—replicó Soledad, asomando su piececito desnudo por entre los pliegues de su falda.—Si cuando andaba por esos caminos con nieve, con agua y con granizos no me causaba nunca el menor daño el llevar al aire las piernas, ¿qué me ha de importar ahora, que estoy hace cinco dias metida entre cristales, donde no me llega el frio, y más cuidada que la hija del Príncipe Moro?... Usted es demasiado bueno conmigo, y me guarda demasiadas consideraciones... Además, ¡Dios sabe á donde iré á parar yo!

—¡Qué! No, hija, no,—dijo doña Mónica.—Tu porvenir está asegurado. Si ya...

—¡Mónica!—gritó el cura, poniendo sus ojos llenos de iracundia en su hermana.—¿Qué tonterías ibas á charlar?

La pobre mujer calló, comprendiendo que había cometido alguna imprudencia, y dijo para sus adentros:

—«Mas vale que calle, porque si no, acabaré de contar á la Cigarra todo cuanto me ha encargado Pedro que reserve!»

—Lo que quiere decir mi hermana—repuso el cura, dirigiéndose á Solita, que escuchaba todo con grande atencion y los ojos muy abiertos—es que procurarémos colocarte en algun lugar donde estés segura, donde puedas vivir tranquilamente, donde nada falte á tu cuerpo ni á tu alma...

—Eso es lo único que quería decir yo, en efecto, —dijo doña Mónica, que en aquel momento acababa su obra con los patrones.—Ahora voy á probarte este gaban... Mira, Solita; ponte derecha... aquí, junto á la ventana y frente á ese espejo.

Comenzó la probatura del vestido, que la anciana iba echando sobre el cuerpo flexible y delgado de Solita con la misma solemne parsimonia que el ritual marca cuando se reviste el sacerdote para decir misa. La falda negra cubrió primero aquel vestidillo harapiento de la cantora; vino luégo el gaban, obra maestra de doña Mónica, y entónces fué preciso des-

pojar los hombros de la niña de un pañuelo con que la piedad incomparable de la hermana de D. Pedro los había abrigado. Retiróse el cura á su alcoba, para dejar en mayor libertad á las dos mujeres, y bien pronto el gaban encerraba las formas suaves y garridas de Solita. Su talle adquirió, como de improviso, elegante esbeltez, y el leve seno, realzado por la angostura de la tela, pareció nacer y ensancharse, como se ensancha una rosa soplada por el viento. Sus brazos, largos y torneados, abrocharon aquí y allí botones, prendieron alfileres, y apoyando al fin ambas manos en la cintura, con el intento de mejor distribuir los pliegues de la ropa, dieron á aquella lindísima personita, en tal postura, una belleza sorprendente de estátua griega.

—¡Ah, ah, ah!; esto es hecho. Divinamente—exclamó doña Mónica.—Tu gaban es cosa que merece verse. ¡Pedro, ven acá y te convencerás de que no se me han olvidado mis habilidades de modista!... Todo lo que falta es coser y cantar.

—¡No, por Dios! Coser y callar, que tengo la cabeza malísima, y el menor ruido me produciría una atroz jaqueca.

—¡Hombre! Quiero decir que las dificultades de la obra ya están vencidas.

Habíase alejado un poco doña Mónica para juzgar

del efecto óptico del trage, y bajaba su cabeza á un lado y á otro, á fin de ver cómo caia el cuerpo del gaban, ó si arrastraba mucho la falda. Por su parte, la niña contemplábase en el espejillo, que era de lo más ruin que se conoce. La luna, no veneciana, pero ni aún de Valencia siquiera, ofrecía ciertas protuberancias, altibajos y desigualdades que desfiguraban el rostro de quien en ella se mirase. Diríase que tal espejo era un castigo de la hermosura vana, que acudiendo llena de arrogancia á contemplar su arrebatadora efigie sobre el pedacillo de vidrio, se hallaba con que le volvía, en vez de aquel semblante correcto y agraciado, una cara de virolento, llena de bultos y deformidades, con un ojo ancho como puño y otro pequeñito, pequeñito como la uña del dedo meñique. Por fortuna, Solita no era vana, ni sabía siquiera su hermosura. Miróse, pues, porque tenía delante el espejo, y recomponiendo mentalmente, por sus recuerdos de otros más fieles espejos, lo que aquel traidorzuelo estropeaba de su rostro, encontróse bien vestida, bien peinada, y muy pálida; y el espectáculo de su embellecimiento por el trage le llenó el alma de pena, y su memoria, como pájaro que, despues de volar en todas direcciones, vuelve siempre á su nido, volvió á Lumbier y á Santa Marta, y á su padre sin cabeza, y á su madre baldada.

—Yo quiero quitarme esto,—exclamó echando sobre su cuerpo una mirada despreciativa.—Quiero ir vestida como el dia en que mi madre murió... Debe ser un gran pecado adornarse, cuando hace poco que ha muerto una persona así... muy querida...

—No pienses eso—replicó D. Pedro—¿Quién te sugiere tal idea? Ese vestido no tiene nada de elegante, ni de notable—añadió el cura, áun á trueque de lastimar el orgullo *modistil* de su hermana.—Ese vestido es lo necesario para el abrigo y decencia de la persona nada más.

Era cierto; pero la Cigarra, que había andado siempre medio desnuda, sin zapatos, sin ropa buena, engalanándose con los desechos de las gentes caritativas de Santa Marta, imaginaba que aquella tela de merino y aquel gaban con botones de azabache debían representar un lujo fastuoso, capaz de arruinar á una familia bien acomodada.

—A coser, á coser, Solita... Quítate eso... Venga esa manga... Aquí tiene el alfiler que la sujeta... Afloja el cinturon... Sácate el cuerpo poco á poco... ¡Ah, ah, ah!... Así, que no se desgarre, porque esta tela es muy falsa. Siéntate ahora ahí... Esa es la caja del hilo y las agujas... Da de cera al hilo por que sea más recio y dure más... Bien... empieza á coser desde esta parte... Eso es... Seguido, seguido,

seguido, hasta esta otra costura. Aquí páras y me avisas...

Así decía Mónica, al mismo tiempo que Solita, cumpliendo todas estas indicaciones con una claridad de entendimiento que agradaba mucho á la viuda del mayorazgo de Ecija, se sacaba las mangas del gaban, desprendiendo el alfiler que las sujetaba, se aflojaba el cinturon, se quitaba la tela de encima, poco á poco por no desgarrarla, pues era muy falsa, sentábase en un taburete de anea, buscaba la caja del hilo y hacía, en suma, cuanto se le antojó mandar á la anciana.

—¿Vas á salir? ¿No es cierto, Pedro?—murmuró doña Mónica, sin alzar sus ojos de la costura.

—¡Voy á salir! Sí—respondió el preguntado, el cual había adquirido, con los sucesos que le traian á mal traer, un humor durísimo, bien distinto de su afabilidad proverbial y de su amable condicion.

—¿Tardarás mucho, supongo?

—Supones bien. He de ir á casa de Su Eminencia, y allí los viajes son largos... ¡Qué antesala! Hay siempre en ella esperando más gente que en la de un ministerio. No sé qué asuntos llevan allí á tanta dama elegante, á tanto marqués, á tanto D. Gil emperegilado y oliendo á perfumería que apesta... No creo yo que sean asuntos divinos los que congregan

allí á todo ese hato de gente inútil. Mas pienso que sea su vanidad. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.*

—Pues debes ir pronto, pronto. Luego se viene encima la noche, y preciso es que á las ocho estés en casa, porque á esa hora comienza á helar, y tu reuma...

—A las ocho estaré en casa... pero aún es temprano. Apénas han dado las cuatro.

—¿Son ya las cuatro?—balbuceó muy azoradamente doña Mónica.

—Sí, hermana. ¿Qué tienes tú que hacer á las cuatro, ni á las cinco, ni á las seis?

—¿Yo? ¡Jesus! Nada.

—Entónces poco debe importante que sean ya las cuatro. Ahora me acuerdo de una cosa. ¿No tenías tú unos zapatos nuevos sin estrenar?

—Sí...

—Pues dáselos á Solita....

—Es verdad, que no había caido en ello.

Y la vieja fué á buscar aquellos zapatos, y los trajo, dejándolos sobre el cesto de la costura para que la niña los tomase. No quería. Ella estaba acostumbrada á andar descalza; ella no necesitaba zapatos, ni botas, ni nada. Déjenla á ella con sus piececillos al aire, con su falda raida hecha bandera gloriosa de la miseria á puros girones. ¡Fuera remilgos de la

moda! ¡Fuera el lujo!... Pero el cura insistió. No era el bien parecer, sino el parecer decente lo que exigía aquel sacrificio. Había que vestirse, no por agradar, sino por no desagradar.—Con estas sutilezas y argumentos suntuarios, se redujo á la niña á que calzáran sus pequeños piés los zapatos de la devota. Fué cosa de un momento. No entra con más facilidad Pedro por su casa, ni una lanceta en la vaina de un sable. Los pies enanos de la Cigarra quedaron encerrados en aquellas cárceles de cuero.

—Díme, Soledad,—dijo el cura, despues de una larga pausa, en que sólo se oyó el crugido que producían las agujas de las costureras al atravesar la tela.—¿No te agradaría á tí una vida tranquila, sosegada, dulcísima y sin inquietudes?

—Sí, señor,—repuso ella prontamente.

—Hablo yo, Solita, de una vida á donde no llegan los ruidos del mundo, y comparable á la de los ángeles del cielo.

—No le entiendo á Vd., señor cura,—se atrevió á decir la muchacha, porque realmente aquel modo de hablar misterioso no era fácilmente comprendido.

—¡Ah! Solita... Yo te explicaré, yo te explicaré... Tú que desdeñas los vestidos nuevos, que desdeñas las alegrías propias de tu edad, que sientes una cosa así... como un placer muy grande en el corazon, y

un enternecimiento sublime cuando rezas; tú, á quien todo esto sucede, encierras en tu alma, sin duda alguna, los riquísimos manantiales de la fé cristiana, y podrías ser una monja virtuosa y ejemplar.

—¡Una monja!—exclamó Solita con asombro, al mismo tiempo que enhebraba una aguja, mojando préviamente entre sus lábios el hilo negro para facilitar aquella operacion.

—¡Hombre! hermano, dispénsame que te interrumpa—balbuceó doña Mónica;—pero creo que este asunto es demasiado grave para tratarle así... Digo yo... Mejor es que te fueses ahora á casa de Su Eminencia, y luégo...

—¡Qué impertinente estás! ¡Cordero celestial! ¡Si no se te puede resistir! Déjame en paz con tus observaciones intempestivas. Nunca te he visto como hoy. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? Muestras un desasosiego, una impaciencia... Has mirado al reloj, durante cinco minutos, siete veces...

—Pues... no tengo nada, ni me ocurre nada, ni siento impaciencia ninguna. ¿De qué iba á sentirla? —respondió la anciana, consultando de nuevo al reloj.—Pero como como ya es más de las cuatro...

—¡Vaya! ¡Vaya! Déjame seguir hablando con Soledad... Dime, niña, ¿tú has visto algun convento?

—He visto uno, sí, señor, en Lumbier. ¡Virgen

Santa, qué cosa más triste! Ibamos mi madre y yo algunas tardes al rosario que se rezaba allí, y me arrodillaba cerca de la reja del coro. ¡Qué reja! Era espesa, espesa, con muchos pinchos hácia fuera, que parecían decir al que quería arrimarse: «No te acerques, porque te pinchamos...» Yo miraba en la oscuridad del coro, y veía unas sombras altas, delgadas, envueltas en telas blancas y negras; y oía sus voces quejumbrosas, tristes... ¡Ay, que horror! «¿Son mujeres iguales á nosotras?» le pregunté yo á mi madre un dia. Y ella me respondió que sí.

—Pues se equivocó tu madre. Porque aquellas mujeres no son iguales, sino mejores que cuantas andan por el mundo.

—¿Mejor que mi madre, señor cura? ¡Vaya, que eso es imposible! ¡Si mi madre era una santa!

—Debo advertirte que estás en un grave error, si imaginas, alucinada por tu fantasía infantil, que en los conventos acontecen cosas espantables, y si crees que en aquellos cláustros benditos es la vida enojosa... Antes al contrario; ¡cuán grato es respirar aquella atmósfera, en donde las almas hallan el aire que les acomoda para salvarse! Los espíritus elegidos viven allí á sus anchas, en comunicacion directa con Dios, y gozan de su vista eterna, cual los bienaventurados del cielo. Rotos cuantos vínculos unen al sér humano

con la sociedad, el alma puede cumplir sus deberes, sin que nadie se lo estorbe. Si las de las que viven entre sus semejantes, ocupándose de los pequeños negocios del interés temporal, hacen esa jornada eterna andando, las que han cortado sus relaciones con los hombres, la hacen volando. Sus piés se truecan en alas, y el camino del paraiso se abre ancho, florido, delicioso.

Ni una palabra de tan pomposa perorata oyó doña Mónica; y esto es bien extraño, porque una de las grandes satisfacciones suyas era saborear los raptos de elocuencia de su hermano, el cual hallaba toda ocasion propicia para tales pláticas piadosas. Los ojos de doña Mónica iban en contínuo viaje, desde la costura al reloj, y desde el reloj hasta la costura. ¿Qué esperaría? Si su edad provecta y virtud inexpugnable, protegida, además de su fortaleza, por el aspecto nada encantador del arrugado rostro, donde un lunar con pelo, sombreando el lábio, formaba contraste con el único diente visible que sacaba á fuera su punta no la hubiese puesto libre de cualquier maliciosa sospecha, alguien habría podido pensar que doña Mónica esperaba á un amante. ¡A un amante! ¡Pobre Mónica! Años hacía que semejantes sensaciones desaparecieron de su sér, dejándole desierto de ilusiones. Aquel grandísimo tunante del mayorazgo

andaluz había gozado de todo el frescor de la que hoy era rosa mística, arrugadita y seca, sin color ni aroma, conservada en el invernadero de la religion católica, entre devociones y lágrimas: porque doña Mónica era—perdónenoslo la buenísima anciana—lo que se llama una llorona intolerable.

—Sus ojos pequeñuelos, vivos en otro tiempo, habían palidecido de tanto llorar, y en sus megillas donde las arrugas componían una complicada red, comparable á un mapa topográfico de esos que representan con menudas rayas todos los rios y montes del globo, tenían dos surcos bien marcados, por los que se deslizaba aquel llanto sin fin, diluvio universal de un dolor que se resolvía siempre en agua como las tormentas de Abril. Aquellos surcos eran como el cáuce de dos Nilos de pena que brotaban de los ojos de la hermana del capellan. ¿Querréis saber por qué lloraba? ¡Fácil empresa! Ni ella misma lo sabía. ¿Estaba su hermano enfermo de reuma? ¡Ay, Dios mio, qué pícaro reuma! ¡Qué desgraciada era Mónica! ¡Lágrimas y más lágrimas! ¿Estaba ella constipada? De constipado murió su honrado padre. ¡Vengan lágrimas en honor del padre difunto! ¿Tocaban las campanas á gloria por el entierro de un niño rico? ¡Acudid todas juntas, venid todas las lágrimas que la glándula correspondiente en la máquina humana puede producir!

Llanto perpétuo durante ocho dias. *¡Lugete o veneres Cupidinisque, quia paserem Lesviæ mortus est!* Quince años se han cumplido de la muerte de una criatura preciosísima, tan rubia y tan blanca que su rostro de ángel parecía fabricado con nieve y oro, y á la cual conocieron los siglos con el nombre de Anselmilla. Hija fué de doña Mónica, y sólo vivió unos cuantos años, llevándose al sepulcro todo el corazon de su madre. Por eso llora tanto la pobre vieja si oye tocar á gloria, y aquel repique retúmbala en el alma, como si en ella tuviese metido el campanario enterito. Por eso, hablarla á ella de niños es traspasarla el sensible pecho con herbolada saeta; y mentarla algo que poco ó mucho se relacione con la maternidad, poner en sus lábios la eternamente repetida relacion de cómo se murió Anselmilla, de qué tós la ahogó, de qué jarabes sirvieron para endulzar su muerte, de qué bárbaro médico fué su verdugo, y todo lo demás que, sazonado con suspiros, sollozos, lágrimas como cerezas y lamentaciones dignas de Jeremías, constituye la pasion y muerte de aquel querubin divino, que, por tener alas, se voló del lado de doña Mónica, dejándola sin sombra.

Las cuatro y cuarto, las cuatro y media. El reloj sigue andando, y doña Mónica aumenta sus impacientes miradas á la esfera blanca, donde el dedo im-

placable del tiempo va sumando los minutos en el enorme total de las eternidades.

—«¡Ah! endiablado reloj. ¡Ya son las cuatro y media, y este hombre no se va!—pensaba doña Mónica.—¿Tardará mucho en marcharse?»

Y el reloj contestaba con su lengua, que es la péndola:

—«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»

—«¡Vírgen santísima; ángel de mi guarda; Santa Mónica, mártir y patrona mia! Haced que se marche pronto. No quiero imaginar siquiera lo que va á suceder si ella se cansa de esperarme y viene. ¡Antes venga la muerte!»

Estos azoramientos tenían convulsa á doña Mónica, y en su propension llorona, costábala no pequeño trabajo contener las lágrimas que acudían á sus ojos, empeñándose en salir á chorro. Disimula y finge; pero cada puntada de la aguja le duele como si estuviera haciendo un dobladillo en su alma, y no son pocas las veces que el pico acerado penetra en el dedo índice de su mano izquierda, con el cual sostiene la tela en que trabaja.

Y el reloj sigue andando, y D. Pedro continúa hablando de esta manera:

—Parece que el mismo cielo te enseña ese camino del convento por indudable modo, Soledad... Murió

tu padre, murió tu madre; te encuentras abandonada, sin un pariente, sin otros amigos que mi hermana y yo... ¿No se vé en todo esto la mano sábia de Dios?

La Cigarra calló, porque nada veía en esta série de sucesos desgraciados que la indujese á pensar como el sacerdote.

—¡Pues hay que estar ciego—prosiguió el clérigo—para no ver en todas esas desventuras la obra del Señor, que quiere decirte de este modo: «Solita, ven á mí, que te aguardo; tu alma es pura, tu cuerpo inmaculado. El mundo rompe contigo sus lazos; yo te abro las puertas de mi casa!» (D. Pedro, al poner en su boca estas palabras que atribuía á Dios, pronunciábalas con voz profunda, pues él creía sin duda que la voz del Autor de todas las cosas debe ser muy parecida al trueno.) Créeme, Solita, créeme. Si tú te decides á dar este paso, bendeciría la hora en que te encontré; y mi gloria de haberle llevado á Dios una sierva humilde, buena é inocente, me recompensaría con largueza de las molestias que pueda ocasionarme el buscar una señora caritativa que sufrague los gastos de la monjía.

—¡Van á dar las cinco!—exclamó doña Mónica.

—¡Ya me voy—repuso el cura, levantándose y

cogiendo de una silla su sombrero de canal.—Solita, piensa en mis palabras, medítalas, y ántes de decir que nó, ó que sí, reza, reza mucho... Verás qué luz, destello de la Universal Inteligencia, se enciende dentro de tu alma... ¡Vaya, hasta luégo! ¡No vendré hasta las siete y media! A esa hora tienes preparada la cena, Mónica.

Don Pedro salió.

Aún no habia sonado la verja del átrio, que chirriaba al abrirse; áun se oia el ruido de los hábitos del cura, rozando con las paredes del estrecho pasillo, y ya doña Mónica se había alzado de su silla, habia arrojado la costura sobre el cesto, y dijo á la Cigarra:

—¡Vamos á salir!

—¿A salir?

—Sí, á salir.

—¿Y á dónde?

—A un sitio donde hay una persona que desea verte... Quiero decir, que se interesa por tí.

—¡Por mí! Eso será una broma. ¡Quién ha de interesarse por la Cigarra, si no son ustedes, que me están llenando de favores!

—Pues hay álguien más, á quien inspira simpatía tu desgracia... Es una señora; pero una señora muy encopetada.

Doña Mónica, para indicar que aquella señora era «muy encopetada,» levantó las manos á la altura de su cabeza, como si hubiese querido medir su encopetamiento.

Despues recorrió la estancia en todas direcciones, cual pájaro atontado que busca agujero por donde escapar. En un sitio se dejaba el pañuelo, que sacó de la cómoda, en otro la mantilla, más allá una falda de *orleans*, que acostumbraba ella lucir en las grandes ocasiones.

—Tú, niña, te pondrás ese vestido mio. ¡Qué lástima que aún no esté hecho el que te destinamos!... ¡Cómo ha de ser!... Esta falda no ha de estarte corta ni larga... A ver... Probémosla... pronto, que es muy tarde.

Vistiéronse en muy pocos momentos. Jamás tocador femenino presenció más rápidamente todas las operaciones que médian desde el *deshabillé* más abandonado al trage de gala. Doña Mónica se puso un manto de seda, y echó sobre la cabeza y hombros de Soledad otro manto de merino, siendo de advertir que reservó para sí el más deteriorado y dió el más nuevo á la Cigarra.

Echaron á andar, cerraron la puerta, bajaron la escalera, atravesaron el peristilo, haciendo una reverencia al cruzar por delante de la iglesia.

¿Dónde iban?

¡Ah! Si Don Pedro las hubiese visto entónces, habría podido exclamar, imitando al amante de Ofelia:

—¡Mentira, tu nombre es de mujer!

Pero ni Don Pedro las veía, ni jamás leyó á Shakspeare.

XI.

En que la conspiracion estalla

Eran graves asuntos de caza y pesca los que discutían, sentados en sendas butacas, y cerca de un velador, aquellos dos buenos señores.

—Desengáñese usted, Acisclo—decía uno de ellos; ese perro no ha de servir para maldita de Dios la cosa.

—¿Que no ha de servir? ¡Válgame Dios, qué error más profundo! Está usted equivocado, conde.

El conde pegó una chupadita del desaforado habano que fumaba, y luego movió la cabeza á un lado y á otro para negar.

—¿No ha visto usted—dijo arrojando las palabras de su boca, al mismo tiempo que el humo—que en la cacería de estos últimos dias no ha hecho nada bueno? Ese maldito perro es una calamidad. Le han engañado á usted.

—Amigo conde, no estamos conformes. No merecería yo el nombre de comerciante, si hubiese ido á pagar veinticinco duros por un *pointer*, que luégo no me sirviese más que para disecarlo... Reconozco que en la gira de Sierra-Fria no se ha portado del todo bien... pero hay que tener en cuenta que el tiempo era horrible. Recuérdelo usted, conde.

Ya habrán conocido nuestros lectores á don Acisclo Añorbe. Es el otro que le acompaña el conde de Bajo-Imperio «gran madrugador y amigo de la caza.» Su rostro no ofrece faccion bella ni rasgo simpático. Sus ojos, que padecen estrabismo, tienen cierta fijeza é inmovilidad que disgusta. Su cuerpo es alto, fornido, y sus piernas, demasiado largas, encórvanse adoptando la apariencia de un paréntesis, lo cual quita toda la majestad y nobleza al aspecto y talle del señor conde de Bajo-Imperio. Lleva barba rubia recortada, y no deja nunca de la mano un baston, con el cual se golpea suavemente las piernas al hablar, llevando el compás de la conversacion.

—En fin, suspendamos el debate... ¡Já, já, já!—dijo, riendo á mandíbula batiente.—Está usted enamorado de su perro... Yo, en el caso de Anita, tendria mis celos... Hombre, ¿y Anita? Me han dicho que está mala.

—Sí señor; sí lo está...—respondió Don Acisclo,

con acento triste, y entenebreciendo su rostro las sombras de la pena.—Y lo peor es que yo no sé á qué atribuir su dolencia... Pasó tres dias en la cama con fiebres, con delirios... Frecuentemente le acometían accidentes nerviosos, largos síncopes...

—¡Diablo de afecciones nerviosas! Son el escollo de la ciencia médica, ó por mejor decir de la ignorancia médica... Esas personas en quienes el sistema nervioso está muy desarrollado, con perjuicio del resto del organismo, hállanse predispuestas á morir ántes que nadie, y predispuestas á resucitar al otro dia de enterradas. Se ven casos que espantan.

—Yo no sé si Ana estará aún levantada; lo preguntarémos, y si todavía no se ha retirado, porque con su enfermedad el médico la ha prescrito un descanso absoluto, y se acuesta á las cinco ó cinco y media, irémos á verla.

Don Acisclo llamó á un criado y le preguntó lo que quería saber. Miéntras volvía la respuesta, siguió hablando así el conde:

—¡Mal haya los nervios! Acisclo, yo creo que, á no variar de conducta, nuestros descendientes del siglo XXI, si es que hay siglo XXI, que yo lo dudo, van á ser inútiles para todo. Veránse entónces cáfilas de mequetrefes del tamaño de este baston, delgadillos, pálidos, ojerosos, sin aliento para nada, y tan

delicaditos como muñecos de alcorza... ¡Y todo por los nervios!

—En cambio, si sus cuerpos son débiles, sus espíritus son esforzados, su pensamiento vuela, su alma alcanza á lo desconocido y se apodera de ello, su...

—Sí, sí—interrumpió el conde, agitando su cigarro para quitarle la blanca ceniza y reavivar el fuego.—Ya conozco esa vieja fábula... No ignoro que han inventado el *telĕfono*, y el *micrófono*, y el *megáfono*, y otras niñerías de la ciencia.

—Ya sabe usted que no peco yo de liberal; pero sin embargo, no encuentro justas esas burlas.

—¡Calle, hombre, calle por Dios! No incurra usted en esas vulgaridades de los génios del dia. ¿Vale el *micrófono* algo más que la fé que ha perdido la sociedad? ¡Si es cosa de risa! Han descubierto un aparato, con el cual se oyen como cañonazos las pisadas de una mosca; pero en cambio no saben lo que les pasa en el alma, ni óyen la voz que dentro de ella les truena, no como cañonazos, sino como hundimiento de catedrales, como desgaje de montañas... qué sé yo, como algo terrible, parecido á la trompeta del juicio final.

—Vea usted... ¡en eso no estamos conformes! Esos inventos tienen aplicaciones que dignifican al

hombre poniéndole en posesion del mundo, haciéndole señor de la tierra... Porque yo creo que Dios, al dar á nuestros primeros padres el derecho de supremacía sobre todos los séres de la creacion, no hizo más que entregarles una letra á tres mil años vista, y pagadera en plazos... Y, si se me pasa esta figura comercial, no podrá negárseme que el siglo XIX ha cobrado una buena porcion del importe de esa letra.

En esto llegó el criado, que venía del cuarto de doña Ana, y dijo que aún no se habia acostado la señora.

—Vamos, pues, á verla—dijo Don Acisclo.

—Y los dos amigos salieron del gabinete, con direccion á la estancia de la señora de Añorbe.

Mucha atencion, señores y caballeros; que aquí llegan Mónica y la Cigarra, llaman á la puerta, abre el portero y entran en el vestíbulo. Tienen que aguardar. Doña Ana ha recibido visita, y luego va á acostarse. Afortunadamente, doña Mónica es persona de confianza para los criados, y va y viene por allí dentro sin cumplidos ni temor.

Mira, Solita, pasemos al salon de la niña y allí podrémos aguardar.

Solita se dejó conducir, y llegaron al salon mencionado. Sentáronse.

¡Oh sueños de las *Mil y una noches!* ¡Fastuosos engendros de la quimera del lujo! ¿Cuándo podréis hacer algo mas bello que los muebles de este cuarto? Espejos, colgaduras, butacas que están diciendo: «Siéntese usted y descanse;» confidentes de terciopelo; mesillas de caoba, de palo santo, de maderas americanas, sobre las cuales andan jugando, á mil graciosos ejercicios, compañías de muñequitos de porcelana, desde el mono que va cargado con un reloj, hasta la berlina de cristal tirada por una cierva de *biscuit*, y que conduce frascos de esencias... ¡Nunca Soledad pudo imaginar cosa más bonita! ¡Esto es vivir, y lo demás arrastrarse miserablemente por el mundo! Quien posea y goce tanta monada, debe de ser dichoso. La pobre niña sólo tenía ojos y alma para ver todo este museo de preciosidades de París y Lóndres, y creía encontrarse en la maravillosa cámara de una de esas princesitas de los cuentos, cuyo padre fuese mago.

—Qué... ¿Te gustan estos muebles?—exclamó doña Mónica.

—¡Que si me gustan! ¡Madre divina! ¿Y á quién no le gustan? ¡Si todo esto debe costar más miles!

—Muchos miles cuesta, sí, Solita, muchos... Como que la dueña de la casa es rica, inmensamente rica... Y verás qué amable, ¡qué hermosa!

—¡Qué dichosas son algunas personas! ¡Rica y hermosa!

—Así están repartidas por Dios las mercedes. Él sabrá por qué no lo están de otra manera.

—¿Y esto es el salon de una niña?

—Sí. El salon donde á una niña, que se llama Lucila, la dan leccion todos los dias... ¡Ah! ¡No creas tú que todo es oro lo que reluce! Aquí hay que pasar apurillos tambien, y los que pasa Lucila para aprender una lengua enrevesada del *extrangis*, una pícara lengua de herejotes é impíos, no son flojos.

—¿Y para qué aprende esa lengua?

—Para ser instruida, sábiamente educada, fina, como corresponde á una señorita de buena familia. Por eso la enseñan una lengua de *extrangis;* á bordar, á tocar el piano, á pintar... Mira, aquí hay un *album* llenito todo él de pinturas preciosas por Lucila.

Tomó de un velador la anciana un grandísimo libro, ricamente encuadernado, con tapas de marfil y dorado canto, y, abriéndole, le puso delante de Soledad, quien muy quietecita, sin atreverse á acabar de sentarse en aquella butaca tan blanda, permanecía espetada y tiesa. La Cigarra echó sobre el libro una mirada respetuosa y tímida, que parecía envolver esta idea: «Dispénseme usted, excelentísimo señor libro, si me atrevo á mirarle con mis pobrecitos ojos.»

Doña Mónica mostró á Solita la primera página y la segunda, y cien más. Habia allí pájaros divinamente pintados, con sus piquitos negros, sus alas azules, su cola verde y sus patas amarillas; perspectivas de ruinas, con estátuas derrumbadas; estudios de ojos y de bocas, en todas las posturas que pueden tener la boca y la pupila: abiertas unas, como quien admira y traga, respectivamente; otras cerradas, como quien duerme y calla, respectivamente tambien; flores diseñadas, con tanto arte, que se creería que nacieron en el libro; y así por este órden, cuantos caprichos puede producir un pincel ó un lápiz, y dignos todos de Velazquez... cuando Velazquez no sabía hacer cuadros.

—¿Y cuántos años tiene esa señorita Lucila?

—¿Cuántos? Poquísimos. Ocho ó nueve.

—¡Madre de Dios, pues si á los nueve años hace estas cosas tan bonitas, cuando cumpla los veinte...

—Cuando cumpla los veinte no hará nada; se le habrá olvidado cuanto ahora hace... Estas habilidades de señorita duran unos años, y luégo se pierden.

—¡Vírgen del cielo, qué cosa más rara!

—Despues, al llegar á los diez y siete ó diez y ocho años, se piensa en otras cosas. Otro género de aficiones se apodera de las almas... En fin, tú no entiendes ahora lo que digo... Solita, voy á dejarte,

para ir á advertirle á esta señora nuestra llegada... ¿Te causa miedo quedarte sin compañía?

—No, señora. Vaya usted si gusta... Pero... ¿y si vienen, y... y me echan á la calle?—repuso la Cigarra, mirándose con lástima de arriba á abajo.

—¿Qué han de echarte? ¡Qué humildad tan grande la tuya! Pues no faltaba más,—contestó Mónica, dirigiendo con sus ojos un reto á la puerta, como si detrás de ella estuviese el que iba á atreverse á arrojar á la niña fuera del salon.—¡Veríamos quién se atrevía á decirte la más pequeña palabra mal sonante!

—¡Vaya usted! ¡Vaya usted! que aquí espero.

Alejóse doña Mónica, y Sola quedó como su nombre indica.

Era un espectáculo encantador el de aquella celestial criatura, sentada á medias en el borde de una butaca, con las dos bandas del manto sostenidas contra el pecho por las blancas manos, y el velo, mal prendido, sobre la frente, bañándole de sombría oscuridad. Sus tímidos ojuelos movíanse arriba y abajo, mariposeando, y había en ellos tal expresion de curiosidad, de anhelo, de ánsia, por saber en qué pararían todas aquellas alternativas de su mísera vida, que parecía asomada á sus negros cristales un alma entera, llena de preguntas y vacilaciones. Las gruesas trenzas, enlazadas sobre las sienes, dibujaban, entre

los pliegues del manto, la disposicion del sencillo peinado. Era una cabeza griega bajo un manto judáico.

Soledad pasó revista á los muebles, inspeccionó los rincones de la sala, admiró aquellas flores de estufa, que crecían en tiestos de porcelona, puestos junto á la chimenea, al amor del hogar, como enfermitos convalecientes; aquellos cuadros de sublimes pinturas, en que los severos rostros de antiguos personajes vestidos, cuál con cota de malla, cuál con la toga del jurisconsulto, representaban allí toda la genealogía preclara de los Añorbes de Lustro-grande. Tener aquellos retratos delante, era como vivir siempre junto á las personas que imitaban y recibir sus miradas, ya alegres y de gratitud, ya de enojo ó ira. La Cigarra contempló mucho rato tales obras de arte, y hallólas tan perfectas, que,—¡miren lo que es la alucinacion!—hubiera jurado que un comendador de Montesa, cuya *vera-efigie* estaba frente á ella, sonreia y parpadeaba; que un oidor, de no sé qué Chancillería, el abuelo de Don Anastasio Añorbe precisamente, la fulminaba miradas de juez, erizando el bigote y poniendo tiesas, cual púas de puerco-espin, las ralas cerdas del barbuquejo, que, á guisa de barba, usaba su excelencia; que una dama juvenil, vestida á la moda del año 62... Pero ¿estás cierta de ello,

Solita? Sí, sí, no hay duda... La Cigarrilla se puso pálida, blanca, toda la sangre afluyó á su pecho, dejándola sin animacion ni color las suaves megillas.

¡Ah! Y no es para ménos. Imagine el lector, y así encontrará explicable la sorpresa, el asombro que se apoderó de Solita; imagine, repito, que sobre la chimenea hay un espejo, y que frente á ese espejo, en la otra pared, hay un retrato de mujer, cuya faz el espejo copia. Pues bien; Solita miró el espejo y halló reproducida en él dos veces su exacta fisonomía. Era aquello como haber sacado otra Solita y haberla puesto junto á la Solita verdadera; haber traido una Solita bien vestida y haber echado su imágen sobre el azogado cristal. ¡Qué prodigio! ¡Qué milagro! ¡Qué maravilla! En la parte inferior del espejo veíase la faz marmórea, angelical, de Solita, con su humildísimo vestido; en la parte superior la faz de Solita, con los colores de la salud y la dicha en las divinas megillas, un sombrerete de paja, graciosamente agachado sobre las cejas, y los rizos cayendo por los hombros. Debajo del primer segmento de la luna, podría haberse escrito este letrero: «*Solita, rica;*» y debajo del segundo, este otro: «*Solita, mendiga...*» Ella estaba absorta, muda, quieta, como paralizada y sin vida. No respiraba, no movía los párpados; creeríase detenido en ella todo impulso de existencia, y quieto

estaba tambien su pensamiento, sin osar hacer un juicio, una suposicion, una pregunta.

Yo no sé cuánto tiempo permaneció en aquel estado indescifrable. ¿Fué un cuarto de hora? ¿Fué una hora? ¿Fué un segundo? No lo dicen los papeles de donde esta puntual relacion se va sacando, y ¡guárdenos el cielo de dejar á caprichoso cálculo tan importante detalle! Sábese únicamente, que cuando Solita comenzaba á volver de su asombro, iba el dia aminorando sus resplandores, y que una luz amarillenta, con que el sol, ya en los confines del horizonte, se despedía, entraba por las ventanas de la estancia, tiñéndolo todo de triste color pajizo. Oíase la música de un organillo, cuyas flautas tocaban un conocido retazo de ópera, destrozándolo cruelmente. Música alborotante y chillona, con que el arte se venga de los que quisieron crearle en una máquina, llenaba la vecina calle, haciendo asomarse á los balcones á las doncellas de labor y cocineras de aquellas casas.

¿Quién no ha estado triste un par de veces por semana? ¿Quién no recuerda esa ternura con que entónces se escucha la música, aunque sea la música de un organillo? Las almas buenas se encuentran á veces en predisposicion tan grande para el llanto, que un compás de la *Gran Duquesa*, un *wals* de Metra pueden arrancarles lágrimas. Esto sucedió á la Ci-

garra cuando oyó á las inarmónicas armonías de aquel organillo argelino, cuya cigüeñuela movía el brazo del hambre. Pierde el tiempo quien busque la relacion que pudiera haber entre la música de aquel organillo y el dolor confuso y profundo de la Cigarra. Lo que yo aseguro es que lloró, que sus celestiales ojos se cerraron como para contener la desbordada pena, y que por la tela del manto resbalaron, en gotas cristalinas, esos diamantes del alma, que busca eternamente en lo recóndito de nuestro sér la mano implacable de la desventura.

Solita consideró entónces su situacion, su pasado, oscuro como el crepúsculo, su porvenir, negro como la noche. Vióse camino de Madrid, con su guitarrilla á la espalda, cantando coplas á las puertas de las posadas, huyendo de los perros, perseguidores encarnizados de la gente astrosa y desarrapada, que le hacían la guerra, enseñándola sus dientes y respondiendo al timbre argentino de su vocecilla delgada con lúgubres aullidos; vióse hambrienta, desfallecida, marchita, sin aliento, en una oscuridad que ahogaba. En vano agitó sus manos buscando otras manos cariñosas. Tendió los brazos, y palpando aquí y allá, como náufrago que busca una tabla á que asir su vida, tropezó con el brazo del sillon. ¡Qué horror! El frio de la madera trajo á su memoria la mano helada

de su madre, cuando la pobre baldada dejó de respirar, cuando la luz de sus pupilas se tornó vidrioso reflejo de la luz de una vela de sebo que cerca del lecho funeral ardía con fulgor moribundo... Vióse luego en un espacio sombrío, nebuloso, cayendo sin cesar, como piedra que se arroja al abismo. Y caía, caía, caía sin llegar al fondo nunca; ¡viaje espantoso por un país de nubes, donde no había ni un rayo de sol! ¡La guitarra era un peso abrumador que precipitaba su caida, era una fuerza que aumentaba la celeridad de su desplome, era algo que la arrastraba hácia abajo con su pesadumbre!... ¡Y el organillo seguía sonando en la calle como una carcajada musical de diablos burlones, como una disputa de chiquillos que lloran y se abofetean, como una orquesta de quejidos y risas!... Despues, cayendo siempre, sentía que le quitaban la guitarra, que unas manos enormes, morenas, arrugadas y temblonas quebraban el frágil instrumento.

Veia entónces alzarse delante de ella un figuron, un espantajo negro, un mónstruo que tenía en los brazos membranas peludas de murciélago, y una cabeza en que chispeaban dos ojos vivísimos. Aquella cabeza se cubría con un sombrero de teja, cuyas alas movíanse como alas de buitre. ¡Espantable vision! El mónstruo cogía el cuerpo de Solita entre sus brazos y

se le llevaba por los aires... Despues no veía otra cosa la pobre muchacha sino oscuridad y más oscuridad.

Experimentó la Cigarra un temblor convulsivo, á modo de irradiacion de frio que, partiendo del corazon, exparcíase por todo su ser, helándola un ahogo angustioso, un deseo de reposar absoluto, y una tendencia á la quietud, como la que se apodera de los vivos al morir. Por fin no sintió nada más. Quedó allí, sobre la butaca, inmóvil, sin aliento, cadavérica.

Mas, ¿y doña Mónica? ¿Y la señora de Añorbe? ¿Qué motivo pudo detener á aquella tanto tiempo en su embajada? ¿Qué impedía á la segunda volar de su estancia al encuentro de aquella pobrecita niña? Esto lo sabrémos ahora.

Cuando doña Mónica entró en el gabinete de doña Ana, hallábanse en él Don Acisclo y el conde del Bajo-Imperio.

—¡Hombre!—exclamó Añorbe, viendo á la anciana,—¿á qué bueno se debe esta visita?

—¡Ah, Mónica! ¿Has venido por fin,—dijo doña Ana, mirando con ánsia á la hermana del capellan.

—Sí; ha salido mi hermano, y he venido un ratito—repuso ella, al mismo tiempo que dirigía una mirada de inteligencia á la enferma.

—Bien hecho, bien hecho—añadió Don Acisclo.

—¿Cómo estás, Ana?

—Me encuentro bien, muy bien.

—Ana siempre dice eso; no hay que preguntarle. Dirá que se halla bien en el momento ántes de morir. Es una resignacion inagotable.

—Nó; es que realmente me hallo buena.

—Ana, usted debía distraerse,—afirmó el del Bajo-Imperio, golpeándose la rodilla con el leve junco que traía.—Es preciso gozar del mundo, y usted hace la vida del anacoreta; pero una vida de anacoreta áun más aburrida, meritoria y abrumadora que la de los que en el yermo se pasaban los años mirando una calavera, leyendo un libro y soñando con el cielo por las noches, despues de azotarse muy á su sabor las carnes durante el dia.

—¡Qué exageracion!—replicó Ana, fijando sus ojos en la vieja con curiosa insistencia.

—No es exageracion,—prosiguió el aristócrata.—Anoche lo decía yo á las de Huerrondo en su palco del Real. «Ustedes no conocen mujer más santa, más piadosa, más preocupada con la salvacion de su alma, que la esposa de nuestro amigo Añorbe;» y todos convinieron en ello.

Doña Mónica no apartaba sus ojos de los de doña Ana. Mirábanse aquellos cuatro ojos, queriendo preguntarse, responderse, hablar, salir de dudas, y no

pudiendo encomendar á las lenguas este encargo, por la inoportuna presencia de Acisclo y el conde, estábanse atentos los unos á los otros, como dos mudos que quieren revelarse un secreto trascendental, y á quienes tienen agarrotados para que no puedan servirse de las manos como signo de expresion. Esos diablillos menores que nos pierden el baston cuando queremos salir de casa á hora fija, que atrasan el reloj y nos hacen llegar tarde á la cita más importante, andan, sin duda alguna, por aquella casa sometiendo á tortura cruel los espíritus de la señora de Añorbe y de su amiga. ¡Si al ménos se marchasen pronto los dos caballeros! Pero ¡cá! si el señor conde es uno de estos séres de plomo, que en cayendo en una silla y tomando la palabra no hay fuerza humana que le prive del uso de su oratoria verbosa, incolora é insustancial, ni motivo que le saque de su condicion reposada é inalterable. ¡Harto lo sabia Ana, y esto acrecentaba su apuro! Era una fatal coincidencia, una coincidencia irremediable. ¿Qué pretesto buscar para salir del gabinete? No le sugeria ninguno su magin. Quiero que me digan ustedes si una enferma, que se halla confinada por la ciencia á una habitacion, y á quien se prohibe salir de allí, so pena de reincidencia en la enfermedad que padece, puede hacer lo que en un principio pensó Ana.

—«Ahí está Soledad,—dijo su pensamiento.—Ahí está esperando.—El bárbaro acaso que nos ha separado me impide ahora verla tan pronto como quisiera... ¡Infeliz! ¡hija de mi alma! Voy á levantarme, pretestando que deseo dar una vuelta por la casa, y de ese modo me libraré de mi marido y del conde, los cuales parece que vienen para rato... Probablemente la ausencia de Don Pedro será corta, y si vuelve ántes de que Mónica y Soledad hayan salido de esta casa... ¡Jesus, mil veces! ¡Qué indignacion no será la suya! Este señor, tan apacible y manso de ordinario, muestra, á veces, cuando su ánimo se subleva, una irritabilidad furibunda, especialmente si su conciencia sacerdotal, su influencia de ministro divino van en ello interesadas.»

Y como si su alma hubiese querido completar estas ideas, preguntó á doña Mónica:

—¿Tardará mucho en volver tu hermano? ¿Sabes dónde ha ido?

—A casa de Su Eminencia... Debe estar fuera hasta despues de las siete.

Aquello era otra cosa. Antes de las siete, por mucha que fuese la facundia del conde, se le habría agotado, y como en él permanecer silencioso era imposible se despediría para ir á otra parte, donde pudiese renovar el tema de sus monólogos. Mas ¡cuál no

fué la impaciencia, la contrariedad, la ira, sí, la ira de doña Ana, cuando dijo Acisclo:

—Hoy tenemos invitado al conde á ayunar en nuestra mesa.

—¿Come con nosotros?—preguntó Ana, con la misma entonacion que hubiera preguntado: «¿Nos vamos á morir de repente?»

Y advirtiendo ella, ántes que nadie, lo extraño é inconveniente de sus palabras, repuso:

—¡Cuánto me alegro!

Mónica, por su parte, miraba la chimenea, y hería el suelo con el inquieto pié. Tanto pequeño inconveniente era demasiado, y empezaba á encontrarlos intolerables. En buen hora, que, para satisfacer el deseo de doña Ana, hubiera urdido aquel engaño inocente, destruyendo con una astucia de mujer todos los planes, cálculos y proyectos de su hermano, respecto á que la señora de Añorbe no pudiera encontrarse con la Cigarrilla. Semejante sacrificio de su carácter leal en el altar de la mentira era disculpable, pues le demandaba el corazon extremecido de una madre.

Pero aquellas dificultades impensadas, no previstas, del tamaño de un grano de arena, que se le oponían en su camino, entorpeciéndosele como si fuesen peñascos, montañas, Pirineos, Himalayas... ¡Vamos

que no podía resistirse! Ganas le daban de soltar el trapo á llorar, dejando libre aquel rebaño de lágrimas que, goteando por dentro de sus ojos, pedian salida franca. ¡Ella, que era la sencillez en forma humana, haciendo papelillos de comedia! ¡Ella, que jamás sintió cosa que no dijese, y que jamás dijo cosa que no fuese natural y esperada por todos, estar abrasándose con las alternativas de un suceso tan grave, disimulando su pena infinita, ocultando su azoramiento! Superior era á sus débiles fuerzas de mujer.

El conde seguía hablando. La política, el último drama puesto en escena, la suerte de *recibir* ejecutada por Frascuelo en la última corrida extraordinaria de toros, todo fué objeto de su exámen. El buen señor decía sus gracias, y se las reía, escuchándose á sí mismo con admiracion propia. Nada más curioso para el observador que seguir atentamente los giros, rodeos, mudanzas y circunvoluciones de una conversacion, estudiar los, al parecer, ilógicos enlaces de una idea con otra, y asistir, detrás del lente experimental del análisis, á esa maravillosísima generacion de los pensamientos. Como el del Bajo-Imperio pasó de una censura de los dramas realistas, que pintan la fisonomía criminal del hombre, á las elecciones de diputados que se preparaban; de esto á un robo de consideracion ejecutado la noche anterior; de esto, al

alza y baja de la Bolsa; de esto, á lo que se decía de cierto bolsista, casado con una mujer muy hermosa, y, por último, de esto á un sermon moral, con doctrina de Astete sobre el adulterio, constituye una série de observaciones llenas de enseñanza, que no dudo llegue á formar con el tiempo una ciencia altamente profunda y útil. No siendo esta ocasion para sentar sus principios capitales, dirémos sólo que, rodando de tal suerte el monólogo del señor conde, vino á dar en la caza. La caza era el punto de reposo del conde; de cuarto en cuarto de hora aprovechaba cualquier coyuntura, cualquier ejemplo, cualquier palabra, para echar su parrafillo sobre el gran placer de Esaú. Hé aquí como dijo:

—¿Ha visto usted las escopetas del nuevo sistema D'Arlignton que han recibido en la tienda de Espadiféro?

—¡Vaya, conde!—replicó Añorbe.—Usted me toma por un aficionadillo reaccionario, de esos que aún van á cazar con la escopeta de piston y con baqueta de palo... No sólo he visto esas escopetas, sino que acaban de traerme una.

—¡Hombre! Magnífico: enséñemela usted.

—Con mil amores... Venga usted á mi despacho.

¡Oh, feliz casualidad! Ana miró á Mónica, y díjole en una ojeada:

—«¡Benditos sean Dios y las escopetas, que nos proporcionan la ocasion de librarnos de este par de pesados.»

En efecto; Don Acisclo y el conde salieron de la sala, y doña Mónica exclamó, levantándose de su asiento para acercarse á la de Añorbe:

—¡Jesus mio! He pasado un apuro atroz. Pensé que no te dejarían sola... Está ahí... Mira como he cumplido mi palabra... ¡Jesus, Jesus! He pasado una tarde terrible...

—¡Vamos corriendo!—interrumpió Ana, levantándose tambien.

Su rostro expresaba la ánsia, la curiosidad, el temor; todo junto.

—Pero ántes de que la veas, te repito lo que tú me has prometido. No consentiré que te dejes llevar de tus sentimientos de madre y me pongas en algun compromiso... Además, Pedro vendrá á las siete, y entónces hemos de haber vuelto á casa Soledad y yo... ¡Dios santo de Israel, si regresa ántes de haberlo hecho nosotras; si nos encuentra aquí!... Quisiera mejor que se hundiese el cielo y nos aplastase á todos.

Ana miró hácia arriba, como para poner á Dios por testigo de que era cierta su exclamacion.

—Todo te lo prometo, todo—repuso doña Ana, al mismo tiempo que salia de la estancia.

Aun no conocemos nosotros físicamente á esta señora, y tiempo es ya de que intentemos su retrato. Añádase á lo ya dicho de su prematuro encanecimiento, una palidez intensa, nacida de la enfermedad; unos ojos negros, llenos de luz y ardor; una boquita pequeña, de lábios descoloridos; unos dientes menudos, una nariz recta y delgada, un cuello robusto y blanco, un seno bien proporcionado, y que, áun debajo del vestido suelto de casa, delataba su gentil curva hermosa, una cintura estrecha y un pié largo, elegante; y despues de unidas todas estas cosas, y distribuidas convenientemente, haced con el conjunto una estátua viva, escribid en el pedestal el nombre de doña Ana, ó si no sus equivalentes de «Hermosura, desgracia», y estad seguros de que nadie ha de poner en duda la exactitud de la copia.

Atravesaron las dos amigas un largo corredor, cuyas ventanas cerraba un criado, pues entónces anochecía, y llegaron al salon llamado de la niña: entraron dentro. La oscuridad era completa; el silencio absoluto.

—Hace falta una luz,—dijo doña Mónica.—¡Soledad! ¿Dónde estás?

Nadie respondió á estas palabras.

—¡Dios mio!—exclamó la anciana.—¿Dónde se ha metido esta chica?

Tambien quedaron sin respuestas las nuevas palabras de doña Mónica.

—Pero ¿qué sucede?—exclamó doña Ana.—¿No estaba aquí? ¿No la dejaste tú misma en este salon?

—Sí; yo misma la dejé... pero...

Recorrió la estancia tropezando con los muebles y haciéndose daño al chocar con las sillas, butacas y veladores que por todas partes, la salían al paso.

—¡Soledad!—repitió.

—¡Soledad!—dijo doña Ana, con voz angustiada.

—Es necesario una luz,—añadió Mónica.—Llamemos...

—No, yo misma iré por ella.

Y doña Ana salió hácia su gabinete en busca de una luz.

—¡Soledad!—dijo por tercera vez doña Mónica.—¡Dónde te has metido?

Con sus manos palpaba los muebles, para cerciorarse de que no estaba en la habitacion la niña. Apareció en la puerta la claridad de dos bugías, y trayéndolas, vióse entrar en el salon á doña Ana aún más pálida que de ordinario lo estaba, con el noble semblante demudado, y agitado el lábio por convulsivo temblor.

Allí estaba la Cigarra. Allí estaba tirada sobre el suelo, como un muñeco de trapo á quien sacáran del

cuerpo los alambres que le sostenían. Su carita de rosa daba contra la alfombra, y sus manos, cruzadas sobre el pecho, decían que el síncope había suspendido una oracion en la boca de la infeliz criatura.

—¡Qué horror! balbuceó Ana, dejando, ó mejor expresado, arrojando sobre el mármol de la chimenea el candelabro que produjo un ruido metálico al tropezar con la piedra.—¿Qué ha sucedido aquí?

—¡Dios mio! Solita, Sola, Soledad,—dijo á media voz Mónica, arrodillándose junto al cuerpo de la cantora, y tratando de levantarla.—¿Que tienes? ¿Qué te ha sucedido?

Tambien se arrodilló Ana y abrazó la delgada cintura de Solita besando su frente con amor.

—¡Ah, hija mia!—exclamó llorando.—Soy una mujer vil y despreciable. Yo he cometido una falta, y tú, inocente fruto de ella, eres quien la pagas.

—¿Llamarémos?—añadió despues, mirando á Mónica.

—¡Hija! Yo no sé qué decirte. Es preciso auxiliar á esta niña. Tómala el pulso... No late... No hay movimiento en las venas... Pon la mano delante de su boca... ¡No respira! ¡Jesus mil veces!

—Ayúdame á levantarla, y la echarémos sobre ese sillon.

Así lo hicieron, y bien pronto la personita desmayada de Soledad yacía en una butaca.

—Abriguémosla con algo... Que éntre en calor... Esto no debe ser sino un accidente pasajero, afirmó la hermana del capellan.

Quitóse doña Ana el grueso pañuelo alfombrado con que cubría su gallardo cuerpo, y dejóle caer sobre la Cigarra. Esta se movió entónces, abrió las manos, acercó una de ellas á su frente, y despues sus ojos experimentaron un parpadeo, como luz que quiere brillar y se apaga.

—Solita, niña mia,—dijo doña Mónica, acercándose á la muchacha.—¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás mejor?

Entónces acabó de tornar á la vida. Abrió los ojos y puso su mirada acariciadora y doliente en las dos mujeres.

—¡Pobre Soledad!—añadió con voz profundamente conmovida y trémula doña Ana.—¿Has sentido frio? ¿Te has puesto mala de eso?

La Cigarra miró de nuevo á las dos señoras, é incorporándose repentinamente, balbuceó:

—¡Ay, señoras... doña Mónica! ¡Soy una torpe, una... ustedes que son buenas me dispensarán! ¡Me he desmayado, me he llenado de pena... No... no ha sido eso... Yo no sé decir lo que me ha ocurrido... ustedes me perdonarán.

—¡Cómo! dijo enternecida la de Añorbe.—¿Te has desmayado, dominada tal vez por el frio, y al recobrar la voz y el sentido tus primeras palabras son para pedirnos perdon?... ¡Perdon! ¿De qué?

—¡Madre divina! ¿De qué ha de ser? De haberme caido al suelo; de que cuando ustedes han venido no estaba como debía, sino tirada ahí, al modo de un perro.

—¡Qué alma es la tuya, angelito!—exclamó doña Ana, apoderándose de las manos de Sola para besarlas.

La Cigarra miró atentamente á su favorecedora, y el reflejo de la luz la obligó á cerrar los párpados. Experimentaba un extraño peso en la cabeza, y hácia la nuca dolor muy vivo y penetrante; irradiaciones de calor, oleadas de fuego que, inflamando su cráneo, llegaban hasta el rostro. Sus manos y sus piés íbanse quedando al mismo tiempo helados, y el corazon le saltaba violentamente en el pecho. Tuvo que dejar caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca, y en aquella postura, con la boca entreabierta por la contraccion especial de los músculos del cuello, el delicado seno en escorzo y las pupilas medio entornadas, parecía simbolizar vagamente ideas de martirio, de debilidad vencida, algo de flor mústia arrancada de la planta madre, de ángel derrocado del cielo, de pájaro herido en las alas.

Mónica volvió á consultar el diagnóstico del pulso, poniendo su flaca mano sobre las sienes de la Cigarra.

—Tienes algo de fiebre... ¡Vamos á casa! Es preciso que te acuestes.

—¿Y quieres llevártela tan pronto?—dijo con enérgico acento Ana.—¿Quieres que ya se vaya? No, no se irá; por lo ménos miéntras esté mala.

—Pero, criatura... ¿Y si viene?...

—Si viene... que venga...

Gran razon debía ser aquella para Ana; pero doña Mónica movió la cabeza, negando su poder convincente.

—¡Vaya! ¡Vaya! Anita... No me obligues á recordarte lo que me prometiste.

—Lo que te prometió, no significa nada. Ya está olvidado. Si tú no fueras una mujer... una mujer sin criterio, si tuvieses aposentado en los sesos un sólo grano de sentido comun, no habrías faltado á mis órdenes, ni habrías dado márgen á esta escena, que yo trataba de evitar.

¡Horror! Quien hablaba así era el mismo Don Pedro Hernando de Cifuentes, llamado tambien padre Hernandito, capellan de las monjas Teresas. Él, era él quien llegó á casa de Añorbe á las seis y media, pues su visita al prelado fué más breve de lo que solía. Entró en el recibimiento, y un criado le guió

al cuarto de la señora. Allí no había nadie; pero Don Pedro vió luz en el salon de la niña y á él encaminó sus pasos.

—¡Pedro!—dijo asustada Mónica.—¿Cómo viniste tan pronto?

—¡Dios lo ha querido! para que pusiese remedio á la gran tontería que tú cometiste.

—Don Pedro, padre mio. Toda la culpa de esto es mia—replicó Ana.—Yo, que no he tenido valor para afrontar su cólera de usted, y que tampoco podía dominar mis sentimientos; yo... que...

—¡Bueno! De eso hablarémos más tarde—repuso el clérigo con mucha calma, y quitándose el sombrero, que hasta entónces había conservado en la cabeza.—Ahora urge que nos vayamos... Solita, hija mia. Arrópate bien, y dame la mano.

—Pero, padre, ¿cómo quiere usted que salga á la calle estando enferma?

—¿Enferma?

Explicaron entónces al padre Hernandito lo que había acaecido, y mucho le apenó la indisposicion de la Cigarra.

—Vosotras teneis la culpa. Tú, con tu cariño loco y egoista...

—¡Egoista!—repitió Ana, como si no entendiese el valor de aquella palabra.

—Sí, egoista; y tú, hermana, con estas oficiosidades imprudentes. Solita está asustada, llena de miedo. Suceden á su alrededor cosas que no comprende. Vive en un círculo de misterios, y nadie se los explica, ántes bien todos tendemos, por diabólica fatalidad, á entenebrecer más y más las nubes que la rodean.

El mismo señor cura con sus explicaciones aumentaba las dudas de la niña. Oía, oía la pobre, y no osando preguntar, mil suposiciones lúgubres entraban en su alma. La pobre Cigarra, despues de sufrir en el cuerpo todos los dolores de un viaje como el suyo, cuando llegaba con los piés llagados, el pecho dolorido de cansancio, las piernas temblonas y su sér físico todo abrumado con el prodigioso esfuerzo, obligábanla á emprender otra caminata con su espíritu por el desierto de la duda, desierto inhospitable y árido, donde sólo encontraba fantasmas que la hacían visajes y sombras burlonas que la preguntaban con inaudita voz por su suerte.

—¡Padre!—dijo Ana.—Yo le suplico á usted que no se lleve á Solita. ¡Yo se lo suplico á usted!

—¡Súplica vana!—repuso él.—Mi plan está formado. Mi línea es la línea recta. La curva es la línea del laberinto, y en todo laberinto hay un mónstruo: el de lo desconocido.

—Pues yo tengo derechos que alegar contra esos planes. Lo que usted cree línea recta es una línea curva; lo que usted cree honrado es una infamia. Solita quedará conmigo.

—¡Ana!

—Unicamente miéntras se pone buena; en tanto que se restablece... Padre Hernandito, medítelo usted: ¿no sería un crímen sacar á la calle á una niña que acaba de volver en sí de un desmayo?

—¡Como está tan cerca mi casa!—observó Don Pedro.

—Cerca está, pero no hay necesidad de que salga á la calle... Mire usted, mire usted. Tiene fuego en la cabeza, le arden las sienes.

Y doña Ana cogió la mano de Don Pedro, que colérica temblaba, y la obligó á que la aproximase á la frente de la Cigarra, como para convencerle de que era verdadera su indicacion.

—¿Qué sientes?—preguntó el cura á la niña.

—Siento un dolor muy fuerte en la cabeza... Pero esto no es nada... Vámonos, señor cura...

Miéntras así hablaba, se levantó del sillon y procuró andar, pero no pudo. La habitacion giraba alrededor de sus ojos, y la niña, perdido el aplomo de su cuerpo, buscaba un punto de apoyo con las manos.

—¿Ve usted, padre Hernandito? si no se tiene

derecha; si no es posible que ande un solo paso por su pié.

El clérigo se mordió los lábios con enojo comprimido, y cerró los párpados para no dejar conocer la oleada de furia que quiso salir por sus ojos.

—¡Ana, Ana! ¡Por Dios, mira lo que haces! No cometas alguna locura.

—¡Locura! Creo que usted es quien iba á cometerla, sacando á la calle en tal situacion á Solita.

—No me refiero yo á esas, sino á otras locuras aún mas graves.

—¡Mas graves que la salud de esta pobre niña!

—¿No entiendes mi lenguaje? ¿Has olvidado nuestra conversacion sobre este asunto? Yo creo que sí.

La Cigarra seguia escuchando, y cada palabra de don Pedro era á modo de aguja que le clavaban en el corazon. ¡Qué ansiedad era la suya! No, ciertamente, por curiosidad femenina, queria la muchacha que le explicasen todos estos misterios, sino porque, en su claro instinto, harto comprendia que el clérigo, doña Ana y doña Mónica, discutian en aquel vocabulario oscuro de geroglífico algo que importaba grandemente á su porvenir. Ideas distintas cruzaban por su enardecido cerebro, engendrando nuevas dudas, allí donde otras hervian y se agitaban como familia de bichos infusorios. Fabulosas soluciones venian á aumentar

la densa oscuridad que tantas nieblas condensaron en su alma; y ante su vista desarrollábase el cuadro sombrío de sus desdichas pasadas, presentes y futuras.

Oyóse entónces hácia la galería el rumor de una conversacion, y poco despues se acercaron al gabinete de doña Ana el señor don Acisclo y su amigo el del Bajo-Imperio, hablando de caza, de las escopetas D'Arlignton y de todo lo demás que sabe el discreto lector.

—¡Dios mio!—dijo Mónica.—Vienen hácia aquí.

—No haya temor,—repusa el cura al oido de su hermana.—Yo explicaré la presencia de esta niña de algun modo que justifique el interés que inspira á Anita. Es el único medio posible de evitar lo que yo quiero que se evite á toda costa.

Cuando llegaron los dos caballeros, don Pedro les saludó, y luego dijo:

—Hé aquí, don Acisclo, una niña que he traido á su esposa de usted para que ella le preste su influencia en un empeño que la pobrecita tiene con Dios.

—¡Con Dios!—repitió Acisclo.

—Sí; trátase de que entre en un convento. Ella lo desea, ella lo anhela. Es pobre, tan pobre, que no tiene ni que comer siquiera.

—¡Infeliz!—dijo don Acisclo mirando á la criatura.

—Su esposa de usted quiere ayudarla hasta que quede en las manos celestiales del Señor.

—¡Muy bien pensado!—afirmó el conde.

—¡Excelente idea!—dijo despues don Acisclo.

—Pues bien; yo, discurriendo como ustedes—prosiguió el cura—la traje y no sé si de frio ó de qué, la desdichada se desmayó.

—¡Válgame el cielo!—exclamó Añorbe, verdaderamente interesado con la desgracia de Solita.

—Su esposa de usted no quiere dejarla salir miéntras no se restablezca.

—¡Pues no faltaba más!—replicó don Acisclo.—Que se quede aquí. Los que tenemos medios de tender nuestra mano al menesteroso, estamos obligados á hacerlo.

Ana miró á D. Pedro con reconocimiento, y cuando éste se despidió, estrechó su mano con efusion cariñosa.

—¡Gracias, padre mio!—murmuró la señora de Añorbe.

Y allí se quedó la Cigarra, miéntras don Pedro y su hermana, tan triste la segunda, como contrariado el primero, volvían á su casa.

XII.

Minora Canámur

Cuando dieron las doce en el campanario de las monjas Teresas, el sol rompió el velo de nubes que se empeñaba en tapar su rostro, y apareció en el horizonte madrileño, arrojando sus aguaceros luminosos sobre la villa del Oso y del Madroño. Como desde ocho dias ántes no se recibía por estos confines la visita de Su Alteza el Sol, fué grande la alegría que todos experimentaron cuando los rayos de oro del que todo lo creá cayeron dentro de las viviendas como mensaje del cielo. Uno de los sitios donde mayor júbilo produjo la visita del sol, fué... ¿Dónde dirán ustedes?... En una jaula de dorados alambres, que encerraba á un canario amarillo, artista de melíflua voz y trinar sublime. Agitó sus alas de oro el muy tunante, saltó de una caña á otra, metió su

piquito en la caja de los cañamones, y sacando uno de ellos con gran monada, partióle con mucha zandunga y se le embauló bonitamente. ¡Ah, tragoncillo! Estos artistas son unos hambrones.

—Ya está bueno el canario.

—Ya salta.

—Ya come.

—Ya canta.

—Se ha quedado muy flaquito.

Sí... y como dice Garriguez, riéndose de nosotros, tiene ojeras.

El canario se subió á la caña superior de su jaula, y desde allí echó una mirada, con sus ojitos de granate, á las interlocutoras.

Eran éstas dos niñas que no habían aún atravesado el dintel de la pubertad. A una la conocen los siglos con el apodo de la Cigarra; á la otra distínguela la historia con el nombre de Lucila. Hallábanse en el salon llamado de la niña de casa de Añorbe, sentadas en banquetas bajas y frente á un cajoncillo que encerraba todos los utensilios de la costura. Un cesto de mimbres veíase allí cerca tambien, y sobre las sillas había, exparcidos, diversos pedazos de tela, de muy vivo color, retazos de grana, de raso, de terciopelo. En otra silla, inmediata á las dos niñas, estaba una muñeca deshonestamente desnuda y ense-

ñando, á todo el que quisiera verlo, sus piernas de badana, su pecho relleno de salvado, su cara de cera, con labios pintados de carmin como los de una señorita, y sus ojos iluminados con tinta de china.

—Vamos á probarle el gaban,—dijo Lucila, que era la directora de aquel taller de modistas.

—Bueno,—repuso la Cigarra.

La niña abandonada obedecía todos los caprichos de su opulenta amiga, sin contrariarlos, riendo cuando ella reia, y haciéndole el duo en todas sus palabras, deseos y pensamientos.

Lucila tomó entre sus manos la muñeca, y la metió la manga del gaban. La muñeca, con los brazos estirados, protestaba de aquellas operaciones contrarias á su decoro y á su anatomía, como diciendo: «Miren ustedes, niñas, que mis brazos se rompen, pero no se doblan.» ¡Vaya una observacion! Lucila cogió el brazo rebelde, y corrigiendo la obra de Naturaleza, dobléle por donde quiso, creando una coyuntura en la badana.

—Ya está puesto el gaban... Solita, anda por el vestido... ¿Qué miras tú, espantajo?—dijo al canario.

Este meneó su cabecita dorada y volvió á meter el pico entre los cañamones, despreciando sin duda el insulto de su jóven dueña.

—¿Se puede, señoritas?—dijo, detrás de la puerta, la voz sútil y atiplada de un hombre.

—Sí,—contestó prontamente Lucila, sin suspender el revestimiento de la muñeca, que la preocupaba grandemente.—Entra, Garriguez.

Era Garriguez una especie de mayordomo de los de Añorbe, que venía desempeñando este cargo de confianza en aquella casa desde sus verdes años. Bromista hasta dejarlo de sobra, no había cuento que no supiese; habilísimo en mil pequeñas artes, no había reloj descompuesto que él no compusiera, ni puerta desvencijada que, usurpando atribuciones al carpintero, no arreglára él mismo. Hacía jaulas de grillos, pajaritas de papel, de esas que agitan las alas, abanicos, flores de trapo, muñecos de carton, de los que mueven los ojos y sacan la lengua. Era, en suma, un hombre indispensable y popularísimo entre la plebe menuda.

—Mira, Garriguez,—dijo la señorita,—tienes que hacerme un par de pendientes para la muñeca.

—¿De diamantes?—preguntó él riendo.

—De cualquier cosa,—repuso ella, sin alzar la vista de su obra.

—¿Y Soledad? ¿Cómo está hoy?—añadió Garriguez.

—Bien,—contestó ella.

—¡Qué ha de estar bien! replicó Lucila.—Está peor que ayer, mucho peor. ¿Has tomado la cucharada de medicina?

—A dársela venía yo,—exclamó Garriguez.

Y sacó del hondo bolsillo de su largo gaban un frasco y una cuchara de madera.

—¡Vamos, niña! Abre la boca... Eso es... ¡Ahí vá!

Soledad tomó la cucharada.

—¿Sabe mal, chiquilla?—preguntó el anciano.

—Sabrá mal, pero es necesario sacrificarse por la salud,—dijo muy sentenciosamente Lucila.

—¡Miren la doctorcilla!—repuso Garriguez.—Puedes guardarte esas buenísimas doctrinas para cuando estés mala... Oye, ¿sabes que mañana te separan de nosotros, Soledad?

—¡Mañana!—repitió la Cigarra, al mismo tiempo que su rostro, intensamente pálido, se coloreaba con una oleada de sangre.

—Pues yo no quiero que se vaya,—afirmó Lucila.

—Es claro, y tú, con tu voluntad, vas á mudar los designios santos de Don Pedro, y la vocacion de Sola, que no quiere más que su convento... Si no hay más que verla... Cualquiera que se fije en ella, lo dirá: «Esta niña ha nacido para monja.» ¡Tan callada, tan triste! Su misma enfermedad le aconseja la vida retirada del claustro... Allí tienen su gran jardin... Por

cierto que he de ir un dia á verla, para que me dé la madre abadesa simientes del rosal de invierno que tienen en el convento.

Soledad no decía oxte ni moxte. Su silencio, apénas interrumpido durante dos dias, presentaba entónces los síntomas del mutismo. Es que á más de su dolor moral experimentaba otros dolores puramente físicos; abrumadora pesantez en la cabeza, calofríos repentinos, que helaban sus venas, y á seguida alientos de fuego que le abrasaban. A veces una mejoría rápida, instantánea, recordábale su anterior inquebrantable salud; pero bien pronto tornaba la decadencia, y sus nervios vibraban como sacudidos por la electricidad. Despues de tomar la cucharada de aquel específico que Garriguez le llevó, hallóse más aliviada y en un período de calma relativa.

—Cuéntanos una historia, Garriguez,—dijo Lucila, acabando de peinar á su muñeca.

Despues, cogióla por las piernas, y alzándola las faldas, la obligó á sentarse en el suelo.

—Escucha tú, hijita,—le dijo, amenazándola con el dedo índice, como miss Alicia le amenazaba á ella.

—Si ya sabes todos mis cuentos.

—Pues inventa otro.

—Eso sí que nó. Mis cuentos son verdaderos. No los invento... Te contaré uno que no sabes; vaya.

—Venga, venga—gritó Lucila batiendo las palmas.

—Pues, señoras de mi alma,—empezó Garriguez, despues de sentarse en una banqueta cercana á las niñas.—Érase que se era un moro de mala ley, el cual moro tenía una hija, cuya hija sólo contaba diez años.

—Dos más que yo,—interrumpió Lucila.

—Esta hija del moro se convirtió al cristianismo, abjurando de la bárbara y sangrienta religion de sus padres....

—Ese cuento es muy feo,—dijo con mal humor, Lucila.

—Ahora llegarémos á lo bonito,—contestó el anciano.—La corteza del fruto es amarga, y sin embargo, nadie la maldice. En los cuentos é historietas hay al principio cosas que no interesan; pero que son necesarias para su inteligencia... La hija, cristiana ya, dice mi cuento, abandonó á sus padres y se fué un dia andando, andando, hasta una ermita de la Vírgen de los Remedios, que estaba en medio de un campo todo lleno de flores, y la Vírgen se le apareció detrás de una zarza, preguntándola:

—«¿Qué quieres de mí? A lo que ella contestó:—«Que me ampares.»—«Yo,—siguió la Vírgen—te daré lo que quieras. ¿Qué quieres ser?»—Y ella pasó revista á todos los oficios del mundo. Ninguno le gus-

taba. El de tahonera, manchaba las manos; el de hilandera, hacía callos en los dedos; el de pastora, le gustaba, pero temía al lobo.—Por fin se decidió:—«Quiero ser pastora de mariposas.» La celestial Señora se echó á reir.—«¿Qué quieres, niña? ¿Estás loca?»—Pero la niña, sin cortarse dijo:—«Nó, Señora. Iré con mi manada de mariposas por esos campos de Dios. Donde encuentre flores, muchas flores, me pararé, y allí viviré jugando con mi rebaño...»—«Concedido,»—respondió la Vírgen;—y le dió, para guiár y conducir las mariposas, un precioso cayado, hecho de un rayo de luna... Pues señoras de mi alma, que el tiempo corrió, y un dia marchaba con sus cien mariposas, azules, blancas, negras, doradas, por una ancha pradera, y héte aquí que se levanta un aire... ¡Válgame Dios, qué aire! y las mariposas echan á volar.

—¿Y se fueron?—preguntó Lucila.

—Sí; se fueron.—En vano la pastorcita las llamaba, y llorando las pedía que se quedasen allí. Las mariposas le respondían todas á coro:—«No podemos quedarnos, porque se nos lleva nuestro padre, que es el viento.»—Quiso la muchacha reducirlas á la obediencia, pero no lo logró. Buscó su báculo, pero como era de un rayo de luna, y entónces estaba nublado, no pareció por ninguna parte. Y entónces oyó una voz

del cielo que le decía:—«¡Vuélvete á tus padres, niña, y si no puedes convertirlos al camino del bien, muere con ellos.—Así han hecho las mariposas con su padre el aire inconstante.»

—¿Dónde fueron á parar las mariposas?—preguntó con mucho interés Lucila.

—No lo sabe el cuento, que acaba aquí.

—Bien decía yo que era feo.

—¡Qué gusto tienes más difícil, princesa!—Te pareces á la reina de las posaderas de vidrio, que ninguna silla le parecía buena para sentarse.

—¡Ahí viene miss Alicia!—dijo de pronto Luci, con malísimo humor.

En efecto: llegó la *institutriz* para sacar de paseo á la niña.

—¿Ahora mismo?—exclamó Lucila.

—Sí, señora. En el acto,—repuso la inglesa.—La tarde es hermosa. Irémos al Retiro.

—Yo no quería dejar sola á ésta—objetó la niña, señalando con la muñeca, que tenía cogida por las piernas, á la Cigarra.

—Sepamos en consecuencia si me obedeces ó nó. La caridad que hace tu señora madre, recogiendo á ésta... muchacha... vagabunda, no debe llegar hasta el punto de que se te consientan á tí ciertas familiaridades con ella, contrarias á todo respeto social.

Garriguez dirigió una iracunda mirada á la *institutriz*. Eran los enemigos irreconciliables de la casa. Él la calificaba de *marimacho sabidillo*. Ella le apodaba el *asno manchego*, por su elevada estatura y huesosa complexion.

—Vamos, pues,—repitió Alicia.

Lucila tiró la muñeca en una silla, y salió sin despedirse de nadie. Aquel angelito iba furioso.

XIII.

«Como el lirio entre las espinas, así es mi compañera entre las doncellas.»

Era desusado el movimiento que se observaba en los claustros, siempre silenciosos, del convento de las Teresas. Aquel viejo edificio, erigido por algun discípulo del gran Herrera, diríase que vivía con nueva vida, y que en sus arterias circulaba la sangre caliente de la juventud; que su carcomido cráneo de momia gesticulaba, como pretendiendo expresar humanos sentimientos; que el mundo le había invadido, como una ola invade el tranquilo rincon de la ensenada, llevando á él las agitaciones turbulentas del inmenso Océano.

Como ya había entrado la noche, las gentes iban y venían por allí con luces encendidas y al atravesar los sombrosos pasillos, pensábase asistir á una pro-

cesion de estrellas por dentro del tubo de un astrónomo. El ruido de los pasos, el de alguna palabra, por femeninos lábios pronunciada, el rozar de la estameña de los hábitos con la piedra de los muros, adquirían ecos extraños al repercutirse en las ámplias arcadas.

En una sala destartalada y ancha, cuyo piso cubren esteras blancas, y en cuya enjalbegada pared hay vários cuadros de gran tamaño y nulo mérito, encerrados en marcos negros, vénse reunidas cinco ó seis sombras, que más parecen sombras que mujeres las buenas hijas de Santa Teresa, envueltas en sus hábitos de lana.

—¡Vendrá pronto, Sor Circuncision?—dijo una de ellas con voz nasal.

—Le esperamos de un momento á otro. El mandadero ha ido de nuevo á buscarle,—repuso la preguntada.

—¿Y cómo está la niña?

—¡Mal! Es cosa perdida... Pero no sabe usted los antecedentes de tan rara enfermedad... El médico, cuando vino anoche, aseguró que se trataba de un desarreglo nervioso, de una afeccion cerebral, de algo semejante á una apoplegía..

—¡Una apoplegía!

—No dijo precisamente eso; pero sí cosa parecida.

Esta niña ha perdido á su madre, y despues ha emprendido un viaje á pié, mendigando, descalza, casi desnuda, desde un pueblo que está muy lejano, hasta Madrid.

—*¡Agnus Dei!*

—*¡Miserere nobis!*... La desdichada se encontró aquí con protectores poderosos.

—¿La excelente señora de Añorbe?

—Si.

—Lo que yo no me explico es el interés... maternal que la inspira esa criatura abandonada.

—Ni yo tampoco.

—Ni nadie,—añadió la voz delgadísima y trémula de una anciana vírgen del Señor, que hasta entónces habia permanecido silenciosa.

—Anoche estuvo dos veces.

—Y hoy vendrá en cuanto el médico llegue.

—Esa niña la trajeron aquí muerta.

—Yo no comprendo cómo nos la enviaron al convento.

—Para quitarse peso de encima.

—Para evitarse molestias.

—¡Venía pálida, pálida, del color de la Sagrada Hostia!

—¡Y con un temblor nervioso!...

—En fin, á otro dia fué preciso acostarla.

—Y no ha vuelto á levantarse.

—Pues el médico asegura que su estancia en el convento contribuye mucho á su enfermedad.

—Si ella está acostumbrada á tomar el aire y el sol...

—El médico quiso sacarla, llevándola otra vez á casa de la excelente señora de Añorbe.

—Pero el padre Hernandito se opuso.

—¿Por qué?

—¿Quién lo sabe?

—Esa misma pregunta nos hemos hecho todas esta mañana, miéntras rezábamos el rosario.

—¡Qué sucesos más inexplicables!

El ruido de un carruaje escuchóse entónces en la calle inmediata, y poco despues, prévias las formalidades que prescribe la estrecha regla de aquel convento, penetraba un hombre, el representante de la muerte, el médico, en el asilo de las doncellas de Levi. Acercáronsele todas las monjas, con aire de curiosidad y temor, y al pasar, haciendo una reverencia al grupo principal de Santas, escuchó el médico que de diversas partes le decían:

—Luégo me tomará usted el pulso.

—Despues me verá usted la lengua.

—¡Padezco hace dias unos dolores!...

—Tiene usted que hacerme una receta.

Y así, por este órden, otras frases análogas; que bien se puede tener el alma sana y buena y el cuerpo lleno de alifafes.

El médico entró en la celda que ocupaba la niña enferma, en quien ya habrá reconocido el lector á Soledad. Poco despues entró en ella apresuradamente doña Ana con la hermana del padre Hernandito.

La estancia era estrecha. Una ventana abierta sobre el jardin mostraba un cuadrilátero del cielo azul oscuro lleno de astros. Oíase el quejido de la noria, que rodaba sin descanso, distribuyendo el agua en los arriates del jardin, y de rato en rato, la voz de un muchacho que reanimaba la fatigada actividad del macho, condenado á girar en un círculo sin fin como manecilla de reloj.

—¿Cómo está?—preguntó—con viva ánsia la de Añorbe.—Dígame usted la verdad, señor doctor.

—¿Por qué he de ocultarlo?—repuso el doctor, que tenia cogido entre sus manos el brazo inerte de Solita.—Mal, muy mal... Es uno de esos casos que la ciencia no sabe resolver. La franqueza, que es la primera condicion de mi carácter, me obliga á decir á usted que no sé lo que tiene esta niña. Sé sólo que es un desarreglo nervioso, una afeccion cerebral... una cosa irremediable...

—¡Irremediable!—gimió doña Ana.

—Irremediable... Pero que podría remediarse por uno de esos milagros de la naturaleza; por uno de esos cambios inesperados en el curso de la enfermedad.

—¡Usted habrá apurado todos los recursos y habrá consultado todos sus libros,—dijo doña Ana, mirando con ojos llorosos al doctor.

Este, volviéndose hácia doña Mónica, dijo:

—Yo suplico á ustedes que salgan de este cuarto. Sé que profesan mucho cariño á esta criatura, y el cuadro de la agonía...

—¡De la agonía!—gritó Ana, fijando su extraviado mirar en el médico.—¡Está ya tan cercana la muerte!

—Reitero mi súplica... Señoras, salgan ustedes de esta celda.

—¡Ah! Nunca, doctor. He de permanecer aquí hasta el último instante,—afirmó decididamente la de Añorbe.

Y luégo, arrodillándose junto al lecho de la Cigarra, abrazó la cabeza de la enferma, cogióla con las manos, como se toma un objeto precioso para extasiarse en su contemplacion, y dijo así:

—Tú eres la víctima y yo el verdugo. ¿Por qué naciste, pobre sér sin ventura? ¿Por qué no moriste al nacer, desdichada niña?

—¡Dios lo sabe!—repuso con solemne voz el cura, que entónces había entrado.—Su alma va al cielo; es una paloma á quien la mano de algun querubin va abrir la jaula.

—¡Palabras crueles! ¡Consuelos vanos! Si Dios se lleva su alma, ¿por qué no se lleva tambien nuestro corazon, y le deja aquí padeciendo?

—¡Impía! ¡Tú no sientes lo que dices!—balbuceó indignado el padre Hernandito.—¡Inclina tu frente, que estás en presencia de Dios!

Mostró el sacerdote entre sus manos el Santo frasco del Óleo, y acercándose á Solita, puso en sus sentidos la estopa húmeda de la Extremauncion. Como por ensalmo, llenóse el cuarto de monjas. Todas traian su vela encendida y murmuraban las preces que el ritual prescribe en tales momentos. La ceremonia fué breve. Duró apénas lo que tardó en referirla. Despues se apagaron las velas, se alejaron las monjas, y un olor de pábilo quemado se extendió en el ambiente.

El doctor se alzó entónces del suelo, donde se había arrodillado, y volvió á pulsar á la moribunda. El latido de su pulso era cada vez más lento, más suave, ménos frecuente, como el del reloj que se echa á andar sin haberle dado cuerda. Sus lábios descoloridos, súbitamente adquirían un tinte carmíneo viví-

simo, y palidecían de improviso tambien. No se movía; no hablaba; sus ojos permanecían cerrados, y sobre su sér todo iba cayendo la sombra de la muerte.

—¡Hija mia!... ¡Angel!... ¡Hermosa!... ¡Mírame!... ¡Vuelve en tí!—decía Ana, pasando su mano una y cien veces por la frente de Solita.

—Ana,—exclamó entre sollozos doña Mónica.—Sal de aquí. No olvides tu situacion.

—Mi situacion! ¿Hay algo más vil que mi situacion? Oiga usted doctor,—repuso mirando al médico. —Quiero que todo el mundo lo sepa. Soy una mujer infame, soy una mujer indigna y criminal... ¿Lo oye usted? Que se pregone por las calles, que se ponga en los periódicos... ¡Yo, yo, yo he matado á esta criatura!

Despues, como si aquel arranque de desesperacion la hubiese fatigado mucho, dejó caer su cabeza entre la ropa del lecho.

—Señora—manifestó el médico;—este espectáculo ha perturbado su razon de usted... Usted delira... Tendrá usted fiebre sin duda... Salgamos de aquí...

—Sí, Ana, salgamos—añadió Mónica.

Entre las dos cogieron, cada una por un brazo, á la de Añorbe y quisieron incorporarla. Solita... ¡No Solita!... el cuerpo de Solita se movió. Levantó su seno un suspiro y sus facciones experimentaron en

seguida trasformacion extraña. Sus lábios se unieron con sério gesto, sus párpados se abatieron con pesadez, el circulo amoratado que el dolor imprimió en sus ojos ensanchóse, cual en un papel mancha de aceite.

—Salgamos pronto,—dijo el médico, interponiéndose entre el lecho y doña Ana.

Esta se dejó conducir por el claustro. Allí estaba Don Pedro. Cuando le vió la señora de Añorbe, dijo:

—¡Yo no puedo ocultar más este secreto! Una fuerza superior pone en movimiento mis lábios. ¡No puedo ni debo callar!

Alarmado Don Pedro, exclamó:

—Señor doctor; delira, sin duda alguna.

—Eso pienso,—replicó el médico.

—¡Ana! ¡Ana!—añadió el cura.—El sacrificio está consumado. Has resistido como una mártir, y Dios te bendice.

Ella no contestó nada. ¿Qué había de contestar?

XIV.

¡Hasta luego!

Ya sabeis que murió Solita. Su cuerpo reposa en el cementerio del convento. ¿Queréis saber algo más? No dispongo de tiempo para satisfacer esos deseos.— Ya os hablaré de Lucila; pero no hoy. Perdonadme haber escrito las desventuras de la Cigarra, y os referiré más tarde las dichas de Lucila.

FIN.

3.000

- AN
- SEV
- LE1
- MAO